

20
Bianca

Jackie Black
Fuegos de Otoño
(Autumn Fires, 1989)

Viéndola a ella en el umbral de su puerta, completamente empapada, pensó que era un fantasma. Jessica había decidido buscar refugio de la tormenta en cualquier parte. Al ver su reacción, le bastaron a ella pocos segundos para preferir hundir su auto en el agua antes que aceptar sus insultos.

Con gesto voluntarioso ella decidió enfrentar a los elementos. Bruscamente —demasiado talvez— ella se vio impulsada dentro de la casa y cobijada por el calor de dos brazos. Matthew Bold era una explosión, su contacto era electricidad pura. ¿Por qué razón sus brazos le parecían a ella un refugio seguro? ¿Qué estaba haciendo ella así? ¿Cómo podía ella aceptar los ansiosos besos de un desconocido? ¿Estaba ella embrujada por las llamas acogedoras que surgían de la chimenea, de esos fuegos otoñales.

CAPITULO I

El pequeño automóvil blanco bordeó la cumbre de la colina que se dibujaba próxima a un estrecho y escabroso camino de dos carriles. Por un instante, Jessica se sintió atrapada por el placer que le producía el observar aquel misterioso horizonte; parecía haber sido creado especialmente para la Noche de Brujas.

Una sonrisa de satisfacción afloró sobre los labios rosados de Jessica cuando disminuyó la velocidad para entrar a la pequeña ciudad. Cuando era muy pequeña, Jessica consideraba la Noche de Brujas como su festejo favorito: amaba el clima del mes de octubre, la emoción de disfrazarse con exóticos trajes y las ansias de recibir todas las golosinas que colmaban la calabaza color naranja que acostumbraba llevar consigo. Durante su adolescencia,. Jessica recordó haber visto algunos filmes de terror en el teatro de su pueblo, los cuales habían sido precedidos por una celebración de Noche de Brujas. Aquel festejo había tenido lugar en el mismo edificio donde se llevaban a cabo las famosas danzas "cakewalks", en las cuales la pareja ganadora resultaba premiada con un pastel. Allí también había juegos y casas misteriosas. Con una sonrisa nostálgica, Jessica recordó que a la mayoría de los niños les encanta sentir miedo cuando saben perfectamente que están a salvo y que no corren peligro. Por supuesto, Jessica no había sido una excepción durante su niñez.

Poco después, aceleró y llegó hasta la ciudad. Sintió que el viento soplaba con violencia y también notó las primeras gotas resbalando sobre el parabrisas de su automóvil. No era el mal tiempo en sí lo que la turbaba; sólo deseaba que aquella tormenta no le impidiera descubrir el desvío que conducía hacia la casa de su hermano. Las instrucciones de John habían sido muy detalladas, pero aquél era un sitio extraño para Jessica y, además, estaba extenuada por el largo viaje. Sería maravilloso saborear una taza de algo bien caliente frente a la chimenea de la cual su hermano John y su cuñada Senta se sentían tan orgullosos. No obstante, Jessica tenía la esperanza de que la pareja lograse contener el entusiasmo de enseñarle toda la casa y le ofreciera un sitio donde pasar la noche.

Jessica cambió de posición: enderezó su espalda para aliviar el dolor que sentía debido a las prolongadas horas durante las cuales había estado conduciendo. No obstante, su mente estaba absorta en el trabajo que la aguardaba. Su hermano y su cuñada habían comprado una casa vieja, un par de meses atrás y era indispensable

pintar o empapelar las paredes, limpiar el jardín y colocarle plantas nuevas y llevar a cabo miles de tareas más. El matrimonio había contratado personal profesional para que realizara los trabajos más importantes de carpintería y reparaciones varias pero deseaban decorar la casa ellos mismos. Por eso, Jessica se ofreció a ayudarlos durante el mes de vacaciones que le correspondía por su puesto como empleada de la administración pública.

Una fuerte ráfaga hizo tambalear al automóvil y Jessica tomó el volante con firmeza para mantener el vehículo derecho sobre la carretera. Se trataba de un automóvil pequeño y por eso, Jessica corría el riesgo de que un violento viento lo quitara del camino. En ese momento comenzó a llover con mayor intensidad; la muchacha debió inclinarse hacia adelante para poder distinguir con mayor claridad la carretera.

Finalmente, un desvencijado cartel le indicó que acababa de llegar al desvío mencionado por John. Disminuyó la velocidad para tomar la curva e, inconscientemente, soltó un suspiro de alivio al descubrir que no se había perdido. Con sólo recorrer menos de veinticinco kilómetros estaría allí, segura y a salvo de aquella terrible noche que se iba tornando cada vez más desagradable, gozando de aquel nido de amor familiar, de la calidez de un hogar. La imagen de un buen baño caliente y unas sábanas limpias que se dibujaba en su mente provocaba en ella la misma sensación que experimenta un viajero del desierto al descubrir un oasis.

De pronto, Jessica contuvo la respiración: el neumático delantero izquierdo había caído en un pozo lleno de agua, produciendo un alarmante sonido. Giró en vano durante algunos instantes hasta que finalmente, el automóvil siguió su marcha. Ese desafortunado incidente la hizo pensar una vez más que habría sido mucho mejor llevar a cabo su idea original de comenzar el viaje al día siguiente por la mañana. De una manera u otra, sus irrefrenables impulsos siempre la habían metido en problemas pero si a los veintisiete años de edad aún no había logrado controlarse, era muy difícil que pudiese hacerlo en lo sucesivo. La precaución, el pensar dos veces una cosa antes de hacerla, era algo muy extraño para su naturaleza.

En los siete kilómetros siguientes, Jessica concentró toda su atención en la carretera, observando desalentada, que la tormenta empeoraba en lugar de mejorar. Se preguntaba cómo harían John y Senta para soportarlo. John, con su típica y espontánea expresión masculina, le había dicho simplemente que el camino era "un poquito primitivo", pero no la había preparado para lo que, a los ojos de Senta, era un sendero algo mejor que un camino de tierra.

Con alivio, divisó una casa iluminada, a un lado de la carretera, adonde se llegaba por un camino largo y escabroso. Mientras esquivaba otro enorme pozo, pensó lánguidamente que al menos, si algo le ocurría con el automóvil, en aquel sitio existían ciertos indicios de que algunos seres humanos habitaban allí. Si la suerte estaba de su parte, llegaría a la casa de John completamente ilesa y si no, una casa con teléfono sería bien recibida.

Avanzó casi un kilómetro más y se sentía más que agradecida por haber descubierto la casa, pero... de pronto, se vio obligada a clavar los frenos con tanta violencia que el pequeño vehículo resbaló lateralmente hasta que los neumáticos traseros quedaron atrapados en una zanja. Jessica se estremeció al comprobar que a unos pocos metros de distancia, se encontraba un árbol caído en medio de la carretera.

Durante algunos instantes, permaneció sentada, tratando de controlar sus nervios y de recuperar su respiración normal, antes de intentar sacar su automóvil de la zanja. Poco después, se dio cuenta de que todo lo que había logrado hasta el momento era encajar aún más las ruedas en la zanja. Apagó el motor horrorizada por la tarea que la esperaba.

Ni siquiera había traído impermeable. Todo lo que tenía era una chaqueta de género, adecuada para el caluroso verano de la ciudad de Oklahoma, pero totalmente inadecuada para hacer frente al terrible viento y a la lluvia que en ese momento castigaba al pequeño vehículo sin piedad. Jessica tenía dos alternativas: o bien se quedaba sentada en su automóvil hasta el amanecer, o bien salía en busca de ayuda.

Juntó coraje para enfrentar la terrible batalla que la aguardaba fuera del vehículo. Abrió la puerta sólo para observar oscuras olas de agua inundando el vidrio trasero.

—" ¡Maldita sea!" —farfulló mientras cerraba otra vez la puerta con un rápido movimiento.

Si salía del vehículo en ese momento, se mojaría los zapatos y el agua le llegaría hasta las rodillas, hecho que haría de su caminata una experiencia mucho más desagradable de lo que ella se había imaginado, irritada, Jessica se quitó los zapatos y remangó las botamangas de sus jeans hasta las rodillas. Colocó los zapatos bajo su chaqueta, sujetándolos entre el brazo y las costillas. Colgó su bolso del otro hombro, abrió rápidamente la puerta y salió, tratando de que el agua no entrara al auto.

El agua le llegaba justo por debajo de sus remangadas botamangas hasta que llegó a la parte más alta del declive, donde la

lluvia dibujaba veloces y superficiales remolinos sobre la lodosa superficie del camino, Jessica trató de cubrirse la cara lo más que pudo para tratar de ver hacia adelante mientras que con pasos presurosos, se dirigía hacia la casa que había pasado antes. Ella misma trataba de alentarse pensando en lo agradable que habría sido aquella experiencia de haber tenido sólo diez años y no veintisiete.

Por fin, entre la oscuridad de las copas de los árboles que se agitaban sobre una colina ubicada frente a ella, Jessica descubrió un brillante haz de luz. Había comenzado a felicitarse por haber llegado a su objetivo cuando... un estruendoso ladrido la paralizó. Con una expresión de profundo temor en sus ojos trató de descubrir al animal que con tan poca hospitalidad acababa de recibirla.

Poco después, alcanzó a discernir una enorme y renegrida figura encaminada directamente hacia ella, con las patas tiesas y emitiendo lentos aullidos que estaban muy lejos de ser alentadores. Jessica soltó un gemido y rápidamente, dio un paso hacia atrás. En ese mismo momento, notó que estaba perdiendo el equilibrio en el borde de un profundo pozo. Luego, con un chirrido de sus huesos, aterrizó justo en medio del hoyo lleno de agua. Un segundo después, mientras trataba desesperadamente de incorporarse nuevamente lista para emprender la batalla que la aguardaba, oyó a lo lejos un silbido. Observó que, en respuesta, el enorme animal levantó su cabeza.

Jessica permaneció tiesa, implorando que el perro obedeciera a su dueño y la dejara en paz. Alcanzó a discernir que se trataba de un perro, lo que para ella constituía todo un alivio puesto que había pensado que era un coyote que había decidido satisfacer su apetito con ella. Pero aquello era definitivamente un perro, uno muy grande y de muy mal carácter. El animal le gruñó una vez más en señal de hostilidad y luego se alejó rápidamente, rumbo a la casa. Jessica se sintió profundamente agradecida al comprobar que el animal había sido tan hábilmente adiestrado.

Jessica se encaminó hacia la casa con extrema cautela, segura de que en cualquier momento aparecería el perro trotando hacia ella, por entre medio de los árboles mojados y torcidos, mostrándole los colmillos, con su hostilidad intacta y listo para retomar su actividad en el punto justo donde la había abandonado anteriormente.

Finalmente, Jessica llegó hasta el cerco que rodeaba la casa. Desde las ventanas se observaban luces que brillaban en medio de aquella oscuridad.

Enderezó sus hombros e inspiró profundamente. Se aproximó a la

puerta y levantó el puño para golpear, con fingida valentía, los paneles de madera de la misma. Dio un paso hacia atrás para enfrentar cualquier tipo de recepción que le brindaran. Ya nada podía detenerla ya que sin duda, los ocupantes de aquella casa tendrían un teléfono y le permitirían utilizarlo.

Se sintió desconcertada al notar que su llamada no recibió ninguna respuesta. No lograba oír ningún ruido proveniente del interior de la casa pero, obviamente, el sonido del viento y de la lluvia se lo impedían. Pero… alguien le había silbado al perro y por más Noche de Brujas que aquella hubiera sido, Jessica no estaba preparada para admitir la idea de que un fantasma vivía allí.

Jessica volvió a insistir, esta vez golpeando más fuerte y durante un período más prolongado. Como tampoco recibió ninguna respuesta, decidió abandonar la puerta delantera y dirigirse hacia la parte posterior de la casa. Estuvo a punto de hacerlo cuando oyó que la puerta se abría y aparecía una réplica del mismo demonio, con cabellos oscuros y barba. Allí, de pie, la observó con la misma expresión de hospitalidad en su sombrío rostro que su Cancerbero le había demostrado anteriormente.

—Ho-la —murmuró ella con una sonrisa temblorosa—. Sé que usted no esperaría recibir visitas y… como podrá observar, yo tampoco llevo la vestimenta adecuada para un evento social, pero necesito ayuda. ¿Usted tiene teléfono?

—Bueno, bueno —dijo él, con un tono de voz al cual Jessica calificó definitivamente como despectivo—. Algunas de ustedes son capaces de intentar cualquier cosa con tal de divertirse un rato, ¿no es verdad? —Jessica comenzó a moverse nerviosamente, aunque no tenía ni la más mínima idea de lo que aquel hombre había querido decir—. Y yo que pensaba que a esta altura ya se habían dado por vencidas —prosiguió él con el mismo tono burlón—. Sin embargo, creo que usted es una novata en esto y pretende resultar vencedora en la misma batalla en la que otras han resultado vencidas, ¿verdad?

—Eh… ¿empezamos de nuevo? —preguntó ella vacilante, al tiempo que retrocedía un paso, tratando de eludir aquella violencia contenida que percibía en la mirada del hombre.

Intentó explicar su situación con un tono sereno de voz, razonable, con la esperanza de sosegar de ese modo, toda inclinación a la violencia que aquel individuo pudiera tener.

—Hay un árbol caído en mitad de la carretera, más o menos a un kilómetro de aquí —replicó Jessica con una paciencia a la cual ella calificaba de admirable—. Estuve a punto de llevármelo por delante y cuando intenté frenar, mi automóvil terminó encajado en una

zanja. Si usted tuviera la gentileza de permitirme utilizar su teléfono…

La voz de la muchacha comenzó a callarse cuando, atónita, notó que aquel hombre se erguía para aplaudirla con admiración.

El hombre se volvió hacia el interior de la casa, con toda la intención de dejarla allí. Sin embargo, hizo una pausa y se volvió hacia ella para observarla por encima de su hombro.

—¿Acaso es usted tan estúpida como para salir en una noche como ésta y encima, sola?

En un repentino ataque de ira, Jessica perdió todo tipo de precauciones y se encogió de hombros de una manera muy expresiva.

—Me temo que sí —respondió ella entre dientes, tratando apenas de disimular la furia que sus palabras encerraban—. Y también he sido tan estúpida como para permitir que mi automóvil cayera en una zanja y lo suficientemente estúpida como para hacerme sopa hasta los huesos. ¡Pero tenga por seguro que mi estupidez no llega al grado de quedarme aquí afuera para seguir escuchándolo a usted!

Con esas palabras, Jessica giró sobre sus talones y comenzó a alejarse de aquel hombre. Sin embargo, estaba a la espera de que, en cualquier momento, él se lanzase sobre ella para cometer cualquier acto de violencia contra su persona. No había dudas de que aquel hombre estaba más loco que una cabra y a partir de ese preciso instante, la idea de pasar la noche toda mojada en su automóvil le pareció mucho más atractiva de lo que le había resultado antes. Al menos ese sí que era un sitio seguro.

Jessica sintió alivio y furia a la vez al escuchar la risa burlona del hombre cuando ella cayó sobre el piso de la galería y luego comenzó a bajar las escaleras.

—Le diré a mi hermano que ha escogido al vecino más paupérrimo en todo el estado de Missouri. ¡Es usted un… un… estúpido arrogante! —La muchacha se asemejaba a una serpiente derramando hasta la última gota de veneno sobre aquel hombre—. El necesita saber que la política de ser un "buen vecino" no funciona en esta parte del estado, por si alguna vez comete el mismo error que yo he cometido y viene hasta aquí a pedirle ayuda —dijo ella, con un gruñido.

Jessica se volvió nuevamente y bajó los seis peldaños casi de un salto. Atravesó el sendero que conducía al atajo y, de allí, a la carretera. Estaba tan furiosa que ni siquiera notó que la lluvia y el viento estaban dándole otra vez la bienvenida. Podría haber habido un tornado que Jessica tampoco se habría percatado de él. El temor

que ella sentía por él había desaparecido por completo, debido a la ira que le provocaba aquella actitud tan fría e irracional. Jessica pensaba que ni siquiera una enfermedad mental podría justificar tal comportamiento.

Casi estaba por llegar al auto cuando notó un haz de luz detrás de ella. Ansiosa, se volvió, esperando que el vehículo la alcanzara. Deseaba con toda el alma que esa vez se tratase de alguien con una pizca de decencia y amabilidad para que la ayudara, en lugar de acusarla por haber cometido pecados imaginarios. Aunque quizás, las sospechas de aquel hombre bien podrían haber tenido alguna justificación. Si él era siempre tan desagradable con sus vecinos como lo había sido con ella, no podría culparlos por hacerle bromas constantemente.

Un Jeep se detuvo al lado de ella y Jessica fue corriendo entre los charcos de agua hasta la cabina del vehículo con una suplicante sonrisa de gratitud en su cara, la cual se desvaneció en el mismo instante que descubrió el rostro del conductor y escuchó su voz:

—¡Suba, por el amor de Dios! Si se queda demasiado tiempo más aquí terminará ahogándose.

Era aquel loco demonio, el propietario de ese perro vicioso y dueño también de un temperamento aún más vicioso. Jessica se echó hacia atrás como si él hubiera tratado de abofetearla.

—¡Oh, no! —replicó ella con énfasis—. ¡No, gracias! Prefiero dormir en mi automóvil antes que aceptar su ayuda.

La muchacha se volvió y con pasos agigantados, se alejó rápidamente, con la esperanza de que el hombre hiciera caso de sus palabras y desapareciera. Pero, en cambio, el Jeep le siguió los pasos. Jessica se dio cuenta entonces, con gran nerviosismo, de que estaba tratando con un psicópata que podía tornarse demasiado peligroso en un abrir y cerrar de ojos. De todos modos, ya estaba bastante cerca del auto, y empezó a considerarlo como una isla de salvación. Si lograba subir y trabar las puertas, el maniático que estaba persiguiéndola no podría entrar para hacerle ningún daño.

Los faros del Jeep iluminaron el auto de Jessica que seguía encajado en la zanja. El conductor lo vio en el mismo instante que la joven. Cuando él comenzó a hablar nuevamente, ella apresuró el paso. Luego su tono de voz pareció tan normal como el de una persona común y mentalmente sana, por ello, Jessica se detuvo para observarlo asombrada.

—¿Serviría de algo el hecho de que me disculpara con usted por haberla tratado con tanta rudeza? —preguntó él humildemente—. Puedo asegurarle que existe una buena explicación para todo esto.

Jessica vaciló, sin saber qué pensar. De pronto, la voz de aquel hombre sonaba suave y encantadora, pero ella también sabía que a menudo, los discapacitados mentales tienen momentos de lucidez y parecen personas normales. Fue entonces cuando decidió ir a lo seguro.

—Acepto sus disculpas, pero no tiene necesidad de hacerse cargo de mí ni de mis problemas —respondió ella con solemne formalidad —. Pasaré la noche en el auto y trataré de hallar el camino hasta la casa de mi hermano mañana a primera hora.

En este instante, el extraño había detenido su Jeep y bajaba de él. Jessica estaba en una encrucijada: no sabía si escoger por la tranquilidad de pasar la noche en un automóvil mojado o correr el riesgo de soportar la insanía de su compañero. Antes que ella lograse moverse, el hombre se acercó junto a ella.

—Me parece bastante difícil que pueda pasar la noche allí adentro —acertó él, con sereno autoritarismo, al tiempo que dirigía su oscura mirada hacia el interior del vehículo. Luego observó el árbol caído que bloqueaba la carretera—. Me temo que tendrá que regresar a la casa conmigo le guste o no.

—¿Tiene teléfono? —preguntó ella, con débil esperanza de que le dijera que no—. Si lo tiene, podría telefonear a mi hermano y decirle que lo espero al otro lado del árbol.

—Sí, tengo teléfono —le contestó secamente—. Ahora suba al Jeep y deje de seguir mojándose con esta lluvia. Por si acaso no lo ha notado aún, yo también estoy mojándome.

En la voz del hombre no existían vestigios de acusación. En cambio, se quitó el impermeable para cubrir los helados hombros de Jessica. No obstante, no pudo evitar sentirse resentida por sus palabras cuando recordó que no habría estado tan mojada ni tan helada si él se hubiera comportado como cualquier persona normal al verla llegar hasta la puerta de su casa. Pero, tranquilamente, él regresó a su asiento sin darle ninguna oportunidad para que ella expresase su resentimiento

Su irritación hizo que lo siguiera, aunque por supuesto, no sintió demasiado placer al hacerlo.

Les llevó solamente cinco minutos volver a la casa y la muchacha se sentía agitada al pensar con justificada amargura, que ella había tenido que caminar durante quince minutos las dos veces que debió recorrer el mismo trecho. Lo que más la enfurecía era que uno de esos viajes habría sido totalmente innecesario si ella hubiese tenido la suerte de quedarse encajada en otro lugar, cerca de la casa de alguna otra persona mentalmente sana, en lugar de la de este

personaje de… la novela del Doctor Jekyll y el señor Hyde.

El hombre aparcó su Jeep en un garaje que estaba apartado del resto de la casa. Jessica también bajó y lo siguió a través de la corta distancia que los separaba del vestíbulo posterior. Los pasos de la joven eran evidentemente lentos. Cuando él abrió la puerta delantera y le cedió el paso, Jessica se preguntaba cuánto tiempo duraría tan incómoda situación. Jessica avanzó un paso pero se detuvo abruptamente cuando, de pronto, una enorme y amenazante figura obstruyó la entrada.

—¡Oh, Dios! —gritó ella, en voz muy alta, casi histérica, al tiempo que retrocedió. El dueño de casa la tomó por el brazo para detenerla y frunció el ceño, indicando su impaciencia al observar aquel comportamiento.

—¿Qué sucede? —Preguntó él con un dejo de desdén en su voz —. ¿Le teme a los perros? Joe jamás le haría daño.

Le refutó temblorosa, forcejeando contra la mano que la asía.

—Le temo a este perrito, a quien ya he tenido la oportunidad de conocer. Su mascota me ha demostrado y a las claras, que tiene toda la intención de devorarme parte por parte.

El hombre atrajo a Jessica, quien no dejaba de resistirse, hacia sí, ejerciendo tal presión que era casi imposible zafarse.

—Joe es un buen perro guardián, eso es todo —dijo algo impaciente—. No sería capaz de morderla, si es a eso a lo que le teme. Venga y salúdelo correctamente. Verá que tengo razón.

Entraron a una cocina muy acogedora, aunque Jessica sólo tenía ojos para las mandíbulas del perro alano que estaba allí, observándola con la misma mirada de recelo con la que ella observaba a su dueño.

—Siéntate, Joe. —El perro obedeció de inmediato la orden de su amo y para sí, Jessica soltó un suspiro de alivio al comprobar que al menos en apariencia, el animal podía ser controlado. No obstante, en menos de un segundo recordó que era el dueño el que podría no tener control de sí.

—Déme su mano para que la olfatee —dijo el hombre a Jessica, torciendo la boca bajo su espesa barba al descubrir el evidente temor que ella sentía.

Jessica dirigió sus ojos azorados hacia él e hizo un pronunciado gesto negativo con la cabeza.

—¡No! —replicó ella con énfasis. Pensó que su decisión había sido la correcta puesto que el perro, al verla efectuar tal repentino movimiento, gruñó lentamente. La muchacha debió esforzarse para no ocultarse detrás de su anfitrión—. ¿No se da cuenta de que no le

caigo bien? ¡No estoy dispuesta a darle una oportunidad para que demuestre lo mucho que me odia!

Inmediatamente, la expresión de exasperación por la intransigencia femenina se transformó en una de serenidad persuasiva. Con la otra mano, tomó el hombro de Jessica y cuando ella alzó la vista para mirarlo, sin saber si estaba a punto de enfrentar un nuevo peligro, la diversión que se leía en los ojos del hombre hizo que la joven frunciera la boca sediciosamente.

—Sucede que tengo que presentarlos, a usted y a Joe, en la forma adecuada para que él la acepte sin hacer ningún tipo de cuestiones —explicó con un tono de gran paciencia, haciéndola sentir como si fuese una chiquilla caprichosa—. Le prometo que no le hará daño —agregó suavemente—. Sólo déle tiempo para que se habitúe y pueda relajarse. No podemos estar en este sitio toda la noche.

—De acuerdo —murmuró ella, con voz elocuente en señal de un presagio maligno—. Pero haré que se disculpe en caso de que me arranque toda la mano.

Una risa entre dientes, casi enfurecida, refutó la profecía.

—No. Creo que será usted quien deberá ofrecer sus disculpas —replicó divertido—, pero si algo desafortunado ocurriese, no le permitiría que se alejara ni a un kilómetro de Joe.

El hombre observó a su perro y a su huésped con indulgencia. Luego, pronunció un leve sonido entre dientes y al escucharlo, Joe se encaminó pesadamente hacia ellos.

Nuevamente, Jessica se puso tiesa. Su agónica indecisión duró un instante y después extendió su mano hacia la boca abierta del animal, bordeada de diabólicas hileras de dientes. Cerró los ojos para no ver aquellos dientes tomando su indefensa mano. Primero sintió que un hocico muy frío olfateaba sus dedos, luego la palma de la mano, hasta que la humedad de la lengua del animal lamiéndola hizo que abriera los ojos y lo observara incrédula.

—¡Está lamiéndome! —dijo ella con sorpresa involuntaria.

Cuando el animal le dio otro lengüetazo, su dueño le soltó el brazo a Jessica.

—Considérese afortunada— dijo él, con una cálida y ronca diversión en su tono de voz que hizo que la joven se volviera a mirarlo con idéntica sorpresa—. Esto significa no sólo que él prefiere su comida para perros antes que sus dedos, sino también que usted le ha caído bien. No mucha gente tiene el honor de recibir las caricias de Joe inmediatamente después de ser presentados.

Jessica volvió a dirigirle la mirada a Joe y se relajó completamente al comprobar la dulzura que existía en los castaños y

tiernos ojos del perro.

—¡Tú sí que eres todo un fiasco! —murmuró ella como reprochándole—. No tienes ni una pizca de fiereza. Eres sólo pura apariencia.

El extraño le quitó el impermeable a la joven y lo colgó en un perchero, mientras ella se arrodillaba para acariciar la peluda cabeza de Joe. El animal correspondió a su caricia colocándole la cabeza entre las manos, como si sintiera deseos de disfrutar del cariño que ella le estaba brindando

—No haga que se sienta avergonzado —gruñó el hombre—. A Joe le encanta pensar que él es King Kong y Leo el León al mismo tiempo. Jamás se le ocurriría pensar en ser tratado como un coqueto caniche cada vez que implora que le den cariño.

—¿Y usted le satisface esa necesidad de cariño? —preguntó Jessica acusándolo.

Joe estaba disfrutando tanto de las caricias de la joven que ella se preguntaba si su dueño se tomaría la molestia de brindarle todos los mimos que el perro tan obviamente reclamaba.

—El no me da demasiadas oportunidades —fue la única respuesta—. Trate de detenerse antes que él desee que lo haga y verá lo que quiero decir.

Jessica quiso comprobar la aseveración quitando la mano de Joe. El resultado fue que el perro volvió a insertar su hocico bajo la palma de la mano de Jessica para que ella siguiera acariciándolo en el sitio exacto que él quería.

—Ahora comprendo lo que usted quiere decir —dijo Jessica al tiempo que satisfacía el pedido de Joe—. ¿Durante cuánto tiempo más deberé acariciarlo antes de que me permita detenerme?

—Tampoco es tan cargoso. Creo que con cinco minutos será suficiente. —El anfitrión pasó a su lado y se dirigió hacia el fregadero para comenzar a llenar la cafetera con agua—. Mientras tanto, prepararé el café. —Le echó una mirada socarrona con sus ojos oscuros—. Estoy seguro de que no me despreciará una taza de café una vez que lo tenga listo, ¿verdad?

Durante un instante, Jessica lo observó con frialdad. Para ella era mucho más difícil transigir con él de lo que le había resultado hacerlo con Joe. Sin embargo, la mirada del hombre había sido tan agradable que ella debió aceptar.

—Claro. Me gustaría tomar una taza de café —agregó ella con una tenue sonrisa—. Pero tampoco quisiera que se tomara molestias por mi causa. Todo lo que deseo es... telefonear a mi hermano... —La joven observó a Joe, haciendo una apesadumbrada mueca con sus

labios—. Quiero decir... cuando Joe me lo permita. No quiero molestarlo más tiempo del debido.

—No es una molestia —replicó gentilmente el extraño—. Yo también quiero tomar café.

Jessica inclinó su cabeza hacia adelante y con ese movimiento, cayeron sobre sus mejillas unas cuantas gotas de agua provenientes de los cabellos empapados. Eso le recordó que debía de parecer un objeto rescatado desde las profundidades del mar. Cuando su anfitrión la vio escurriéndose el agua del rostro, le dio una toalla de cocina.

—Séquese con esto —le indicó con áspera voz y el ceño fruncido —. Le traeré una toalla más apropiada.

Cuando el extraño entró nuevamente con una toalla de baño en su mano, el perro levantó la cabeza y se incorporó sobre sus patas. Aparentemente, Joe ya había recibido todo el cariño que necesitaba y por eso, abandonó la habitación con lentos pasos.

—¿Acaso he ofendido a Joe de alguna manera? —preguntó ella —. No creo que ya le haya dado su tanda de cinco minutos de mimos.

—No. Creo que sólo sintió deseos de volver al sitio que tiene reservado frente a la chimenea —respondió con una sonrisa mientras observaba a Jessica secándose el cabello, recorriéndola con la mirada en desconcertante meditación—. Ya se ha pasado su hora de dormir y a su edad, las "siestas" son importantes para él.

—¿A su edad? —interrogó sorprendida—. No parece ser un perro viejo.

La mirada del extraño la hacía poner nerviosa, entonces sumergió la cara en la toalla puesto que no podía explicar su repentina reacción ante la apreciación de aquel hombre. Su mirada la abrigaba tanto que Jessica llegó a pensar que era ella quien estaba sentada frente a la chimenea.

—Se conserva bastante bien, pero ya hace mucho que dejó de ser un cachorro. —El anfitrión apartó la atención de Jessica para observar la cafetera. Se relajó, sintiéndose desconcertada al notar el alivio que le había producido el liberarse de aquella intencionada inspección.— ¿Le gustaría hacer su llamada telefónica ahora? —De pronto, su tono de voz se tornó superficial, impersonal.

—Sí... sí, por favor —respondió ella.

El hombre le indicó un aparato telefónico de pared y luego comenzó a sacar unas tazas de café con sus respectivos platos de la alacena. Jessica se incorporó y se apresuró hasta donde se hallaba el teléfono. Fue como si de pronto hubiese sentido extrema urgencia

por alejarse de aquel extraño que tanto la perturbaba. Quería liberarse de la intrusa calidez de sus ojos oscuros, una calidez que aceleraba su corazón y contenía la respiración en su garganta.

En un principio, se resistía a creer el hecho de que no hubiese tono en la línea. Con dedos impacientes, golpeteó la horquilla una y otra vez pero no oyó ni el más débil ronroneo para reconfortarla. Se volvió al hombre que en ese momento, había comenzado a verter el café en las tazas.

—Debe de haber alguna cosa que no funciona. No hay tono.

El hombre la observó impasivo y luego atravesó la habitación para tomar el aparato de las manos de Jessica. Los dedos de él acariciaron los de la muchacha y ella debió contenerse para no saltar debido a la sensación de electricidad que se produjo en aquel contacto.

—Está mudo —fue el veredicto pronunciado con calma y desinterés, aunque Jessica pensó que detrás de todo ello, había cierta tensión que él no quería revelar—. Es muy común que esto suceda cuando hay vientos fuertes. Supongo que habrán de repararlo mañana a primera hora.

El extraño posó su profunda y oscura mirada sobre Jessica. En ese momento ella sintió que aunque no tuviera motivos razonables, el pánico estaba apoderándose de su ser y era muy real.

—Pero, entonces... ¿Cómo haré para comunicarme con mi hermano? —interrogó, luchando por encontrar la calma. Habría sido muy tonto de su parte demostrarle a ese hombre lo vulnerable que de pronto se sentía, especialmente, cuando él parecía contemplarla con una indiferencia casi desdeñosa.

Las palabras que pronunció a continuación, aunque expresadas con la veracidad de algo real, detuvieron el corazón de la joven en menos de un segundo:

—Me temo que no podrá hacerlo. Deberá pasar la noche aquí.

CAPITULO II

—No me había dado cuenta de que estaba tan mojada —dijo el hombre segundos más tarde y frunciendo el ceño al ver el charco que se había formado bajo los pies descalzos de Jessica—. Será mejor que tome un baño caliente y se ponga ropas secas.

Ignoró a Jessica que estaba boquiabierta y también la mirada de asombro que se leía en sus ojos. Era como si aquel hombre no hubiera notado la reacción de la muchacha al enterarse de que debía pasar la noche allí. Decididamente, ese proyecto estaba muy lejos de ser atrayente para ella.

—¡No! —gritó Jessica, con una desesperación que era más adecuada para una niña atemorizada que para un adulto. El la observó con sarcasmo y Jessica debió tratar de controlarse—. Me refiero a que... ¡a que yo no puedo quedarme aquí! —Jessica trataba de aparentar ser una persona muy decidida, pero sus intentos fueron en vano ya que su voz sonó desahuciada—. Si es que no puedo telefonear a mi hermano, ¿sería mucha molestia pedirle a usted que me condujera hasta allí? Debe de haber algún otro camino hasta su casa sin tener que utilizar la carretera obstruida por el árbol, ¿verdad? —Su pregunta sonaba más a una súplica que a otra cosa, pero el rostro impasivo del extraño no dio muestras de compadecerse de ella.

—No existe ninguno que esté en mejores condiciones que el que utilizamos antes, tendría que recorrer muchos más kilómetros de los que estaría dispuesto para una noche como ésta —replicó él.

Jessica se movía nerviosamente, tratando desesperadamente de hallar alguna solución.

—De acuerdo —repuso la joven con admirable serenidad teniendo en cuenta el terrible estado en que tenía sus nervios—. Entonces podría llevarme nuevamente hasta la ciudad, para hospedarme en algún hotel o en un motel. El trecho deteriorado que tendríamos que recorrer para llegar al camino pavimentado es de sólo siete kilómetros y usted tiene un Jeep. Creo que no es demasiado pedir, ¿verdad? —preguntó ella esperanzada.

El extraño hizo un gesto con su oscura cabeza indicando otra negación.

—No, no lo es —admitió razonablemente—. Pero como no hay ni hoteles ni moteles en la ciudad; no tendría lugar donde pasar la noche si yo la llevase. —La mirada de disgusto casi cómica de Jessica, parecía haberle dicho al extraño que tratara de convencerla

de alguna manera—. Mire —dijo él, sin demostrar ningún tono de burla en su voz, aunque la muchacha sospechaba que sí se estaba mofando de ella—, yo no voy a violarla en su cama si es que a eso le teme.

—Tengo una habitación de más... con cerrojo en la puerta —agregó secamente—. Y también hay cerrojo en la puerta del cuarto de baño. —Después, la miró secamente e hizo un gesto afirmativo con la cabeza, en dirección a la puerta que Joe había atravesado anteriormente—. Además, como Joe se ha hecho tan amigo suyo, dudo que recuerde quién es su verdadero amo en caso de que yo me abalanzara sobre usted haciéndola gritar desesperadamente, luchando contra mí. Creo que si sólo se limita a tranquilizarse y a aceptar la situación tal como se ha presentado, no tendrá ninguna razón para lamentar haberse quedado aquí.

Para su propio asombro, Jessica notó que estaba comenzando a calmarse. Quizás haya sido por la manera tan prosaica con la que él le colocó la taza de café entre las manos. O quizás su reacción se haya debido al hecho de que él tomó su taza de café y se preparó para abandonar la habitación, sin darle oportunidad a la joven para que siguiera discutiendo con él.

—Le traeré una bata y haré que tome un baño —dijo su anfitrión —. Puede desvestirse aquí y colocar su ropa en la lavadora para tener algo que ponerse mañana. Me temo que por esta noche deberá arreglárselas con una bata mía.

El hombre no había alcanzado la puerta cuando Jessica recordó la única cosa que podría hacerla sentir como que estaba viviendo la realidad, que no se había convertido en un mero personaje de aquella Noche de Brujas.

—¿Quién es usted? —interrogó.

El hombre se detuvo y se volvió para observarla sobre el hombro, con una torva expresión que pronto se transformó en impasible neutralidad.

—Mi nombre es Matthew Bold —respondió con voz cortante. Luego pareció quedarse observándola, a la espera de alguna reacción por parte de Jessica. Al ver que ella no reaccionó, se tranquilizó—. Y el suyo es... —Aguardó gentilmente a que ella le respondiera. Así lo hizo, reflexionando acerca de su extraño comportamiento.

—Jessica Wren.

El extraño levantó sus cejas oscuras y pareció tranquilizarse aún más.

—¿Es usted hermana de John Wren? —Preguntó él y al ver que la muchacha asentía, una vivaz sonrisa afloró en sus labios—. Me

enteré de que él se había mudado, pero aún no lo he visto. Me temo que usted tenía razón cuando me calificó de paupérrimo vecino. Pero puedo rectificarme mañana, ¿me dará esa oportunidad? —Jessica retrocedió cuando él le hizo recordar su mordaz acusación, pero él parecía no culparla por la franqueza que la muchacha había tenido—. Beba su café —dijo él. Por primera vez, su voz sonó completamente natural—. Regresaré en unos minutos.

Matthew regresó tan pronto que Jessica ni siquiera había terminado su taza de café cuando él reapareció.

—Aquí está —dijo él, entregándole una abrigada bata de algodón, en color azul oscuro—. Iré a prepararle el baño mientras usted se pone esto. Ponga su ropa mojada en la lavadora que está en el cuarto de lavar. —Cuando Matthew Bold volvió a entrar, Jessica estaba saboreando su café, con ambas manos abrazando la taza con el fin de calentarlas.

Matthew la observó de arriba a abajo.

—¿Dónde están sus zapatos? —preguntó inesperadamente.

Fue allí que Jessica recordó que no había vuelto a verlos desde que Joe la había hecho caer en aquel pozo lleno de barro.

—Espero que estén afuera, cerca de la carretera... en un pozo lleno de lodo —respondió ella, con un leve toque de buen humor en su voz—. Los llevaba en la mano para que no se mojasen y cuando vi aparecer a Joe en medio de la oscuridad de la noche, debo de haberlos dejado caer.

Una cálida risa entre dientes, placenteramente profunda y masculina, afloró como respuesta a la explicación de la muchacha. Sorprendida. Jessica miró a Matthew, expresándole con sus ojos, que sus encantos eran maravillosos cuando él se tomaba la molestia de demostrarlos.

—Debe de haberlos enterrado bastante —comentó él divertido—. ...Y luego conoció a su dueño y creyó que estaba en presencia del mismísimo Satanás —murmuró Matthew Bold, pestañeando con sus oscuros ojos. Pero no le dio tiempo a Jessica para que se sintiese incómoda por su acertado comentario—. Si se conociera la verdad, probablemente asustaría usted a Joe más de lo que él la ha asustado a usted —prosiguió con otra risita entre dientes—. El trata de hacer desaparecer su temor... o más bien, trata de ocultarlo detrás de un fiero gruñido.

—Lo ha hecho muy bien —respondió Jessica con énfasis—. No había sentido tanto miedo en una Noche de Brujas desde que tenía cinco años y me alejaba de mi hermano John que estaba disfrazado y me asustó. —Matthew la condujo hasta el final de una escalera

muy vieja. Se detuvo allí y Jessica lo miró como si estuviera interrogándolo.

—El cuarto de baño está en la mitad del vestíbulo que se encuentra a la derecha —le informó—. Ya he abierto el grifo de modo que pueda quedarse en el agua todo el tiempo que desee. Creo que allí está todo lo que puede necesitar.

Jessica le agradeció con una sonrisa y una cálida mirada, lo que motivó por parte de Matthew, una mirada investigadora. Con prisa, la joven pestañeó y corrió escaleras arriba, como si el demonio hubiera estado pisándole los talones. La molestaba sumamente el hecho de que aquel hombre la hiciera sentir como una tonta estudiante en lugar de ser una profesional que había sido capaz de valerse por sí misma durante años.

Rápidamente, Jessica se quitó la bata y se decidió a gozar de la calidez del agua, suspirando de placer al hacerlo. Por primera vez, luego de haber transcurrido lo que a Jessica le pareció toda una eternidad, sintió que el frío abandonaba sus huesos para hacerle lugar a una lánguida delicia. Durante largos minutos se quedó allí tendida, permitiendo que el agua ejerciera su magia, relajando sus músculos y sus pensamientos hasta un estado de somnolencia y reposo.

Cuando sintió que el agua comenzaba a enfriarse, se extendió para alcanzar el jabón. Se trataba de un producto masculino, muy fino y caro por cierto, que olía tan bien que ella decidió usarlo. Mientras se enjabonaba, pensaba que Matthew Bold tenía los gustos de un hombre fino, aunque era muy factible que ejerciera esos gustos en forma muy selecta. Se preguntaba de qué viviría. Tenía que ser algo que le permitiese vivir solo, en medio del campo, a kilómetros de distancia de la gran ciudad, a menos que tuviera esa casa como quinta de fin de semana o de vacaciones. Sin embargo, la casa tenía toda la apariencia de ser habitada permanentemente.

¿Acaso él sería un artista igual que su hermano? Jessica meneó la cabeza, frunciendo el ceño en señal de confusión. No lo creía posible. Matthew no tenía la "apariencia" de un artista, cualquiera haya sido el significado de esa palabra. ¿Acaso sería escritor? No, tampoco eso, decidió ella por razones que no lograba explicar. El tenía irresistibles encantos cuando se lo proponía y Jessica, instintivamente, adivinó que él tendría que tener una profesión en la cual tuviera que hacer relaciones públicas. No obstante, aquella casa ubicada en medio del campo, en Missouri, estaba tan aislada que la joven debió dejar de lado esa conjetura.

Finalmente, estuvo lista para bajar las escaleras nuevamente, con

los pies descalzos, los cabellos mojados y cubierta solamente con la bata de Matthew Bold y su acostumbrada seguridad en sí misma. El baño le había sentado tan bien que estaba segura de poder enfrentar la intimidación de su anfitrión con la de ella.

Encontró primero a Joe, tendido en dichoso descanso y roncando sonoramente frente a las llamas de la chimenea. Jessica se arrodilló y aproximó sus manos para entibiarlas con la rumorosa calidez del fuego. Su curiosidad se incrementó al máximo: giraba su cabeza hacia uno y otro lado para captar una visión total de la habitación en la que estaba.

No había dudas de que aquélla era la habitación de un hombre.

No se veían fotografías ni sobre los muros ni sobre los muebles. Sólo había pinturas muy buenas que reflejaban imágenes de cacerías y diversos paisajes que armonizaban perfectamente con la decoración del ambiente, aunque dichos elementos nada revelaran acerca de Matthew Bold. Jessica dedujo que sería soltero, puesto que no llevaba sortija de bodas y, por otra parte, era obvio que Joe era la única compañía de Matthew en aquella casa. Se apresuró para asegurarse, y no porque sintiera real interés en ello, de que no existía ninguna fotografía, ni siquiera de sus padres o de alguna hermana o hermano. Trató de deshacerse de sus conjeturas, convenciéndose de que hay mucha gente a la que no le interesa tener fotografías a su alrededor. Claro que ese hecho, no necesariamente tenía que significar que esas personas no fueran cálidas o cariñosas.

Jessica se sorprendió frunciendo el ceño cuando se dio cuenta de que ansiaba encontrar a Matthew Bold como una persona cálida y cariñosa. Pensó que de pronto, se estaba interesando demasiado en ese hombre. En su interior, se reprochó aunque esos reproches lograron poca cosa: Jessica siguió pensando en él. Tenía que limitarse a pasar esa noche y a la mañana siguiente, podría olvidarlo completamente. Era muy factible que no volviera a verlo nunca más, entonces, ¿por qué tendría que perder su tiempo tejiendo hipótesis acerca de la vida de Matthew Bold?

—¿Se siente mejor? —Al oír aquella voz ronca y tan masculina desde la puerta, la muchacha se volvió de repente para mirarlo. Matthew estaba de pie, con una bandeja entre las manos y parecía como si hubiera estado allí durante un tiempo.

—Sí, gracias —respondió Jessica con gentil formalidad—. Ese baño ha logrado maravillas. Gracias por habérmelo ofrecido.

Los ojos de Matthew se encendieron al notar la mirada ansiosa de Jessica que se había posado en la bandeja.

—Como creo que ya ha visto usted demasiados fantasmas en sólo una Noche de Brujas, pensé que le habría llegado el turno de disfrutar de alguna delicia —explicó él—. He traído algunos emparedados y un poco de café. ¿Quiere?

—Mmmm, ¡sí! —suspiró Jessica, sin disimular ni en lo más mínimo el hambre que tenía—. Muchísimas gracias. No he probado bocado en varias horas.

—Estupendo. —Matthew le alcanzó la bandeja y se sentó a su lado, sobre el piso, ubicando la bandeja entre los dos—. ¿Le importaría si los comparto con usted? Han pasado varias horas desde la cena.

—Sí, claro —asintió Jessica, al tiempo que tomaba un copioso emparedado de jamón, mientras Matthew Bold servía café para ambos. Era evidente qué la joven disfrutaba al máximo, saboreando cada bocado. Cuando él tomó un emparedado, Jessica le obsequió una cálida sonrisa—. Está muy bueno —dijo ella con la boca llena, preocupándose muy poco por mantener los buenos modales.

El ambiente que la rodeaba era tan calmo y reconfortante que la muchacha pronto se sintió como si hubiera estado en su propia casa.

Matthew la observaba con sus ojos oscuros y al sonreírle, Jessica sintió que un temblor recorría su espina dorsal.

—Gracias —fue todo lo que ella pronunció.

Terminaron sus emparedados en un silencio de camaradería, lo que disipó hasta el último de los temores de Jessica.

Mientras comía y bebía, estudiaba a Matthew Bold. Llevaba unos jeans desteñidos, con una oscura tricota aterciopelada que pronunciaba sus masculinos hombros. Había extendido sus largas piernas hacia adelante, cruzando un tobillo sobre el otro. Los jeans le sentaban perfectos. Todo su físico reflejaba una viril seguridad en sí mismo, muy atractiva por cierto. Fue entonces cuando Jessica se preguntó si habría sido cierta su hipótesis de que era un hombre soltero. Seguramente, algunas mujeres debían de haberse sentido atraídas por él años atrás, ya que Matthew sería un hombre de unos treinta años aproximadamente. ¿Cómo se las habría ingeniado para no casarse? ¿Acaso se habría divorciado?

Jessica no apartaba su insistente mirada de la oscura cabellera, algo enmarañada e irresistiblemente encantadora. Sus oscuras cejas se arqueaban sobre los castaños y profundos ojos. Su nariz, era recta y firme. El mentón, oculto bajo la barba, indicaba la fuerza de Matthew y Jessica pensó, que no había motivos para que lo escondiese bajo tan espesa maraña. Aquella barba era el único elemento que Jessica encontraba incongruente con su personalidad.

Matthew era atractivo, pero la joven decidió que lo habría preferido sin barba. ¿Por qué se la habría dejado crecer? ¿A modo de camuflaje?

Sus pensamientos le hicieron olvidar por completo la cautela. Continuó contemplándolo.

La muchacha se sintió un tanto inquieta al enfrentarse con aquella sonrisa y su anfitrión le dijo suavemente:

—No se preocupe, señorita Wren. Soy un hombre de palabra y he de cumplirla.

Por supuesto que ella sabía a qué se estaba refiriendo, pero se sorprendió respondiéndole algo completamente distinto a lo que Matthew había comentado... ¿o acaso no?

—Puede llamarme Jessica —murmuró ella, sin saber a ciencia cierta lo que esta diciendo.

Pero se sintió horrorizada cuando se dio cuenta de lo que acababa de expresar.

Los castaños ojos de Matthew se encendieron con gran interés, al tiempo que agradecía la gentileza de la joven, haciendo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Gracias Jessica. Así lo haré. Pero entonces, ¿por qué no me llama Matt?

Jessica se sentía confundida por su propio comportamiento y tenía la esperanza de que Matt Bold no pensara que ella le estaba dando pie para llegar más lejos de lo que ella quería.

—No le dé de comer a Joe hasta que ambos hayamos terminado —dijo Matt, apartando la atención de Jessica de ambas manos. Aquel toque de humor que se escuchó en la voz de Matt bien podría haber significado que le habían causado gracia los ruegos de Joe, pero Jessica creyó detectar un vago placer al mismo tiempo que una voz interior la ponía alerta—. El sabe perfectamente que no tiene ningún derecho a pedir nada, ni siquiera por una mirada —continuó Matt—. Pero aparentemente, Joe piensa que usted es muy vulnerable.

Aunque Jessica no pudiera asegurar que aquellas palabras encerraban un doble significado, se sintió turbada por ellas y con un tirón, retiro su muñeca de la mano de Matt Bold.

—Lo siento —se excusó ella, con un tono más aguzado del que ella habría querido expresar—, soy una persona muy fácil de engañar... en lo que a los perros respecta —agregó con toda intención. Volvió la mirada a Joe y le sonrió—. Tus modales son admirables, Joe, y como yo desconocía el reglamento, te reservaré un buen bocado como recompensa por haberte tentado sin darme

cuenta de lo que estaba haciendo.

"¡Eso es! —pensó ella para sí con gran satisfacción mientras volvía a mirar a su anfitrión—. ¡Hablemos de sus frases con doble sentido!" Tenía la esperanza de que Matt Bold hubiera captado los de ella. La muchacha le sonrió. Luego, esa sonrisa se desvaneció al ver que una mueca especulativa afloraba sobre los labios de Matt, con un gesto mucho más atractivo que todos los demás.

—¿Eso va para alguien más aparte de Joe? —preguntó él, tanteando humildemente la respuesta.

—¿A qué se refiere? —interrogó Jessica con tono de recelo.

—Quiero decir que si cada vez que usted tienta a alguien sin intención de hacerlo, siempre le da la recompensa de obtener un "buen bocado". —La respuesta de Matt parecía inocente.

Jessica se ruborizó pero se las ingenió para mirarlo fríamente y para poner un tono calmo; luego de una pausa, respondió:

—Siempre doy recompensas cuando hay de por medio niños, ancianos o animales que no pueden darse a entender —dijo ella con una dulce sonrisa. Luego, su voz se endureció considerablemente cuando agregó—: puesto que estoy segura de que todos los demás pueden cuidarse solos.

—¡Ah! Pero es allí donde usted está equivocada —contestó Matt Bold, demostrando estar muy divertido en lugar de sentirse como si lo hubieran puesto en el lugar que le correspondía—. Los hombres, por ejemplo, somos especialmente vulnerables a la tentación y sobre todo, sabemos agradecer cualquier tipo de golosinas que una hermosa mujer pueda obsequiarnos. ¿No tiene ninguna que le sobre para poder obsequiarla a alguno de esos hombres?

Aquel intercambio de palabras se estaba tornando demasiado personal en lo que a Jessica se refería y por ello, la joven se dio cuenta de que tenía que terminarlo allí.

—No. ¡Ni una migaja! —replicó ella tenazmente—. Todos los que he conocido habrían sido capaces de tomar todo lo que se les hubiera ofrecido, mucho o poco, sólo para tomarlo como una excusa y poder engullir el plato entero. Ya hace bastante tiempo que he decidido no calmarles ningún tipo de apetitos y por eso trato de no tentarlos, ya sea consciente o inconscientemente. —La mirada que acompañó sus palabras era levemente beligerante y se sintió desconcertada al comprobar que él no se había intimidado ni por la una, ni por las otras.

En cambio, soltó una fuerte carcajada, con un sonido que provenía desde su pecho. Jessica sentía deseos de retorcerse debido al indeseable placer que aquel ronquido le había producido.

—Una mujer como usted no tendría que hacer nada especial para tentar a un hombre, Jessica —murmuró él con diversión, mientras su carcajada se desvanecía. Su mirada se atenuaba, para poder observarla plenamente—. El simple hecho de mirarla es una tentación, ¿o acaso quiere hacerme creer que lo ignoraba?

De pronto, la habitación se tornó insoportablemente calurosa y la intimidad que se había creado entre ellos, inaguantablemente peligrosa. Jessica apartó bruscamente sus ojos de Matt y se incorporó sobre sus pies, ofreciéndole al hombre un agradable espectáculo de largas y delgadas piernas durante tal proceso. Joe se acercó a ella, arrastrando las patas, atraído por su inesperado movimiento y Jessica se valió de él como una distracción para ocultar su perturbación.

—Aquí, Joe. —Le arrojó un trozo de emparedado. Las enormes mandíbulas se abrieron y con exacta precisión el animal atrapó el bocado en el aire. Mientras se dirigía hacia la puerta, miró a Matt.

—Discúlpeme un momento, por favor —murmuró ella, odiando su voz que apenas tenía fuerza—. Debo ir al cuarto de baño.

Matt permaneció donde estaba, con los ojos cerrados, pero Jessica tenía la impresión de que cada uno de sus sentidos estaba vivo y trabajando activamente muy a su pesar.

—Cuénteme sobre usted, Jessica —sugirió él, siendo su tono tan natural que la joven se relajó al menos un poco...

—¿Por ejemplo? —dijo ella en el mismo tono, preguntándose si se había imaginado el temblor de la barba de Matt, probablemente provocado por una sonrisa.

—¿Cómo se gana la vida? —fue su desapasionada respuesta y Jessica se sintió que estaba segura.

—Soy funcionaría de personal y trabajo para el gobierno federal —replicó ella con razonable serenidad y como de acuerdo con las circunstancias, la conversación parecía muy normal, ella también dio rienda suelta a su curiosidad—. ¿Y qué puede decirme de usted? ¿Qué hace habitualmente?

En ese momento fue evidente que la barba se movió, pero... ¿se trataba de una sonrisa o de una mueca?

—No tengo empleo fijo por el momento —replicó él con un tono dé voz que no invitaba a continuar interrogando

Volvió entonces a preguntarle a ella y lo hizo con tanta habilidad, que Jessica se sorprendió diciéndole muchas más cosas de las que ella tenía intención de contarle.

Transcurrida una media hora de agradable intimidad, en aquella habitación iluminada sólo por las llamas de la chimenea, en

sosegada conversación y con el sereno ronquido de Joe, Jessica se sentía tan cómoda que podría haber pasado el resto de su vida allí, en compañía de Matt Bold. Cuando Matt se puso de pie, empujando levemente a Joe hacia un costado, para dirigirse hacia un pequeño bar al que Jessica no había descubierto antes, la joven notó que había estado viviendo en un tonto paraíso. Mientras Matthew Bold había estado tendido sobre el piso, con su viril atractivo parcialmente disimulado por la presencia de Joe, Jessica había logrado olvidar la sexualidad que Matt encerraba en su alta y poderosa figura.

Pero en ese momento Matt se aproximaba a ella con dos copas de vino y ella no lograba apartar la mirada de cada uno de sus movimientos, de aquella mirada espontánea y natural imposible de ignorar y del peligroso y oscuro encanto que estaba atrapado en su rostro... especialmente, en sus ojos. La muchacha alzó la vista para observarlo con sus ojos color esmeralda, enmarcados por largas pestañas, revelando lo turbada que se sentía Jessica estaba exactamente en el mismo lugar en el que había estado antes de escaparse hacia el cuarto de baño, aunque esa vez, el peligro era más inminente. Luego de haber bebido su copa de vino, Matt se sentó sobre el diván... a su lado pero más cerca y no en el extremo más lejano y más seguro para ella.

Jessica bebió de un trago su vino y echó una resplandeciente sonrisa al hombre que estaba frente a ella, observando su evidente perturbación con un paciente y radiante interés.

—¿Y qué puede decirme acerca de usted? —preguntó Jessica, tratando de encontrar un tono desinteresado—. Creo haber hablado lo suficiente acerca de mí. ¿No quiere que hablemos de usted ahora?

Jessica sintió que su sonrisa comenzaba a tambalear cuando Matt posó su mirada sobre la boca de la muchacha. Sabía perfectamente que era algo idiota, pero tenía la certeza de que aquella mirada tenía el poder de parecer tangible de algún modo u otro... como si él estuviera besándola en lugar de estar hablando con ella.

—No dude de que podrá escuchar todo lo referente a mi vida personal de boca de otros mientras permanezca aquí —dijo él, con un tono apenas distante que pronto se esfumó—. No creo que valga la pena perder nuestro tiempo hablando de algo tan aburrido como mi pasado. —Luego de una pausa, con un tono más ronco y profundo, prosiguió: —Y sobre todo, cuando el presente puede ser tan interesante.

Jessica ignoró la invitación de su voz, con una leve inclinación de su cuerpo hacia adelante, tan leve como pudo hacerla, aunque casi

no tenía aliento para seguir hablando.

—No creo que sea aburrido —dijo ella, tratando de mostrar una valentía muy poco convincente—, Y preferiría escuchar la historia de su pasado por boca suya y no por la de los chismosos, —Después, con una mirada confusa, comenzó a preguntarle por qué habrían de escucharse comentarios acerca de él, pero el interrogatorio cesó, cuando Matt se inclinó hacia adelante, alejando su boca de la de ella a unos cuantos centímetros.

Todo lo que él dijo fue:

—¡Chist, Jessica! —Pero detrás de sus palabras se ocultaba un tremendo significado y luego, hubo un mundo de sensaciones en su beso. Jessica olvidó todo lo que no estuviese relacionado con los sentimientos que su respuesta le inspiraban.

Matt no la forzó para nada. Por el contrario, el movimiento de sus labios sobre los de ella y la cálida caricia de su barba fueron genuina seducción, en su forma más efectiva. El era suave, paciente y eróticamente sugestivo. Más que forzarla para permitirle penetrar en ella, la lengua de Matt invitaba a Jessica para que la dejase pasar. Era tan pacientemente tentador como lo había sido antes, hasta que la joven decidió que ya no podía soportar la agonía de que él no la abrazase para estrecharla contra sí y hacerle sentir la calidez de su cuerpo.

El pareció darse cuenta de sus necesidades en ese preciso instante. Jessica sintió que le quitaban la copa de vino de la mano para hacerla a un lado. Luego, dos fuertes brazos se ciñeron sobre ella, brindándole la intimidad que ella reclamaba en cada una de las células de su cuerpo. Jessica sintió que se convertía en un débil instrumento que se adecuaba a los contornos de Matt Bold, como si conociera cada uno de sus músculos, de sus huesos, de sus recovecos que encajaban en las curvas de la joven con asombrosa exactitud. El se sentía tan bien y la hacía sentir tan bien, que Jessica sintió temor de sí misma: ¿qué sucedería si sus sobrecargadas emociones dieran lugar a más?

Los besos de Matt se hicieron más profundos. Se dirigieron a las mejillas de la muchacha, descendieron por su cuello y regresaron a sus orejas, mientras que sus manos la moldeaban contra sí, con encantadora y comprobada fuerza. Jessica estaba abrumada de tantas sensaciones, a las cuales ella se había negado durante tanto tiempo. Tampoco las había percibido con tanta intensidad anteriormente. En una ocasión había pensado que estaba enamorada de Jed Cason y le había entregado más de sí de lo debido, pero ni siquiera a su lado había tenido esa sensación, la de ser una sola

persona… esa sensación que Matt le inspiraba sin hacer ni el más mínimo esfuerzo.

—Matt… —suspiró ella cuando los labios del hombre se dirigieron hacia el escote en "V" de su bata.

Pero en realidad, no había protesta alguna en su voz y Matt parecía no estar obligado a detenerse. En cambio, hizo descender su mano desde la espalda hasta la cintura de la muchacha para aflojar el cinturón de la bata que cubría su desnudo cuerpo. Al apartar la bata, Jessica se preguntaba en su estado de total confusión, por qué no se sentía en una situación embarazosa, por qué no tenía vergüenza… Por el contrario, la inspiración de Matt le indicaba que él también sentía placer y que la encontraba hermosa.

La joven alzó la vista para, observar a Matt y sintió estirarse como una gata mimosa, para demostrarle el placer qué sentía, para complacerlo y permitirle que completara el acceso a lo que acababa de descubrir.

—Jessica… —En su voz se notó una profunda, demandante y aún, suave calidez, que hizo que Jessica asintiera sonriendo a su pedido.

Fue suficiente respuesta el hacerlo gemir por lo bajo. Besó la boca de la joven con hambrienta fiereza y luego la tendió sobre el diván para besar el resto de su cuerpo, disfrutando del sabor de su piel, cual si probase un dulce néctar, o una enorme gota de miel.

Jessica gimió al percibir sus caricias sobre un seno: Matt saboreó primero un pezón, luego el otro, hipnotizándola y abrigándola hasta hacerla arder de pasión. Se sintió acongojada cuando descendió hasta el abdomen, pero no tardó mucho tiempo en experimentar nuevos placeres: Matt exploraba suavemente las entrañas de ella con gran suavidad y descubría nuevas zonas con sus manos.

En ese momento, Jessica sentía deseos de tocarlo con la misma intimidad que él la estaba tocando a ella. Susurró:

—Déjame tocarte —permitiendo que sus ojos imploraran ese privilegio. Un viril placer se expresó en la sonrisa de Matt y sus ojos se veían complacientes, mientras se incorporaba para quitarse la ropa y permitir a Jessica el acceso a su cuerpo.

El movimiento de Matt despertó de su perruno sueño a Joe, ya que debió de haber sido muy brusco. Joe se paró sobre sus cuatro patas en un salvaje y rápido salto, que desconcertó a ambos. Luego ladró tan sonora y profundamente que Jessica lo sintió dentro de su pecho.

Matt estaba alerta pero imperturbable.

—Siéntate, Joe —ordenó con un tono amenazante, haciendo que

Joe bajara la cabeza en señal de estar avergonzado por su comportamiento. La reacción de Jessica había sido completamente diferente: se sentó de golpe y en un abrir y cerrar de ojos, en un devastador momento de lucidez, se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Matt estaba quitándose la tricota cuando ella lo detuvo.

—No lo hagas —protestó ella, con voz aterrorizada y casi estrangulada. Matt bajó la vista para observarla, levantando una ceja en señal de total confusión. Jessica tragó saliva y se llevó una mano a la frente en un gesto de distracción.

—Matt, lo siento... —Su propia confusión se evidenciaba en el tono de voz, junto con una súplica de comprensión—. No sé lo que estoy haciendo... —agregó conservando el mismo tono de voz—. Ni siquiera te conozco. —Levantó la vista con sus ojos grandes y brillantes llenos de emoción—. No ha sido mi intención tentarte —dijo avergonzada, encogiendo levemente los hombros al recordar que ambos estaba desnudos. Con prisa, se cubrió con la bata y ajustó con torpes dedos el cinturón, demostrando su nerviosa agitación—. Yo no soy así —se lamentaba, mirando a Matt como si le implorase que le explicara cuál había sido el motivo que la había conducido a comportarse de ese modo, tan inusual en ella.

Matt la observaba con una expresión tan extraña que Jessica no podía descifrar lo que él estaba pensando o sintiendo en ese momento. Pero podía imaginárselo y el solo pensamiento la hacía sentir arrepentida por lo que había hecho. Matt Bold bien podría pensar que ella era una tonta sin principios y Jessica nada podía hacer o decir para hacerle cambiar de parecer. No encontraba explicación que pudiera aclararle a ella misma esa situación y mucho menos, la tendría para él.

Finalmente, Matt se encogió de hombros y con una sonrisa se dirigió a Joe:

—Muchas gracias, amigote —murmuró, con un seco sentido de buen humor en su voz, que ocultaba una sensación de disgusto—. Recuérdame encerrarte fuera de la habitación la próxima vez que tenga una invitada del sexo débil.

Matt se agachó para recoger el vaso de vino de Jessica. Cruzó la habitación para volver a llenarlo y en ese instante, ella sintió una pálida sensación de gratitud hacia él, puesto que tomaba tan bien las cosas en lugar de enojarse seriamente, como más de un hombre lo habría hecho en su lugar. Sin embargo, su gratitud casi se desvaneció por el enfermizo dolor que sintió al oír la referencia que Matt había hecho acerca de sus "otras visitantes del sexo débil".

También podría haberla abofeteado. En realidad, pensó que el dolor físico podría haber sido mucho más llevadero que el dolor emocional al oír las palabras de Matt, refiriéndose a ella como una de las tantas mujerzuelas que satisfacían sus apetencias sexuales.

Matt regresó y le ofreció otra copa de vino. Ella la aceptó y lo bebió de un solo trago. Ignorando sus cejas levantadas y su sarcástica mirada, se incorporó para enfrentarlo con fiereza.

—Gracias por no enfadarte —dijo ella con voz tiesa y agitada.

Jessica tenía la esperanza de no demostrar el dolor que sentía.

—Me he comportado de una manera injustificable y no sé cómo explicar mi actitud, así que no intentaré hacerlo. Sólo deseo ir a la cama ahora... sola... si a ti no te importa.

Jessica esperó la reacción de Matt, con la cabeza gacha y los puños cerrados. Si ella hubiera sabido dónde iba a dormir aquella noche no habría hecho aquello. Se habría ido corriendo a la habitación, para sentir sus remordimientos en privado y también su vergüenza.

—Si lo que tratas de decirme es que no acostumbras a irte a la cama con un hombre la primera vez que lo conoces, te creo, Jessica —dijo él suavemente.

Pero lejos de hacerla sentir mejor, sus palabras sólo lograron intensificar la angustia de Jessica. Porque si Matt sabía eso de ella, ¿qué más sabría sobre su persona? ¿Que ella no podía resistirse a él... un completo extraño... que su sentido común desaparecía totalmente cuando de él se trataba? ¿Y que ella era vulnerable a sus manos sólo porque él poseía cierta sustancia química que la atrapaba? Por Dios. Eso sí que era demasiado.

—Por favor, permíteme irme a la cama... —Jessica no podía mirarlo, pero su voz revelaba el confuso cansancio que sentía.

—Puedes dormir en la segunda habitación de la derecha, que está escaleras arriba —le informó él con tal brevedad y tacto que le permitieron atravesar la habitación y buscar el refugio que él había ofrecido.

—Gracias. Buenas noches. —Su rígida gentileza provocó otra sonrisa, una casi tierna, que afloró en los labios de Matt.

Sin embargo. Jessica no se percató de ella. Tenía los ojos fijos en el piso que estaba delante de ella.

—Buenas noches, Jessica —fue su amable respuesta. Jessica subió corriendo las escaleras hacia la habitación indicada, con todas las energías que ella podía desplegar.

CAPITULO III

Al día siguiente, Jessica se despertó con los ojos legañosos, letárgica, con carraspera en la garganta y los síntomas de un resfrío que se estaba desarrollando, como resultado de la aventura que había experimentado la noche anterior. Al menos, se sentía con las fuerzas suficientes como para levantarse de la cama y salir de la habitación para enfrentar al hombre que le había inspirado semejante examen de conciencia.

Jessica apartó la ropa de cama, temblando al sentir que el aire fresco castigaba su desnudez. Ya había sacado una pierna, y la tenía extendida hacia un costado cuando oyó un leve golpeteo en la puerta, que se abrió inmediatamente.

Jessica soltó un sordo grito de asombro cuando descubrió la alta figura de Matt dibujada en la puerta. Por un largo minuto, ambos se quedaron congelados por la extrema sorpresa. Rápidamente, Jessica se metió bajo las cobijas y Matt se esforzó por disculparse, aunque la mirada que se leía en sus ojos reveló su falta de sinceridad.

—Lo siento, Jessica —dijo él gentilmente—. Pensé que aún estabas durmiendo y entré para despertarte.

—¡Estoy despierta! —gritó Jessica, siendo su tono una mezcla de redundancia y defensa.

Matt asintió con la cabeza, apesadumbrado, aunque sus ojos descubrían una traviesa mirada.

—Ya veo. Entonces quiere decir que has dormido muy bien, ¿verdad?

—Bien. —El blando agrado que a Matt le había producido aquella respuesta, hizo que Jessica se sintiera absurdamente torpe. —He puesto en funcionamiento la cafetera, de modo que cuando estés lista ve a la cocina para que desayunemos juntos.

Cuando Jessica volvió a asentir vigorosamente, Matt hizo una sonrisa entre dientes y salió de la habitación.

—Perfecto. Estaré allí dentro de unos pocos minutos.

Después de haberse cerrado la puerta tras él, Jessica sintió deseos de relajarse por el alivio.

Segundos después, Jessica estaba en el cuarto de baño, mirándose al espejo y mientras se peinaba sus rizos, recordó que en el momento que Matt había entrado en su habitación, ella experimentó una especie de placer, dentro de toda la confusión, por verlo tan viril y sexy como la noche anterior. Aquello era, sin duda, una incómoda revelación.

“¡Despierta, tonta! Después de haber actuado como lo has hecho ante él, sería un milagro que Matt sintiese lo mismo con respecto a ti."

Desalentada, abandonó el cuarto de baño y bajó las escaleras decidida a rectificar la impresión que debía de haberle causado a Matthew Bold. Quería decirle que ella era una mujer que no sabía lo que había hecho, que se había comportado como una chiquilla.

Matt estaba sentado, bebiendo su café y al ver que Jessica entraba en la habitación, la recibió con una sonrisa de bienvenida.

—Buen día —dijo ella radiante, con una vivaz sonrisa en los labios—. Ah, café. —La muchacha logró mantener su rol de Mary Sunshine, a pesar de que su corazón palpitaba incansablemente y de que estaba casi sin aliento—. Se ve muy bien. —Luego: — ¡Mi ropa! —dijo al mancharse sus jeans y otras prendas que estaban cuidadosamente dobladas sobre una de las sillas de la cocina. Jessica las levantó con la misma calma de una víctima en un naufragio en el Ártico—. El café puede esperar hasta que me vista —dijo ella con firmeza, mientras Matt apartaba una de las sillas para darle paso—. Regresaré en seguida.

Giró sobre sí y se dirigió a la habitación donde estaba la chimenea. Cerró con firmeza la puerta tras ella y mantuvo sus ojos cuidadosamente apartados del sillón que la noche anterior, había constituido un nido de seducción. Sin embargo, los recuerdos de aquella escena la hacían estremecer de placer.

Joe, que estaba tendido sobre su lugar de costumbre frente a la chimenea, abrió sus ojos momentáneamente y miró a Jessica entredormido. Luego volvió a cerrarlos, dando la impresión de que la consideraba como a una ocupante ya aceptada en su santuario. Jessica sabía que era absurdo sentirse feliz sólo porque un perro la aceptara, pero tampoco podía evitar esa sensación. Por ello, al terminar de vestirse lo acarició suavemente.

Una vez vestida, Jessica se sentía más segura. Regresó a la cocina y le sonrió a Matt nuevamente.

—Gracias por haberme secado la ropa, Matt. Anoche me había olvidado de ellas.

Al darse cuenta de que su charlatana lengua había soltado más de lo debido, Jessica quiso que se la tragase la tierra. De todos modos, logró detenerse a tiempo para enfrentar la mirada de Matt con estoicismo.

—¿Puedo tomar ese café ahora? —preguntó ella con más calma, con una mirada sosegada al descubrir la diversión que Matt sentía.

La joven tenía el estómago vacío y consideraba que habría sido

muy poco caballeroso de parte de Matt negarle el café.

—Por supuesto, Jessica. —Su tono fue suave y en sus ojos ya no se leía una mirada de diversión, sino de calidez.

El encanto de aquella mirada derritió a Jessica, de modo que por un instante olvidó lo irritada que estaba con Matt y se tranquilizó un tanto. No obstante, su relax duró muy poco, ya que cuando Matt le entregó la taza de café, casi rozó los dedos de la muchacha con los suyos. El efecto fue electrizante. Jessica alzó su mirada confusa y expresiva para contemplar a Matt y él sonrió como disculpándose.

—Sé que he estado mal al hacerlo —murmuró él—, pero quise comprobar si lo de anoche había sido sólo una mera casualidad.

Sin saber qué decir, Jessica le devolvió la mirada, en una encrucijada entre revelar sus sentimientos o simular una gran confusión. No obstante, bajo la presión de la mirada de Matt, era imposible disimular nada y luego, se sorprendió diciendo:

—Me temo que no lo fue —dijo ella apesadumbrada.

—Pareces arrepentida de ello —replicó Matt serenamente.

—No estoy acostumbrada a eso —dijo Jessica encogiéndose de hombros—. Y no estoy segura de poder comprenderlo… o de admitirlo —agregó con un dejo de aspereza.

La sonrisa de Matt era profunda y afectuosa.

—Pensé que lo comprendías muy bien —bromeó él—. ¿Y qué es lo que hay que admitir o dejar de admitir? Sólo se trata de una actitud muy humana.

Jessica le dirigió una mirada de duda.

—Pareces un experto —dijo ella un tanto molesta—. Me temo que yo no lo soy.

Matt se limitó a observarla con una mirada inexpresiva, aunque Jessica tuvo la impresión de que él no le creía.

—De acuerdo —admitió ella de mala gana—. Sé que no soy completamente inocente. Es sólo que yo… eh… no he tenido mucho tiempo para… esa clase de cosas en los últimos tiempos.

Para la sorpresa de Jessica, Matt frunció el ceño, bajó la vista para contemplar su taza de café y susurró:

—Tampoco yo lo he tenido. No últimamente. —Cuando volvió a alzar la cabeza, su expresión cerrada no invitaba a seguir formulando preguntas.— ¿Quieres comer algo?

—No, gracias —dijo ella con tranquila dignidad—. Me gustaría ver si el teléfono se compuso. Si a ti no te importa, querría telefonear a mi hermano.

Antes que Matt pudiera responderle, Jessica se incorporó y se dirigió al teléfono, esquivando la mirada del inexpresivo rostro de él.

Pocos minutos después, al oír la adormecida, irritable y amada voz de su hermano, trató por todos los medios de mantener calma la voz.

—Hola, John. Soy yo... Jessica. —La joven trató de sobrepasar con su voz la confusa exclamación de su hermano al recibir su llamada en horas tan tempranas de la mañana. — ¿Podrías pasar por mí? Anoche no pude continuar mi camino hasta tu casa debido a que un árbol se había caído en medio de la carretera y por ello debí pasar la noche en casa de uno de tus vecinos, Matt Bold. —Jessica debió volver las espaldas a Matt para ocultar el respingo que le produjo el oír las palabras de John a ese respecto. Con gran impaciencia, esperó unos instantes para poder volver a hablar. — Sí, ya sé que el viaje se había planeado para hoy, John —lo interrumpió ella con dulzura—, pero partí temprano. Luego tuve la desgracia de que me atrapara la lluvia y... luego quedé encajada en una zanja y...

Jessica debió apartar el auricular de su oreja para proteger sus tímpanos de la violenta reacción de John. Después inspiró profundamente y logró proseguir:

—No importa por qué —dijo ella con voz estridente—. Y no. No me he dañado. —Inconscientemente, la muchacha golpeteaba su pie contra el piso, escuchando los reproches de su hermano. — ¿Puedes venir ahora, John? —Interrumpió ella la conversación, con una lánguida desesperación que afloraba en su voz—. ¡Oh!... ¿podrías también llamar a una grúa para que quite mi automóvil de la zanja? —Luego que John asintiera de mala gana, Jessica terminó la conversación. —Sí, nos encontraremos allí—dentro de pocos minutos. Saluda a Senta por mí. Hasta luego, querido.

Jessica regresó el auricular a la horquilla, disfrazó su rostro con una máscara de gentileza y se dirigió a Matt.

—John viene para aquí —informó innecesariamente, notando con gran irritación que Matt estaba luchando para no soltar la carcajada que se revelaba en sus ojos. Jessica no sabía si sentir alivio o pesar por haber sido la conversación con su hermano, el motivo que le devolvió a Matt su buen humor. Pero, de todos modos, estaba segura de que ya estaba cansándose de ser una constante fuente de divertimento para ese hombre.

Se encaminó hacia la mesa, cogió su taza de café y la bebió. Luego volvió a apoyarla sobre la mesa con un golpe.

—Puedo ir hasta donde está mi automóvil caminando, Matt —le informó—. No necesitas seguir tomándote molestias por mi causa. —Al terminar la frase, Jessica sonrió rígidamente y Matt le devolvió la sonrisa con otra, endemoniadamente encantadora.

—No permitiría que chapotearas por todos aquellos charcos

estando descalza, Jessica —dijo él lentamente—. Te llevaré hasta donde está tu vehículo y de paso veremos si encontramos tus zapatos en el camino, aunque dudo que puedas ponértelos luego de haber estado toda la noche expuestos a las inclemencias de la lluvia.

Jessica había olvidado sus zapatos. Se mordió los labios para no protestar por la sugerencia de Matt de llevarla hasta allí. Habría sido muy estúpido e infantil poner más objeciones y ella ya se había comportado como una niñita tonta durante el breve tiempo en que estuvieron juntos.

—Muy bien —le concedió ella, agradeciéndole casi de corazón, tratando de poner en su voz un tono distinto—. Claro que antes, preferiría despedirme de Joe. — ¿Te importaría?

—El se sentiría herido si no lo hicieras de ese modo —dijo Matt, enderezando su cuerpo e incorporándose—. Iré contigo para ahorrarte los cinco minutos que te demandaría mimarlo y acariciarlo. No podemos hacer esperar a tu hermano John demasiado tiempo.

El tono de Matt casi enfureció a Jessica, como si en realidad le hubiera querido decir que la que no podía esperar demasiado tiempo para marcharse de aquella casa era ella. Sin embargo, Jessica no demostró lo que estaba sintiendo. Ya había aprendido bien la lección acerca de cómo comportarse en cualquier situación en la que Matt Bold estuviera involucrado. Y aquella sí que era dolorosa.

Jessica se arrodilló en el rincón favorito de Joe. El obvio dilema del animal, que no sabía si despertarse lo suficiente como para recibir una sesión completa de caricias o continuar con su agradable siesta, le causó mucha gracia y logró disipar lo molesta que estaba por el contradictorio comportamiento de Matt.

—De acuerdo —canturreó ella con un toque de buen humor—. Sigue durmiendo, haragán. De todos modos, no cuento con el tiempo suficiente como para que valga la pena el haberte hecho despertar del todo.

Luego de haber acariciado por última vez la enorme y peluda cabeza de Joe, Jessica se incorporó y se volvió para mirar a Matt, quien estaba apoyado contra el marco de la puerta.

—Ya estoy lista —dijo ella y cruzó la habitación, camino a la puerta.

Al llegar allí, Matt extendió un brazo para detenerla. Su mano apoyada sobre la cintura de la muchacha parecía arder como fuego y el sitio donde su brazo había hecho contacto con uno de los senos parecía haberse derretido también. Jessica estaba tan pasmada por aquel impacto que ni siquiera se atrevió a moverse.

—Quiero volver a verte —dijo Matt, con sus ojos fijos en las confundidas esmeraldas de Jessica—. Te telefonearé a casa de tu hermano —Después, aunque parecía de mala gana, bajó la cabeza para acariciar los labios de la joven con los suyos, dejando tras ese breve beso una cálida magia—. Vamos ya —dijo él, soltándola y dando un paso hacia atrás para cederle el paso.

Jessica obedeció, con la mente confusa y su cuerpo lánguido por el dominio que Matt era capaz de ejercer sobre ella. El único pensamiento que tenía en claro, aunque no del todo, era que Matt Bold era un hombre tan enigmático y peligroso como jamás antes había conocido y si a ella aún le restaba una pizca de sentido común, lo que tenía que hacer era alejarse de él inmediatamente, antes que él lograse someterla por completo. Pero de alguna manera, y aunque ella supiera que era muy tonto, Jessica sabía que no podía tener nada de sentido común si se trataba de Matthew Bold.

Minutos más tarde, mientras conducían bajo el deslumbrante sol otoñal, Matt la turbó con lo que aparentemente, era un comentario casual.

—Es probable que escuches algunos comentarios acerca de mi vida tanto de tu hermano como de los demás, Jessica. Me gustaría que no te tomes todo en serio hasta que tengas la oportunidad de conocerme mejor.

Se volvió hacia él e intentó preguntarle algo, pero Matt la interrumpió:

—Creo que aquellos son tus zapatos, Jessica —dijo él mientras disminuía la velocidad de su Jeep para aparcarlo. Bajó del vehículo de un salto y poco después estuvo de regreso, trayendo consigo los deformes y empapados restos de lo que alguna vez había sido un caro par de zapatos de paseo—. ¡Mira el trabajo artesanal que ha hecho Joe! —dijo él riendo a carcajadas—. ¿Quieres intentar llevar a cabo una operación de salvataje con ellos o prefieres donárselos a Joe para que siga mordiéndolos? Parece ser un juguete demasiado caro para un perro, pero después de haber alimentado a ese mastodonte durante varios años, ya no puedo inventar nada nuevo que logre saciar su apetito.

Jessica frunció la nariz en señal de disgusto, aunque rió con él.

—Por supuesto que se los daré, a Joe —dijo ella sin darle demasiada importancia—. El sólo estaba cumpliendo con sus obligaciones laborales, de modo que se merece una recompensa.

—Gracias —respondió Matt secamente, al tiempo que arrojaba los zapatos en la parte posterior del Jeep—. Pero creo que me costará una fortuna si Joe continúa realizando esta clase de

trabajitos.

Cuando Matt volvió a subir al Jeep, Jessica bromeó:

—Supongo que si yo quisiera sacar provecho de toda esta situación, podría decirte que esos zapatos me han costado dos veces más de lo que en realidad valen, pero sucede que sólo se trataba de un par viejo y no tengo ninguna intención de cobrarte ni un solo centavo por ellos. Además, ahora que lo conozco, quiero mucho a Joe.

Al volver a la carretera, Matt la observó con una ambigua mirada y murmuró:

—Esperemos que puedas decir lo mismo de su dueño, una vez que lo conozcas —pero antes que Jessica pudiese abrir la boca para responder, Matt se aproximó al sitio donde aún estaba encajado el vehículo de la joven.

Matt bajó del Jeep y Jessica lo siguió, dándose cuenta de que su hermano todavía no había aparecido.

—El agua ha bajado —dijo Matt, después de llegar a la zanja—. Ojalá que tus puertas sean herméticas porque si no lo son, es muy factible que el agua haya penetrado en el interior.

Matt inspeccionó el lado del acompañante y en su rostro se leyó una expresión de satisfacción.

—Está húmedo, pero no creo que haya mayores problemas —le aseguró—. Veo que has dejado las llaves puestas. ¿Te importaría si tratase de sacarlo de aquí?

Jessica sólo se limitó a mover la cabeza. Había estado tan ocupada observando el atractivo masculino de Matt y con tanto deseo, que temió que en su voz se revelaran sus sentimientos. ¡Por Dios! ¡Sí que era atractivo!, pensaba la joven mientras observaba lo bien que sus jeans se amoldaban a sus caderas, lo mucho que su tricota blanca acentuaba sus hombros anchos y el modo en el cual su oscura barba le daba un aire de peligrosa atracción, casi imposible de resistir.

—"Pero debes resistirte!" —se reprendía ella cuando Matt se sentó sobre el apretado asiento del conductor y encendió el motor. No era normal sucumbir ante un hombre del cual conocía muy poco y especialmente, cuando sabía que estaba rodeado de algo bastante misterioso. ¿Acaso no había sido él mismo quien le había advertido que escucharía habladurías sobre él? ¿Qué otro significado podría tener eso más que Matt tendría algún escándalo del cual debía avergonzarse?

Jessica se quitó del paso al ver que Matt comenzaba a maniobrar el vehículo, para atrás y para adelante, en un esfuerzo por hacerlo

subir hasta que finalmente, con un rugido del motor y bastante habilidad del conductor, Matt logró hacer subir el pequeño automóvil, hacia una superficie más sólida de la carretera. Al bajar del auto, Jessica tuvo la sospecha de que aquella sonrisa de satisfacción dibujada en los labios de Matt se debía más al placer que ese éxito le había causado a la joven, que al que él mismo sentía.

Flexionando sus músculos, con una actitud de hombre supremo, Matt adoptó una postura de soberbia.

—Yo, Tarzán —dijo él con voz muy grave—. Tú...

—Una típica conductora femenina —interrumpió Jessica, castigando su machismo—. Apuesto a que al menos esa es tu opinión.

Matt no dejé de sonreír entre dientes y sus ojos se tornaron presumidos.

—No necesariamente —bromeó él—. Hay muchos hombres que saben conducir y que tampoco habrían logrado sacar el auto de la zanja...

Jessica bufó.

—Tu modestia me apabulla. De todos modos, me siento muy agradecida por no tener que pagar los servicios de una grúa —y entre dientes, agregó—: Bueno, eso compensa un poco lo de los zapatos.

—No lo suficiente —dijo Matt intencional, aproximándose a la joven para atrapar su cintura entre sus fuertes manos—. Todavía me debes una noche de alojamiento, una noche perdida de sueño, algunos emparedados de jamón, el café y el baño.

Casi sin aliento y un tanto fuera de sí, Jessica le siguió el juego.

—Te olvidas del servicio de lavandería —le sonrió. Luego hizo hincapié en uno de los puntos de la lista—. Pero... ¿qué has querido decir con eso de "una noche perdida de sueño"? Yo dormí.

Con una tenue sonrisa, Matt levantó una ceja y sus ojos parecían arder en los de ella.

—Sí, eso ha sido con respecto a uno de nosotros —murmuró él.

—¡Oh! —dijo Jessica, al tiempo que comenzaba a ahogarse en la mirada de Matt.

Deseaba fundirse en aquellos duros músculos que en ese momento estaban presionando los de ella.

—Por cierto —dijo él suavemente, bajando su cabeza hacia ella.

De pronto, al oír una sonora bocina que interrumpía aquella intimidad, Matt volvió a erguir la cabeza de un sacudón.

Matt la soltó y por un instante, Jessica sintió que se tambaleaba

hasta que poco después, logró recuperar el equilibrio. Siguió la mirada de Matt y vio que su hermano estaba bajando del automóvil, del otro lado del árbol. La muchacha se mordía los labios, ya que no sabía cuánto había alcanzado a ver John. El la reprendería sin piedad si pensara que algo había habido entre ella y Matt, por haber pasado una noche juntos. Y por primera vez en la vida, Jessica no estaba con el humor como para soportar los retos de su hermano... ni tampoco que estuviesen relacionados con ese hombre... ¡ni tampoco con la noche anterior!

Hermano y hermana se confrontaron uno a cada lado del árbol: ella con una exageradamente entusiasta bienvenida, tratando de ocultar sus deseos de que John hubiese llegado unos minutos después y él, con una mirada especulativa y con los comentarios típicos de todo hermano:

—¿Qué diablos has hecho ahora?

Jessica no estaba dispuesta a que John le dijera más cosas de las que ya le había dicho por teléfono y se lo expresó con una elocuente mirada. Con una sonrisa y meneando apenas la cabeza, John Wren le guiñó el ojo y luego le dio la bienvenida para enfrentar a Matt Bold.

Jessica se sintió totalmente inútil al ver que ninguno de los dos hombres esperó a que ella los presentara.

—¿John Wren? —preguntó Matt mientras estrechaba su mano por encima del tronco.

John asintió.

—Y usted debe de ser Matt Bold —deslizó con certeza con una sonrisa entre dientes mientras estrechaba su mano.

—Siento no haber podido darle la bienvenida a este vecindario con anterioridad —dijo Matt con su rostro tieso, pero con un brillo en los ojos, al observar la expresión embarazosa que había en la mirada de Jessica—. Se me ha dicho que me falta bastante para ser un buen vecino, pero trataré de rectificarme de ello de aquí en más.

—Yo diría que ha empezado muy bien —respondió John divertido—. Quedarse estancado con mi hermana en mitad de la noche ha de haber sido una gran experiencia.

—¿Has llamado a la grúa, John? —preguntó ella, con un dejo de petulancia en sus ojos al ver que ambos hombres parecían haber olvidado su presencia.

Aún peor: parecieron extrañados al notar que ella estaba allí.

Durante un segundo, John pareció turbado y luego dirigió una especulativa mirada a Matt. Al observar nuevamente a Jessica, sus ojos parecían cálidos, tiernos.

—No —admitió—. Pensé que sería mejor venir primero y

comprobar la gravedad del caso. Pensé que quizás podría sacar yo mismo el automóvil de la zanja, pero veo que Matt ha tenido la misma idea.

Jessica observó a ambos.

—¿Cómo sabes que ha sido Matt quien sacó el auto de la zanja? —Preguntó con sarcasmo—. Pude haber sido yo.

John la miró con toda la superioridad de un hermano mayor.

—Fui yo quien te enseñó a conducir, ¿recuerdas? Al menos, eso fue lo que traté de hacer —murmuró él por lo bajo.

Enfurecida por tan injusta condena, Jessica montó en cólera.

—Correcto, sólo has tratado, ¡John Wren! Tienes un carácter tan desagradable que sólo me dedicabas una hora de tu tiempo y tuve que ir a aprender a la escuela de conductores. ¡Y lo que es más, allí me he convertido en un as!

Manteniendo sus manos en alto, en señal de defensa, John dirigió a Matt una mirada de masculina paciencia ante tal intransigencia femenina, pero él ya estaba riendo cuando John respondió a su hermana:

—Sí, es verdad. Eso fue lo que hiciste. Pero podría haber jurado que te reprobarían sin siquiera tomarte el examen.

Matt comenzó a reír a carcajadas junto con él y Jessica se encolerizó aun más, hasta que comprobó que ambos hombres no eran más que dos arrogantes chauvinistas... adorables machos chauvinistas, cierto... pero chauvinistas al fin.

—De acuerdo, cuando terminen de reírse de mí, ¿les importaría desarrollar toda esa inteligencia que tienen para decirme cómo demonios se supone que haré para conducir mi automóvil hasta tu casa, John?

El sarcasmo de Jessica fue imperceptible, cuando John la miró orgulloso de ella.

—Puedes llegar hasta allí, por otra ruta, Jess. Es mucho más larga pero debe estar lo suficientemente seca como para que podamos llegar a casa por la mañana.

Matt los interrumpió con una tierna sonrisa y ojos alegres.

—Oh, pero tú no tienes apuro, ¿verdad, Jessica? Después de todo, estás de vacaciones, según has dicho. —Alzó las cejas—. No tienes ninguna obligación que cumplir, ¿no es cierto?

—Absolutamente —respondió Jessica entre dientes, molesta por la referencia de Matt de que antes, ella no había podido esperar para alejarse de él—. Sólo díganme cómo llegar hasta allí y lo haré por mis propios medios.

Ambos le dieron las indicaciones necesarias y luego de una

superficial expresión de gratitud hacia Matt por su hospitalidad y de asegurarle a John que no se perdería, Jessica dejó a ambos en medio de la carretera, observándola partir. Se sintió inexplicablemente triste por tener que despedirse de Matt tan pronto... Era obvio que sus sentimientos eran una señal de que su corazón se rompería en pedazos si Matt no cumplía con su promesa de telefonearle o... quizás, si la cumplía...

CAPITULO IV

Cuando llegó a la vieja casa que John y Senta habían comprado, Jessica prácticamente se había aleccionado para dejar de tomar en cuenta su repentina e inexplicable reacción hacia Matthew Bold.

Jessica se decidió a apartar sus pensamientos de Matt Bold.

Sonrió al contemplar la pequeña casa, de tipo agreste, recién pintada de blanco. Toda la casa parecía pertenecer a otros tiempos y las hierbas eran silvestres y demasiado crecidas.

La muchacha pensó que durante toda su estadía en aquella casa, tendría la oportunidad de olvidar por completo su trabajo. Desde afuera todo se veía muy bien, pero según lo que John y Senta le habían comentado, el interior de aquélla era historia aparte. Por otro lado, aunque los jardines y el césped se veían hermosos, Jessica era consciente de que debería darles todas las horas que pudiera para mejorarlos.

Cuando bajó de su automóvil, se abrió la puerta delantera y aparecieron John y Senta para saludarla y ayudarla a llevar su equipaje a la casa. Jessica corrió al encuentro de ambos y los estrechó en un fuerte abrazo. Terminados los saludos y las risas de alegría, la muchacha retrocedió y notó que Senta estaba observando sus pies descalzos con un alto grado de desconcierto.

—No te preocupes, Senta —bromeó ella—. Tengo muchos otros pares de zapatos y además, sólo estoy en los principios de una pulmonía. Probablemente, tendrás que cuidarme durante tres de las cuatro semanas que he decidido pasar aquí para que me recupere.

La reacción de Senta a ese comentario de Jessica fue práctica y predecible. Aunque parecía un frágil angelito, no era más que el sentido común personificado.

—Ni se te ocurra —replicó Senta, conduciendo a Jessica hacia casa—. Te daré uno de mis tónicos y verás que sanarás en menos de lo que canta un gallo.

Jessica soltó un suspiro de burlón terror y trataba de zafarse de su cuñada que a toda costa quería llevarla hasta la casa.

—¡Por favor! ¡No lo hagas! —imploró ella exageradamente—. Sería capaz de hacer cualquier cosa para evitar beber tus medicinas caseras.

Senta sonrió entre dientes con gran satisfacción; su boca dibujó un gesto de sádico júbilo.

—Eso fue lo que pensé —respondió con pesar—. Pero no puedes hacer nada para evitarlo. Iremos arriba y tomarás un baño bien caliente. Luego te traeré una taza de té de sasafrás para disolver en él el tónico. Una vez vestida y luego de haber tomado la medicina, John y yo te ofreceremos un buen desayuno antes de mostrarte la casa.

Jessica farfulló y echó una punzante mirada a John, que estaba de pie disfrutando del embrollo en que se había metido su hermana. Aquélla era una mirada de furiosa indignación.

—¿Vas a quedarte allí, cruzado de brazos, a la espera de que tu esposa se lance contra mí antes que yo pueda defenderme? ¡Qué hermano tengo!

John soltó una carcajada y comenzó a ascender las escaleras con su equipaje.

—No puedo salvarte, hermanita —respondió él con una disgustante chispa de alegría en su voz—. Senta ya te ha atrapado entre sus garras. Pero alégrate: es muy factible que el desayuno que te ofreceremos compense, al menos en parte, lo que estás a punto de soportar.

—Me muero de ganas de desayunar —les informó John como al pasar—, no te demores demasiado, Senta o sabes lo que puede suceder.

Jessica miró a su cuñada como interrogándola por el comentario de John.

—¿Qué es lo que sucederá? —preguntó con tono de sospecha.

Senta rió entre dientes.

—Quema las cosas... a propósito, creo. No le gusta cocinar solo.

Jessica rió y luego se volvió para inspeccionar la habitación.

—¡Guau! —exclamó maravillada, mientras contemplaba el hermoso acolchado que cubría la cama, las vaporosas cortinas blancas de las ventanas, el asiento que estaba próximo a una de éstas, los muebles de estilo americano antiguo y el antiquísimo cofre ubicado al pie de la cama. Lo único que faltaba era el papel de pared con grandes diseños y una cálida alfombra—. ¡Es grandioso, Senta! —exclamó con genuina admiración—. No sabía que habían llegado tan lejos en lo que se refiere a la decoración de la casa.

—No lo hemos hecho —contestó Senta con una sonrisa—. Sólo hemos decorado nuestra habitación y ésta, pero los demás ambientes necesitan aún muchas horas de trabajo. Y como puedes ver —continuó, señalando los muros el piso—, tendrás que ayudarnos a terminar este cuarto. Necesitamos empapelar las paredes y nos gustaría mucho que tú escogieras el diseño adecuado y también, una linda alfombra para el piso.

—Es realmente un placer hacerlo —dijo Jessica, levantando el tono de voz por la excitación que sentía. Estaba disfrutando de un gran regocijo por estar allí, con una tarea que la haría dejar de lado su aburridísima rutina—. Estoy realmente impaciente por comenzar. — En un momento de gran algarabía, Jessica tomó a Senta por la cintura y la hizo girar durante algunos instantes.

—¡Ya basta! ¡Ya basta! —rió Senta apartando a Jessica de sí. Luego la señaló con su dedo y le echó una torva mirada—. Espero

que te dure el entusiasmo porque te anticipo que tienes trabajo para hacer durante todo el tiempo que permanezcas aquí y cuando llegue el momento de tu partida, muchas cosas quedarán sin terminar.

Jessica sonrió complacida y Senta meneó su cabeza satisfecha, mientras llevaba a su cuñada fuera de la habitación, cual si fuera una pastora acarreando su ganado.

—De todas maneras, tendrás que meterte ya mismo en la tina de baño mientras yo bajo para prepararte el tónico.

—¡Uf! —Esa exclamación surgió espontáneamente de Jessica, pero luego miró a Senta resignada y asintió con la cabeza. — De acuerdo, se ha salido con la suya, doctor Wren. Ya me he resignado a mi cruel destino. —La joven extendió sus muñecas como si alguien fuese a esposarla. En su rostro se leía una expresión de desdicha y angustia.

—¡Aha! —replicó Senta. —. ¡Este sí que es mi día! Ven por aquí, te enseñaré el camino que conduce al cuarto de baño.

El cuarto de baño estaba ubicado al otro lado del vestíbulo y tenía una puerta que lo comunicaba con la habitación de John y Senta. —Me temo que tendrás que compartirlo con nosotros hasta que terminemos de azulejar el que está junto a tu habitación — explicó Senta mientras daba vueltas, buscando toallas limpias y examinando todo cuidadosamente para que Jessica tuviese todo lo necesario—. Los sanitarios ya han sido colocados y están funcionando, pero hay tanto lío en el muro que está detrás de la tina de baño, donde John ha estado azulejando, que no se puede usar hasta que limpiemos todo y terminemos de trabajar en los otros muros. —Senta observó traviesamente a su cuñada y luego, como al pasar, deslizó: —Claro que yo en tu lugar, si deseara tener un baño privado, me concentraría primero que nada en esa tarea, aunque... está lejos de mi intención...

—¡Uh! —Interrumpió Jessica con una exclamación de disgusto—. Ya veo cuál es el método: ustedes invitan a una persona a pasar unos días en la casa, pero para que el invitado se sienta realmente a gusto debe procurarse las comodidades que necesita. —Con las manos sobre sus caderas, Jessica observó a Senta divertida. — Si crees que sólo porque eres la mejor cocinera del este de las Montañas Rocosas y yo, la mejor catadora de manjares de cualquier parte, tienes derecho a pedir lo que sea, estás muy equivocada, mi querida... — Jessica observó la decaída expresión de su cuñada y continuó: — Pero, de todos modos, te daré la razón. ¡Luego del desayuno, empezaré con ese maldito cuarto de baño! —Al mencionar el desayuno, Jessica se dio cuenta que su hermano estaba abajo,

estropeando probablemente todo lo que estuviese a su alcance en ese preciso instante. Señaló la puerta del baño y empujó suavemente a Senta hacia ella.

—Hablando de desayuno, será mejor que bajes y comiences a cumplir tu parte en este trato. Si mi hermano no ha cambiado en los últimos tiempos, estoy segura de que sea lo me sea lo que esté cocinando, no podrían comerlo ni siquiera los cerdos y, para tu información, tengo planeado aumentar por lo menos tres kilogramos de peso durante mi estadía aquí.

Imperturbable, Senta echó su cabeza hacia atrás y se detuvo en la puerta, antes de salir. Miró a Jessica de arriba a abajo, como ella había comenzado a desabotonar su camisa.

Siguiendo su estilo de brevedad habitual, tomó la última palabra.

—Puedes usarlo. Esperemos que calces en el sitio adecuado. —Con esas palabras, se retiró, riendo por la cólera de Jessica.

Aquella situación se debía a que ambas muchachas habían sostenido siempre una dura batalla: Senta obviamente tenía un abundante busto y Jessica, uno bastante menos prominente.

Una vez que Senta desapareció, Jessica terminó de desvestirse y contempló su cuerpo desnudo en el gran espejo que estaba fijo, sobre la puerta el cuarto de baño. Por lo general, Jessica contrarrestaba las burlas de Senta con gran habilidad, arguyendo que las mujeres más diminutas eran las más delicadas. Sin embargo, John nunca había contribuido mucho en tan dura atolla: siempre demostraba imparcialidad y sobre todo, mucho tacto. Admitía que Jessica era el tipo de mujer ideal para llevar esos vestidos especialmente diseñados para usar sin sostén, pero también admiraba la exuberancia de su esposa, la cual consideraba una abrigada delicia para compartir en un lecho matrimonial durante las frías noches de invierno.

Sin embargo, en ese momento, Jessica se hallaba frente al espejo, estudiando su delgada figura y, frunciendo el ceño, se preguntaba qué era lo que los hombres les gustaba en realidad. Luego, se le cruzó por la mente la idea de que Matt Bold se había quedado muy satisfecho con lo que había visto y acariciado la noche anterior. Inmediatamente, se obligó a liberarse de ese pensamiento y se reprochó severamente por tal actitud.

—¡Idiota! —Se castigó duramente, volviendo las espaldas al espejo, luego, abrió los grifos de la tina de baño—. No tiene ningún caso que sigas pensando en eso, Jessica Wren. Pensé que ya habíamos llegado a un acuerdo con respecto a ese tema

Con gran determinación, la joven trató de concentrarse en el

diseño en el color de los papeles para su habitación y también en la forma en que decoraría el suelo. Media hora más tarde, estaba ya abajo, sentada a una mesa de roble, ubicada en un ambiente enorme, que hacía las veces de sala de desayuno, cocina, rincón privado y cuarto de trabajo al mismo tiempo. No obstante, la muchacha no tuvo demasiado tiempo de contemplar a su alrededor, puesto que no pudo resistir la tentación de mirar con desesperación los platillos que estaba frente a ella.

—Mmm, jamón de campo —murmuró Jessica reverente—, huevos perfectamente fritos, bizcochos calientes, miel y un delicioso café. Creo que me he muerto y acabo de elevarme al eterno paraíso culinario.

John soltó una carcajada y Senta rió complacida.

—Eso es lo que me gusta de ti, Jessica —comentó su cuñada sin falsa modestia—. Sabes apreciar mis esfuerzos. ¡Al ataque! —ordenó, al tiempo que se llevaba a la boca un bizcocho repleto de manteca casera.

—Te he traído algunas manzanas —recordó Jessica, mientras observaba un recipiente con mantequilla de manzana colocado cerca de la mesa, en el borde de un cofre que estaba en un rincón—. Quiero decir... si es que el agua no penetró en el baúl de mi automóvil y las echó a perder —agregó preocupada—. Espero que no. Me muero de ganas de comer uno de tus pasteles de manzanas.

—No se estropearán sólo por un poquito de agua —le aseguró Senta—. Te prepararé un pastel para la cena de esta noche. Eso te ayudará a engordar los kilogramos que deseas —agregó la muchacha con una sonrisa.

Jessica le respondió del mismo modo, expresando abiertamente su placer por la propuesta de Senta. Sin embargo, John tuvo la oportunidad de introducir en la conversación un tema que Jessica habría preferido no tocar.

—¿Qué ha sucedido anoche, Jess? Pensé que partirías hoy. Jamás me habría imaginado que te quedarías anclada en un lugar como aquél, aunque conociéndote, debía habérmelo supuesto.

Jessica ignoró el sarcasmo de su hermano, olvidando por un instante que habría sido mucho más natural de su parte si ella le hubiera sacado la lengua a John en lugar de moverse nerviosamente en su silla. Tampoco se percató de las divertidas e interrogantes miradas que intercambiaban John y su esposa. Estaba concentrada en contarles lo acontecido, omitiendo ciertas partes de su aventura las cuales, obviamente, era mejor no contar.

Cuando Jessica mencionó que Matt no había comprendido los

reales motivos por los cuales ella debió llegar hasta su casa y que aún ignoraba el porqué de su extraña actitud, John comenzó a explicarle la situación.

—¿No sabes quién es, Jess? —preguntó su hermano sin poder creerlo.

—No. ¿Acaso debería saberlo? —preguntó Jessica mientras John y Senta intercambiaban otra mirada de camaradería.

—Bien, quizás no sea tan extraño, después de todo —dijo John meditabundo—. Sucede que a veces me olvido de que no ha sido un evento nacional, aunque en Missouri haya tenido muchísima trascendencia.

—¿Qué historia? —preguntó Jessica muy a su pesar, olvidando ocultar la curiosidad que sentía por averiguar algo sobre Matt Bold.

—Será mejor que comience por el principio —dijo John, buscando una posición más cómoda y sirviéndose otra taza de café. Jessica controló su impaciencia y tomó la cafetera cuando John la regresó a la mesa.

—La familia Bold es muy conocida en todo este estado —comenzó John—. El abuelo de Matt se radicó aquí antes de la Guerra de los Estados hizo una gran fortuna con el tabaco. Su hijo incrementó más esa fortuna, aprovechando los beneficios del tabaco e invirtiéndolos en el exterior. Él había previsto que la guerra era inminente pero de todos modos se las ingenió para mantener su fortuna, a pesar de que luchaba para el sur. Terminada la guerra, él fue uno de los pocos que había logrado mantener sus tierras y su dinero, de modo que utilizó parte de él para financiar su carrera política. Desde ese entonces, toda la familia ha estado involucrada con la política.

Su hermano continuó con la historia, con su agradable voz que hipnotizaba a Jessica sin hacer ningún esfuerzo.

—Matt es abogado, al igual que su padre y que su hermano y ambos, son también políticos. Matt también estaba encaminando su carrera política hasta que ocurrió la tragedia...

Jessica pareció abrir aún más grandes los oídos y echó a John una mirada de impaciente interés.

—¿Tragedia? —apresuró a su hermano, ya que se había detenido en el relato para untar otro bizcocho con mantequilla—. ¿Qué clase de tragedia?

La voz de la joven traicionó su impaciencia para que John retomara la narración de la historia.

—Matt se desposó con una miembro de otra familia de políticos: los Waverly —continuó John—. Lila Waverly era hija de Wilson

Waverly, un poderoso dentro del poder legislativo estatal. Ella era hermosa, inteligente, un tanto mal criada y decididamente encantadora, en realidad, la esposa perfecta para un político. —John sonrió luego de engullir su bizcocho con tan burdas maneras que se ganó un gesto de desaprobación por parte de su esposa—. Ella y Matt se veían como una pareja muy impactante durante la campaña y Matt parecía no tener límites. —John se encogió de hombros meneó la cabeza.— Luego sucedió —agregó con simpleza—. Lila tenía un permiso particular para pilotear aviones y le encantaba tomar los controles cuando Matt estaba fuera, realizando su trabajo en alguna parte del estado, aunque también solían contratar un piloto profesional para esos menesteres. Nadie supo exactamente por qué, un día Lila decidió emprender el vuelo sola y tampoco se supo a dónde se dirigía. No había registrado ningún itinerario de vuelo. Su avión fue encontrado hundido en las profundidades del lago Ozarks. Lila estaba dentro… muerta.

John se encogió de hombros.

—Supongo que de alguna manera, es verdad. La tragedia ocurrió un año atrás y luego del fallecimiento de su esposa, Matt se apartó de la campaña. Tengo entendido que desde ese omento, él se ha recluido en su casa de campo, cerca de la carretera. —John meneó la cabeza en un profundo gesto de congoja y Jessica pensó que indudablemente su hermano estaría pensando cómo se sentiría él si algún día viera la desgracia de perder a Senta.— Pero en lo que se refiere a no tener empleo… —John volvió a menear la cabeza, aunque esta vez con gesto pervertido.— Creo que no necesitaría trabajar en su vida si no deseara hacerlo: su familia es una de las más ricas y poderosas de este estado.

Jessica conjeturó en voz alta:

—Puedo entender por qué no tuvo las fuerzas necesarias como para continuar su carrera. Pero después de todo este tiempo y a pesar de lo mucho que pudo haber amado a su esposa, ¿no crees que?… —Se detuvo al descubrir que John y Senta intercambiaban miradas de incomodidad.— Bien, ¿acaso el no amaba a su esposa? —preguntó Jessica algo confusa.

John se encogió de hombros y Senta bajó la mirada para fijar sus ojos en el plato.

—Supongo que sí —respondió John pensativo—. Luego de haberlo conocido, le concedo el beneficio de la duda. Pero también, se han corrido ciertos rumores… —La voz de John se tornó más pesada y Jessica clavó sus ojos en los de su hermano.

—¿Qué clase de rumores? —preguntó y viendo que su hermano

se negaba a repetir los comentarios de la chusma, lo instigó—. Anda, John. No puedes dejarme con la espina ahora.

John hizo una mueca pero accedió sólo por el tono de voz de su hermana.

—Hubo rumores de que Matt y Lila estaban teniendo algunas diferencias conyugales... y también se comentaba que Matt estaba manteniendo relaciones extramatrimoniales con una de sus colaboradoras en la campaña. Esta mujer y él se habían criado juntos y durante algún período de su adolescencia, habían sido novios. Sin embargo, ella se había casado antes que Matt lo hiciera y, además, nunca nadie pudo probar que ellos mantuvieran alguna relación secreta—. John extendió sus manos, en un gesto de conclusión.— Pero como Matt se negó a hablar con la prensa y a desmentir esos rumores hubo gente... y aún hay gente... que piensa que donde hubo fuego, cenizas quedan. Tampoco hay que olvidar que un hombre en la posición de Matt es siempre blanco de habladurías, especialmente, cuando éstas provienen del partido opositor. Miles de mujeres no dejan de acosarlo y estoy seguro de que la mayoría de los hombres no se imaginan que Matt Bold tiene la valentía suficiente como para rechazar tantas oportunidades.

—¿Cuál es tu opinión, John? —preguntó ella, después de haberse tomado un momento para aquietar sus emociones. Ella respetaba las opiniones de John—. ¿Crees que Matt estaba manteniendo ese tipo de relación? ¿Crees que Lila era la clase de mujer que llegaría a suicidarse por ello en caso afirmativo?

—Tal como he dicho... —dijo John encogiéndose de hombros—... me inclino a conceder a Matt el beneficio de la duda. Podría ponerse en tela de juicio el hecho de que él no haya querido defenderse como lo hizo, pero pienso que sólo la gente que jamás ha amado de verdad podría adoptar ese punto de vista. —Al pronunciar esta frase John miró a Senta con tanto fervor que su bella esposa se ruborizó al descubrir la emoción de su rostro. Luego, John respondió la otra pregunta de Jessica.— Y no, por lo que he leído y oído acerca de Lila Bold, ella amaba su vida demasiado como para darle fin voluntariamente. Y, además, ella se crió en una familia de políticos. Tenía que estar acostumbrada a que a veces, las figuras políticas pueden inspirar una gran admiración y al mismo tiempo, pueden crear en torno de sí, una ola de rumores que los persiguen incansablemente.

—¿Qué sucedió con su familia? —preguntó—. ¿Qué opinan del alejamiento de Matt de su carrera política?

John meneó la cabeza.

—¿Y cómo sabría yo eso? —interrogó, aunque ver el irritado ceño fruncido de Jessica, debió tornar su voz más soberbia—. Pero si lo que deseas es que elabore algunas hipótesis, diría que ellos siguen haciendo planes para él. Luego de una distinguidísima carrera política estatal, su padre habrá de retirarse este año y en lo que respecta a su hermano, está trabajando muy bien en el poder legislativo estatal. Pero ellos esperaban que Matt fuera el único capaz de ascender a la esfera nacional, ya que él tenía carisma para ello. Yo lo habría votado, me gustaban sus ideas y estaba convencido de que él tenía la inteligencia y la capacidad como para llevarlas a cabo.

Jessica se dio cuenta de que la carrera política de Matt estaba muy lejos de haberse terminado y eso sí que la alarmaba mucho más. Ese sentimiento la encolerizaba y por ello, se dijo que todo lo que tenía que hacer era ver a Matt Bold objetivamente o directamente, quitárselo de la cabeza. Era ridículo permitir que él ocupase todos sus pensamientos y sus emociones completa... ¡y obligatoriamente!

Fue así que se reprochó con gran severidad:

"—Jessica Wren, te estás comportando como una tonta adolescente enloquecida por un cantante de rock. Actúa como una persona de tu edad, sigue llevando tu ritmo de vida normal y pon a ese Matt Bold en su lugar. El no es de tu tipo y será mejor que te des cuenta de ello ahora mismo antes que sea demasiado tarde y te hayas metido en serios problemas."

Para mantener en firme su decisión, Jessica se apartó de la mesa y se levantó de la silla para comenzar a recoger la vajilla.

—Bien, está bastante mal —mintió ella con estudiada falta de interés—. Si él ha prometido tanto, creo que tendrá que cumplirlo. Pero eso es asunto de él y en este momento lo que a mí me concierne es el trabajo que hay por hacer en esta casa. ¿Por dónde comienzo, Senta? ¿Por el azulejado del cuarto de baño?

Al notar el dócil consentimiento de su cuñada, Jessica la miró con escepticismo.

—¿Han comprado todos los azulejos o deberé ir a la ciudad por ellos para poder poner manos a la obra?

Senta se puso de pie de un salto, sonriendo radiantemente a Jess y la joven sintió un profundo alivio al ver que la conversación había tomado ahora un rumbo más prosaico.

—Todo está listo y esperándote, Jessica —dijo ella con una amplia sonrisa—. Todo lo que tienes que hacer es empezar a trabajar con tus maravillosas manos.

—Supongo que por lo menos, debo sentirme agradecida por ello. Entonces, ¿cuándo van a escoger el papel para las paredes de mi habitación y la alfombra? Viven tan lejos de la ciudad, anclados en medio del desierto, que creo que no van a hacer las compras sino hasta tener una lista tan larga como un testamento, ¿verdad?

Senta soltó una carcajada y con sus manos ocupadas con platillos, detuvo su marcha hacia el fregadero.

—Tienes razón. Hay muchas habitaciones que tenemos que empapelar, pintar y hacerles cientos de cosas más. Una vez que hayamos visto todas y cada una de ellas y tú hayas decidido inteligentemente lo que vas a necesitar para cada una, nos tomaremos todo un día e iremos a la ciudad de Kansas para comprarnos todas las tiendas que haya.

John gruñó por ello pero su esposa no pareció compadecerse por el bolsillo familiar. En cambio, le echó una severa mirada:

—Tú querías que todo este ambiente estuviese perfecto, John Wren —le recordó con frialdad—. Todo lo que trato de hacer es procurarte un hogar habitable. Además, tú te la pasas fuera la mayor parte de tu tiempo y si no estás fuera de casa, estás encerrado en tu estudio. Ni siquiera te darás cuenta de que has quebrado hasta que venga algún funcionario público a golpearte la puerta con una orden de desalojo. —Con ese toque de buen humor, Senta se retiró.

Jessica observó a su hermano alarmada.

—Estaba bromeando, ¿no es cierto? —susurró Jessica—. Porque si fuera de otro modo, quiero que sepas que tengo algunos ahorros...

—Por supuesto que estaba bromeando —interrumpió John con un gesto de disgusto por la credulidad de su hermana—. En realidad, mis cuadros se están vendiendo tan bien últimamente que tengo miedo de que el éxito se me suba a la cabeza y comience a llevar una vida de perdición y degradación. —John sonrió traviesamente, arqueando las cejas cual si fuese un libertino.

Jessica observó confundida a su hermano, con sus modales un tanto burdos, con sus cabellos claros y desordenados, sus hechiceros ojos vivaces y la dulce curvatura de su boca. Trató entonces de imaginárselo, sin éxito, inmerso en la perdición del vicio.

—Ummm —respondió ella, recordando de repente, las infinidades de veces que John se había enamorado cuando era soltero—. Si alguna vez se te ocurriese hacer algo similar —le advirtió—, ten por seguro que tu hermana no se compadecerá de ti si Senta te abandona. Un hombre tan estúpido no merece compasión.

—¡Ay! —gimió John y agachó la cabeza como sí tratara de esquivar un duro golpe—. Son las palabras de un verdadero

miembro de la hermandad. Me temo que un hermano no puede esperar ninguna clase de lealtad de sus parientes consanguíneos en estos días de liberación y supremacía femeninas.

Jessica le sacó la lengua.

—No. No es así —gruñó ella como tantas otras veces lo había hecho durante la infancia—. Y si mamá viviera aún, también se lanzaría sobre ti, una vez que yo hubiera terminado de decirte lo debido.

Toda la respuesta de John fue reclinarse sobre el respaldo de su silla, sacando el pecho, al modo más machista que pudo.

—Mi madre —pronunció con una maligna sonrisa y con nauseabunda seguridad— hubiera estado siempre de mi lado no importa para qué. Probablemente hayas olvidado que yo era su favorito.

Su voz sonaba tan sombría y su aspecto era tan ridículo que Jessica no pudo evitar soltar una carcajada. Además, tuvo que admitir que él tenía razón.

—Sí, claro que te prefería a ti, cerdito, pero jamás pude encontrar la razón valedera para ello. Según recuerdo, papá tenía mucho más sentido común. El siempre me prefirió a mí.

John abandonó su estudiada pose y en su rostro se leyó una expresión nostálgica y placentera.

—Ellos fueron padres estupendos, ¿no crees? —dijo con orgullo y tristeza.

—Sí, lo fueron —respondió Jessica soberbiamente—. Sólo habría deseado que nuestros hijos... si es que alguna vez hemos de tenerlos —agregó rápidamente al ver la mirada sorprendida de John— hubieran podido conocerlos, habrían sido unos abuelos maravillosos.

La expresión de John se tornó confidente.

—Bueno, al menos mis hijos tendrán una tía excepcional. Por supuesto, que es terrible que vivas tan lejos, ya que no podrás hacerles de niñera. Pero de todos modos, podríamos mandarlos por encomienda a la ciudad de Oklahoma todos los veranos y así permitiríamos que tú....

Hubo algo en su tono que la hizo saltar a Jessica.

—¡John! ¿Estás queriendo decirme que...?

John mantuvo en alto su mano y vociferó llamando a Senta. Su esposa vino corriendo, observando alarmada a uno y a otro.

—¿Qué sucede?

—Jessica ha logrado arrancarme la verdad de los labios como siempre lo ha hecho —respondió John, con un halo de mártir inocente—. Acaba de enterarse de lo del bebé.

Senta observó a su esposo un tanto disgustada y se encogió de hombros.

—Sabía que no me dejarías decírselo, John Wren. Me sorprendía que no se lo hubieras dicho antes que llegase a la casa esta mañana. —Luego, Senta se calmó y con una sonrisa, respondió a la expresión de placer y al cálido abrazo de Jessica.

—¿Y para cuándo? —preguntó Jessica sosteniendo a Senta al alcance le su mano para poder observarla—. Todavía no se te nota... ¿Cuándo lo supiste? ... ¿Por qué no me avisaron antes? ... ¿Lo tenían planeado?...

—Contestaré a todas tus preguntas mientras lavamos la vajilla. John puede ir a su estudio —contestó Senta, mirando a su esposo exasperada—, como castigo por ser un boquiflojo mientras nosotras conversamos del tema.

John se levantó de su silla, haciendo un movimiento un tanto brusco y se dirigió hacia la puerta.

—De acuerdo —dijo él con desdén—. Sólo por el hecho de haber plantado una semillita no tengo por qué estar sujeto a las charlatanerías femeninas referentes a los resultados de mi siembra. Ya sé que será un niño, que se parecerá a mí y que heredará mi genio. Eso es todo lo que cuenta.

John debió escapar para esquivar la toalla de cocina mojada que su esposa le arrojara por la cabeza. Ambas mujeres lo escucharon reír durante todo el trayecto que recorrió en el vestíbulo. Luego, tomadas del brazo, siguieron riendo y comenzaron a hablar tanto como anunciara John, disfrutando cada detalle de la conversación.

CAPITULO V

La sala grande ya se había convertido en un sueño y Jessica pudo ver muy pocas cosas, si era que existían, que había por hacer allí. Las más modernas instalaciones se habían combinado con gran armonía. Un toque de antigua calidez y encanto hacían de esa habitación un paraíso equipado para soportar la nieve que caía en el invierno y los fuertes vientos que castigaban las ventanas. Toda persona que estaba allí tenía la seguridad de sentirse a salvo, abrigada y si contaba con una buena provisión de alimentos, podría pasar una larga temporada enfrentando al mal tiempo.

La dueña y señora de aquella hogareña grandeza se sentía obviamente, orgullosa de sus dominios. Una vez que el tema del bebé ya había quedado totalmente agotado, Senta decidió distraer su atención hacia otros asuntos.

—¿Te agrada la chimenea? —preguntó ella, con el placer de quien sabe que la respuesta no puede ser otra cosa más que un elogio.

—¡Fantástica! —replicó Jessica con completa sinceridad—. John y tú podrían sentarse aquí y olvidarse de todo, sobreviviendo sin ningún tipo de preocupaciones. —Jessica se detuvo para pensar que no sólo podrían vivir sin preocupaciones sino que también debería de ser maravilloso vivir simplemente, en un sitio así. Todo un muro entero había sido decorado con ladrillos a la vista colorados y en el centro, se había dispuesto una chimenea de ampulosas proporciones. Incluso tenía un gancho dentro y también un horno, para que Senta pudiese cocinar si se quedaba sin combustible en la cocina.

Frente a la chimenea, se hallaba un mullido diván, tapizado con diseños campestres muy coloridos y en cada costado, dos cómodas sillas. Frente al diván, había una mesita pequeña, de madera y había muchas otras más, de lo americano antiguo, situadas en distintos rincones de la habitación. A través de un enorme ventanal, se observaba una galería angosta y cubierta, donde se habían apilado grandes cantidades de leña, listas para hacer frente al próximo invierno.

Sobre el otro extremo de la habitación, se hallaba la inmensa mesa de roble en la cual habían desayunado y desde la ventana que estaba enfrente, se apreciaba una vista panorámica de las rocosas montañas, llenas de bosques, que se divisaban detrás de la casa.

Jessica pensaba que si se sentaba allí durante un largo rato, podría contemplar el manso traqueteo de la vida local, armonizando

con la belleza del arroyo que trazaba su paso sobre la parte posterior de las tierras de John.

Todo aquella enorme habitación constituía una combinación de cocina, de trabajo y rincón de estar que habría enorgullecido el corazón de toda ama de casa y, aunque Jessica no pudiese adjudicarse ese título, ella también se sentía encantada por la decoración que tenía.

Jessica y Senta continuaron haciendo un tour por toda la casa, comenzó por el estudio de John, el cual era, según lo que Senta le había asegurado a Jessica, la otra habitación que también estaba terminada.

—Tú sabes, todo lo que John necesita es una claraboya y que los muros estén pintados de blanco —explicaba resignada Senta, mientras subían las escaleras— y el ático era el sitio ideal para hacer el estudio de John. Sólo requería un poco de limpieza, pintura y luminosidad para que mi esposo pudiese poner manos a la obra.

La descripción de Senta había sido completamente correcta. El estudio de John era una vasta habitación blanca, adornada por todos lados con coloridas latas, que hacían las veces de floreros. Se iluminaba por la luz que penetraba por diversas ventanas pequeñas, aunque la claraboya, ubicada directamente sobre el caballete de pintor de John daba luz más que suficiente, sin embargo, John había complementado la iluminación de su sitio de trabajo con varias lámparas de pie, instaladas prudentemente, para poder pintar los días nublados o de invierno.

John solía pintar paisajes, copias de fotografías que él mismo tomaba y un sinfín de creaciones que parecían surgir de su memoria sin errores. Sin embargo, como John tenía el mismo temperamento que tienen todos los artistas mientras trabajan, Senta y Jessica se retiraron del estudio, luego de mirar brevemente sus dominios y al salir, cerraron muy cuidadosamente la puerta para no molestarlo.

John era un hombre muy cálido y con gran sentido del humor, en contraste a lo apasionado que se tornaba cuando pintaba.

No había dudas de que el resto de la casa sería muy cómodo y encantador una vez que todos los detalles estuvieran terminados, pero ninguna de las otras habitaciones, ni el living, ni los comedores, aparentaban ser gran cosa: las paredes vacías, los pisos y los escasos muebles parecían estar esperando pacientemente las horas de trabajo que los hicieran mucho más presentables.

—Bien, eso es todo —declaró Senta con un suspiro, al llegar nuevamente a la cocina por otra taza de café, antes que cada una de ellas se decidiera a comenzar por sus respectivas actividades—.

¿Comenzarás con tu baño entonces?

—John siempre dice que soy el desorden personificado en el cuarto de baño y cuanto antes deje de compartirlo con ustedes, mejor. Creo que será mejor que limpie primero todo el lugar antes de comenzar a azulejar. Quizás pueda usarlo antes que el trabajo esté terminado.

Jessica convirtió sus palabras en acción y pasó el resto del día poniendo el cuarto de baño en condiciones.

Cuando Senta la llamó para cenar, Jessica estaba realmente agotada pero sentía la satisfacción de haber logrado un proyecto que requiere muchísima concentración y un trabajo muy arduo. Sin embargo, esa vez su sensación de bienestar estaba acompañada por un terrible dolor de espaldas. Luego de haberse lavado para bajar presentable a cenar, decidió caminar un poco inclinada y apoyando una mano en la cintura para tratar de mitigar el dolor.

John le ofreció una copa de sidra y observó la pose de su hermana aunque sin compadecerse de ella.

—¿Se te ha caído algo en el piso? —le preguntó con sarcasmo.

—¿A quién? ¿A mí? —preguntó ella con una mirada de sorpresa, la cual le daba a su rostro una expresión de mártir inocente al mismo tiempo. Se pasó la mano sobre las sienes y trató de enderezarse con una mueca de dolor, la cual logró ocultar tras una risa poco sincera—. ¡Oh, no, John! ¿Por qué lo preguntas?

Su tono de voz era idéntico al de la Tía Zepha Martin, una mujer que había construido toda una carrera durante su vida, adoptando expresiones de gran sufrimiento, con la esperanza de que alguien... cualquiera... le preguntase cuál era su problema y ella tuviese la oportunidad de contárselos con todos los detalles... ¡ad infinitum!

John volvió a personificar su papel de cómico incansable.

—¡Oh, Jessica! ¡Qué grosero que he sido contigo! —anunció dramáticamente, llevándose un puño a su sien, con un exageradísimo gesto que habría ejecutado un actor en escena de fines de siglo pasado—. Has estado haciendo de esclava en una tina de baño, con un estropajo en la mano durante todo el día, ¿no es cierto? —preguntó John con fiereza, tomándola por el brazo para conducirla gentilmente hacia una silla, frente a la chimenea. Jessica reía tontamente, elevando varias protestas por el auto castigo de John.

—Y yo, que he estado malgastando mi tiempo, haciendo garabatos sobre un trozo de papel —continuó John—. Oh, ¿qué podría hacer yo para compensarte, mi pobre dulce y sufridísima hermanita? —imploró él, arrodillándose sobre una de sus rodillas y

bajando la cabeza en señal de vergüenza.

Jessica abrió la boca para decirle… al final… lo que podría hacer para compensarla, pero en ese instante, llegó Senta.

—Ya puedes ponerte de pie y dejar de comportarte como un pésimo actor de un filme de cuarta categoría —dijo Senta con agradable sarcasmo—. Eso sería sólo el comienzo, ya que luego podrías dignarte a ayudarme a tender la mesa. Si es que conozco bien a tu hermana, desde el mismísimo momento en que toma el tenedor entre sus dedos, habrá de hacer desaparecer su cansancio como por arte de magia.

Ambos hermanos comenzaron a lamentarse y a protestar en señal de molestia por tan severa crítica, pero al ver que Senta les respondió con total indiferencia, se miraron el uno al otro y echaron a reír. Luego John se puso de pie para satisfacer el pedido de su esposa. No obstante, John se tomó su tiempo para tomar a Jessica por la cintura y echarla hacia atrás, en una estupenda imitación de Rudolph Valentino y su estilo romántico, besándola muy cerca de la boca. Después debió cumplir la mundana rutina de llevar a la mesa un recipiente con puré de patatas. Al ver la antiquísima reacción de su marido, Senta no pudo más que observarlo con orgullo y menear su bella cabeza.

—Senta: —farfulló Jessica con burlón disgusto—. Si un hombre me besara de ese modo ni siquiera me molestaría en preparar una tonta cena. Correría directamente hacia mi habitación y dejaría que las verduras se cocinen solas.

Senta rió de buen grado, pero John adoptó una actitud de perro furioso y retrocedió para tomar de la mesada un platillo con pollo frito, personificando la imagen de un prisionero que estaba a punto de ser colgado.

—Todo lo que quiere de mí es que le regale joyas, pieles y que la lleve a pasear a la Riviera, Jess —se lamentó John con tono patético —. Sólo se casó conmigo por el dinero, tú lo sabes.

Eso sí que había sido demasiado para Jessica, que conocía perfectamente las penurias que había tenido que soportar Senta antes que John comenzara a hacerse un nombre.

—¿Y por qué no? —preguntó ella indignada—. ¿Qué más tienes tú para ofrecer? Me gustaría saberlo.

Senta se veía radiante de alegría al notar que su cuñada había tomado armas para salir en su defensa, pero John tomó un muslo de pollo para amenazar a su hermana.

—Lo que sucede es que sientes celos porque jamás encontrarás al hombre que logre llegarme a la suela de los zapatos, ¡pequeña

desagradecida! —replicó él con un gruñido. Luego, sus ojos se encendieron cuando se le ocurrió un golpe estupendo para darle—. Ni siquiera Matthew Bold es capaz de hacer suspirar a las mujeres del modo en que yo lo hago —acentuó su dura contestación con un salvaje mordiscón en la pata de pollo sostenía mientras observaba los ojos de su hermana.

Jessica se ruborizó y el hecho de que ella no lograse responder algo de inmediato, hizo que John sospechara mucho más que si ella hubiese hallado una contestación a tiempo.

—¡Aja! —dijo él, haciendo hincapié en la reacción de Jessica, al tiempo que avanzaba hacia ella cual si fuera un fiscal intimidando a un pobre testigo que se hallaba a su merced—. Hubiera dado mucho de mí para poder haber sido un ratoncito muy pequeñito y poder espiar lo que sucedió en la residencia Bold anoche. —Al terminar la frase, Jessica se sintió terriblemente incómoda. John se echó a reír pero su mirada se tornó más benevolente. —Bien, bien, Jessica. Creo que por hoy ya ha sido suficiente y, además, creo haber dado en el blanco.

Jessica alzó la vista y por una décima de segundo, se le cruzó por la cabeza la idea de arrojarle lo que quedaba de su sidra en el rostro de John. Sin embargo, su hermano le leyó la intención antes que pudiera actuar y por ello se apartó de la zona de peligro.

—Hermanita —le imploró él pero sin arrepentirse de nada—. Ahora sí sé que he dado en el blanco. La única vez que tú te decides a tomar las armas en mi contra es por que estás perdiendo, ante mi avasallante victoria.

—Todo lo que ganarás en tu avasallante victoria es un buen golpe en la cabeza si no cierras tu bocota —gruñó Jessica—. Todo lo que hice fue conocer a ese hombre y por tan simple hecho no puedes presuponer que yo… —De pronto se interrumpió, y un rubor de culpa tiño sus ya rosadas mejillas al recordar lo cerca que estuvo de hacer lo que en ese momento estaba negando con tanta firmeza.

John adoptó una expresión muy amable y luego dejó deslizar:

—Y ¿por qué no? —dijo él con toda naturalidad—. La primera vez que vi a Senta, tuve que esforzarme por no abalanzarme sobre ella y poseerla allí mismo. Nosotros los Wren sabemos qué es lo que queremos cuando vemos alguna cosa.

—Bueno pero una de los Wren es un poco más circunspecta y no se dedica a hacer alarde de cualidades lascivas —comentó la joven secamente, tratando de controlarse para hallar una respuesta natural a los ataques constantes de su hermano.

Afortunadamente, Senta interrumpió lo que prometía ser una

conversación mucho más embarazosa, por lo menos, en lo que a Jessica se refería, insistiéndoles en que se ubicaran en la mesa para cenar antes que se enfriase la comida.

—He preparado el pastel de manzanas que, Jessica quería —advirtió—, pero ninguno podrá probar ni una sola migaja si no se deciden a ir a la mesa ¡ahora mismo!

Ni John ni Jessica necesitaron de medio segundo más para ir corriendo a tomar sus lugares respectivos. Después de eso, con el maravilloso proyecto de disfrutar de las exquisiteces de Senta, el tema de los sentimientos de Jessica por Matt Bold caería rápidamente en el olvido... por lo menos, temporalmente. Sin embargo, la muchacha era consciente de que John no era la clase de personas que dejaban las cosas como estaban una vez que averiguaban algún indicio interesante. Jessica se reprochó por no tener la habilidad suficiente como para salir del paso en los momentos críticos. En realidad, no era que la joven sentía aversión por compartir sus sentimientos con Senta y John; el problema era que para ella sonaba totalmente ridículo suponer un sentimiento profundo con un hombre después de haberlo visto sólo una vez... aun cuando él hubiese logrado seducirla poco después de haberla conocido, por así decirlo.

Para sorpresa de Jessica, no fue John sino Senta quien introdujo el tema de conversación nuevamente, luego de cenar, mientras recogían la vajilla de la mesa.

—¿Tienes algún interés en Matt Bold? —preguntó ella en su estilo de "ir directamente al grano".

—¿Qué? —contestó Jessica perpleja, momentáneamente atrapada por pánico al escuchar tan abierto ataque.

—Ya me has oído —replicó Senta severamente—. Sólo quiero saberlo para saber así cómo actuar. Es hora de que sientes cabeza, que te cases y tengas algunos niños. Y no se me ocurre nadie mejor que Matt Bold para eso. Si yo no estuviera tan perdidamente enamorada de tu hermano, no perdería medio segundo para correr tras él.

Jessica observó a su cuñada sin poder creer lo que oía. Finalmente, logró acomodar su voz para exclamar exasperada:

—¡Senta! Vuelvo a repetir apenas conozco a ese hombre. ¿Y qué has querido decir con eso de "así como actuar?" Tus palabras sonaron como las de una mujer que planeaba elaborar una campaña para atrapar a un hombre.

Senta se veía imperturbable.

—No es una campaña —negó pensativa—, se trata de buscar una

oportunidad. Por ejemplo: ¿qué cosa tendría de malo invitarlo aquí, a cenar con nosotros, ahora que hemos conseguido romper el hielo?

Jessica estaba fuera de sí.

—¡Ni te atrevas! No voy a salir a la pesca de ningún candidato y mucho menos si se trata de un hombre que seguramente ha de tener mucho más tiempo para sus colegas que para una esposa y para sus hijos. No desearía compartir mi vida con todo el mundo.

Jessica sintió deseos de morderse la lengua al ver que los sosegados ojos de su cuñada se encendieron con un brillo de interés. Debió cortarle la pregunta antes que Senta lograse formularla.

—No estaré aquí el tiempo suficiente como para llevar a cabo ninguna campaña, aunque lo deseara y quiero que sepas que estoy en todo mi derecho de declarar el tema de Matt Bold como un asunto totalmente terminado, ¿me has oído?

Senta inspeccionó lo ruborizadas que estaban las mejillas de la muchacha, así como también la mirada iracunda que tenía y ello le produjo una enorme satisfacción. Luego, asintió como dándole la razón.

—En lo que a mí respecta, está bien —dijo ella con gran calma—. Si tú no quieres hablar no lo haremos. —Después agregó: —Supongo que si él es la clase de hombre que aparenta ser, se buscará solo las oportunidades.

Jessica se sintió muy agitada por esa crítica implícita que Senta acababa de hacerle a Matt, pero cerró la boca, decidida a no seguir el juego de su cuñada.

—¡Perfecto! —declaró ella con simpleza—. ¿Te importaría cambiar de tema?

Se encogió de hombros y con gran tranquilidad dijo:

—Claro que no.

Durante el resto de la velada, se cuidó muy bien para no mencionar el nombre de Matt Bold. No obstante, Jessica sentía como si él estuviese presente, como si su imagen la acosara sin cesar… con tanto empeño, que hacía que Jessica perdiera el control de sí con una facilidad increíble.

CAPITULO VI

La mañana siguiente, Jessica estaba apoyada sobre sus manos y rodillas, para poder observar mejor la hilera de azulejos que acababa de colocar. La joven estaba un tanto corta de vista, pero no lo suficiente como para necesitar anteojos. Aún más: el lugar donde ella estaba trabajando tenía una muy mala iluminación y Jessica deseaba poder tener una lamparilla para constatar si la leve inclinación hacia la derecha que tenía su hilera de azulejos había sido producto de su imaginación o la más pura realidad.

Farfullando por lo bajo, se incorporó sobre sus pies y se pasó su mano completamente sucia por la frente, para secar el sudor que la bañaba luego de tantas horas de esfuerzo. Molesta al notar la suciedad que había dejado su mano sobre la frente. Jessica se puso de pie y observó su trabajo artesanal.

—Bien, no es tan importante —murmuró exasperada—. Si no está muy derecho, tampoco es ninguna tragedia. No voy a sacarlos y a colocarlos de nuevo por nada en el mundo.

La grave y sexy voz de Matthew Bold le contestó desde la puerta:

—Si te pones a hacer un trabajo, tienes que hacerlo bien y si no, no hagas nada.

Jessica se volvió con un brusco movimiento para enfrentarlo y durante ese breve trámite, estuvo a punto de perder el equilibrio. Permaneció boquiabierta, sin poder creer que él estaba allí, apoyando un hombro sobre el marco de la puerta y con tanta familiaridad como si se hallase en su propia casa. Matt le sonreía de un modo que a la joven le pareció un tanto altanero, mientras sus ojos recorrían su cuerpo lentamente, haciéndola sentir bastante mal al pensar que quizás Matt estuviera recordando lo bajo que había caído su reputación ante él.

Jessica llevaba sus jeans, muy viejos, decorados con enormes manchas de pintura y varios parches desteñidos, en armonía con las hilachas que se veían en las costuras del mismo. La suciedad que ella había acumulado durante ese día, estaba oculta tras manchas más viejas, aunque Jessica consideraba eso como una pequeña bendición. Su camisa estaba en las mismas condiciones lamentables y la muchacha no tenía dudas de que si ella decidía organizar una comisión de caridad, nadie se atrevería a aceptar tan miserable donación.

Tampoco tenía maquillaje sobre el rostro, a menos que se considerara como tal, a las gotas de pintura que realzaban sus rasgos

nada pulcros, con una combinación de polvo y suciedad. Por otro lado, su cabellera era un enredo de rizos, sobre todo, en los lugares donde la joven se había pasado los dedos en los varios ataques de cólera que había tenido que soportar cuando los azulejos se decidieron a no cooperar con ella para colocarse en el sitio que ella deseaba. Era obvio que sus cabellos pedían a gritos una buena lavada.

Jessica se puso de pie, con las mejillas rosadísimas por la ira que sintió al ver que Matt contemplaba esa desastrosa imagen con divertida condescendencia, o al menos, así lo creía ella. Sin detenerse para pensar lo que estaba por hacer, Jessica se decidió a atacar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —demandó—. ¿Y durante cuánto tiempo has estado parado allí criticándome?

Sus cejas oscuras se arquearon en señal de mansa sorpresa, mientras sus labios sensuales, ocultos tras la barba, dibujaron una sonrisa.

—He traído algunas pacanas de mi huerta para John y Senta..., hace... —en ese preciso instante, bajó la vista para observar su reloj pulsera, con sus endiablados ojos oscuros brillando traviesamente —... hace unos treinta minutos. Pero tranquilízate: sólo te he estado observando masacrando esos azulejos durante diez minutos nada más. Además, creo haber demostrado una admirable paciencia al no pronunciar ni media palabra de crítica hacia ti.

Jessica movió su mandíbula y sus ojos esmeralda tenían el brillo de batalla. Al ver el desafío al cual Matt estaba retándola, olvidó completamente su lamentable apariencia.

—¿Te crees capaz de hacerlo mejor? —le preguntó con una dulce falta de sinceridad.

Matt se enderezó y encogió sus impresionantes hombros, en un gesto modestia, desmentido por su sarcástica sonrisa.

—Bueno, yo sí he tenido algo de experiencia en este asunto —admitió él con una voz modesta que era tan auténtica como su gesto.

—¡Apuesto a que sí! —replicó Jessica, aunque ambos sabían que la joven no se había referido a azulejar baños.

Un minuto después, se sintió tanto arrepentida al recordar lo que su hermano John le había contado sobre Matt. Sin embargo, no pudo hallar las palabras como para disculparse.

De todas maneras, Matt no parecía estar esperando una disculpa. Su expresión no revelaba otra cosa más que una frialdad momentánea, seguida de una gran diversión. Luego, una íntima y cálida mirada apareció en sus ojos oscuros... una mirada que hizo

que Jessica reviviera los momentos de amor que habían compartido en el sofá.

—Jessica, Jessica —reprobó Matt, meneando la cabeza—. ¿No sabes hacer otra cosa que arrojar barro a un político? Nosotros tenemos gran habilidad para quitárnoslo de encima y devolverlo a la persona que lo arrojó de la misma manera.

El suavísimo tono de voz de Matt le indicó a Jessica que él siempre sabía cómo, dónde y cuándo encontrar sus armas de defensa, y por ello, la joven se ruborizó al recordarlos momentos compartidos. Luego se dio cuenta de que por primera vez, Matt había hecho referencia a su pasado.

Afortunadamente, Matt no parecía inclinarse por hacer alarde de su victoria. Cuando Matt entró al cuarto de baño y se agachó para contemplar de cerca el trabajo de la muchacha, ella se quedó mirándole su cabellera oscura con gran resentimiento. El hecho de que él llevase una ropa tan vieja como la de ella, no la hacía sentir mejor ya que estaba limpia y bien planchada. Por otro lado, en él se veía tan bien que Jessica concluyó que Matt era atractivo por más que estuviese harapiento.

Matt continuó hablando, como si detrás de sus palabras no se ocultase ningún otro contenido secundario.

—En la actualidad, los oponentes responsables van directamente al tema en cuestión para atacar solamente ese punto —dijo él con tranquila seguridad en sí mismo— y aquí, el tema en cuestión parece ser una lamentable incapacidad para mantener una línea recta.

Jessica levantó la vista hacia él e intentó abrir la boca para lanzarle algún punzante insulto, pero antes que pudiese hacer nada, Matt la interrumpió:

—Todo esto tiene que salir bien. Es una suerte que sólo hayas comenzado con el trabajo, ya que de ese modo, se nos simplificará un poco la tarea. —Matt se extendió para tomar un palustre y quitar todos los azulejos que Jessica se había dedicado a colocar durante una mañana entera.

Jessica gruñó indignada.

—Aguarda un minuto, —protestó enojada—. ¿Qué crees que vas a hacer? He estado trabajando con eso durante largas horas y no estoy dispuesta a soportar que tú...

Esa protesta, murió en la garganta de la joven cuando Matt se volvió para mirarla por encima de su hombro, con un gesto que autoritariamente le decía que no tenía ningún caso protestar.

—Jessica —dijo Matt tranquilamente—, sólo un tonto rechaza una mano cuando se trata de recibir una ayuda en un trabajo

manual. —Luego, Matt le sonrió con tanto encanto que Jessica perdió todo deseo de luchar contra él. —Y tú no eres ninguna tonta, ¿verdad, mi hermosa Jessica?

Aquel elogio, junto con su genuino gesto de aprobación, hicieron que la joven perdiera prácticamente el habla.

—No —respondió ella, sólo con un pálido vestigio de su caprichito anterior, aunque la voz de su conciencia y su mecanismo de defensa le decían que ella era una perfecta tonta.

—No —repitió con énfasis—. Ahora... ¿podrías traerme otra caja de azulejos? —Su pregunta hizo que Matt pasara de ser muy personal a muy práctico y Jessica debió calmar su molestia y obedecer al pedido.

Durante las dos horas siguientes ambos trabajaron conjuntamente, en clima de pacífica cooperación y armonía que logró completar un trabajo leñado y casi perfecto que Jessica sola no habría podido realizar y logró mitigar la sensación que le producía la presencia de Matt, tratando de concentrarse únicamente en el trabajo que tenía entre manos. Sin embargo, cada vez que sus manos se tocaban inadvertidamente, o sus ojos se encontraban pronto, o sus cuerpos se rozaban inesperadamente, Jessica debía esforzarse al máximo para aquietar esa caliente sensación que recorría todo su ser apoderándose de ella. En consecuencia, estaba mucho más cansada después haber trabajado una hora de lo que habría estado si hubiese trabajado sola durante todo el día. Sus ánimos también estaban alterados, especialmente porque notaba que a Matt su presencia no lo afectaba del mismo modo que a ella.

La joven se sintió aliviada cuando Matt se sentó sobre sus talones y sugirió que tomasen un descanso.

—Nos vendría muy bien una buena taza de café —dijo Matt satisfecho, al completar la última hilera de azulejos de un sector—. Y pienso que nos la tenemos muy bien merecida, ¿verdad?

Jessica se limitó a asentir levemente con la cabeza, negándose a mirarlo directamente a los ojos o hablar en forma audible por miedo a delatarse. No obstante, Matt notó esa evasión por parte de ella y suavemente le acarició el cuello y le levantó la cabeza con el pulgar. Luego de haber observado con gran satisfacción la reacción de sorpresa de Jessica, Matt besó sus labios, prolongando ese beso hasta que sintió que ella comenzaba a responderle también. Cuando la soltó, se incorporó sobre sus pies antes que ella pudiese reponerse de tan breve y devastadora exploración. Loco de alegría, Matt tomó una toalla para secarse las manos y se encaminó hacia la puerta del cuarto de baño. Sólo se detuvo para reprenderla:

—Anda, ¿qué esperas? —dijo él, antes de desaparecer de su vista.

El beso había sido muy breve y la actitud de Matt bien podría haberse interpretado como algo impersonal, pero Jessica se quedó paralizada por un momento, sin poder explicar su propia reacción. Desde el punto de vista de ella, aquel breve contacto había sido tan avasallante como si él le hubiera hecho el amor con todas sus ansias.

No obstante estar paralizada, se dio cuenta de que estaba corriendo un inminente peligro: si Matt era capaz de hacerla sentir así con un simple beso, ¿qué conseguiría de ella si tratara de seducirla? Jessica se puso de pie de un salto, sabiendo a ciencia cierta cuál era la respuesta de esa pregunta. Ya tenía experiencia sobre ese asunto y sabía hasta dónde podía llegar Matt Bold cuando se lo proponía. En realidad, Jessica pensaba que de no haber sido por la interrupción de Joe y por la buena voluntad de Matt en dejar las cosas tal como se habían presentado, no habría dudas de que en ese momento, ella sería una más de la interminable lista femenina, con cuyas integrantes, Matt Bold se dedicaba a pasar sus "ratos de ocio".

Jessica se sentía muy turbada mientras se dirigía al cuarto de baño de John y de Senta para refrescarse un poco la cara y poder estar un poco más presentable para enfrentarse a él. Consideraba que no podía existir otro hombre en la tierra que tuviese el poder de dominar a las mujeres de ese modo. Después de todo, él no era perfecto, se decía ella mientras se secaba. Ningún político en el mundo lo había sido y Jessica tenía sus serias dudas de que Matthew Bold fuese el primero.

Atrapada por un tardío sentido de orgullo y por su propia determinación de mantener en firme sus objetivos, Jessica comenzó a bajar las escaleras con paso seguro, que indicaba su confianza en el sentido común, el cual debería resultar victorioso ante el encanto y el atractivo de Matt Bold.

Sin embargo, no le sorprendió el hecho de encontrar a su cuñada Senta en la habitación grande, totalmente cautivada por Matt. La esposa de su hermano trataba de complacerlo con rosquillas recién salidas del horno y con una sabrosa taza de café, al tiempo que escuchaba cuidadosamente cada palabra de Matt, referidas a los restaurantes en los que había cenado durante todos sus viajes.

—Tendrías que pedirle a John que te lleve a La Granja dé las Manzanas de Stephenson la próxima vez que visiten la ciudad de Kansas, Senta —dijo él tomando otra rosquilla deliciosa—. Te encantarían los buñuelos de manzanas que preparan allí.

Poco después, cuando Matt se percató de la presencia de Jessica,

sus ojos adquirieron una expresión mucho más tierna y se detuvieron en la recién lavada cara de la joven. Inmediatamente, cambió de tema de conversación.

—Pareces un angelito de doce años de la época antigua. —Rió entre dientes—. Y pensar que hace veinte minutos parecías ser "El Amenazante Dennis", cuando sólo tenía doce años de edad.

Bufando, Jessica intentó abrir la boca para protestar sin pensar que, aparentemente, Matt la había considerado lo suficientemente crecidita como para besarla. Afortunadamente, John la salvó de sus comentarios inoportunos. Su voz parecía un tanto cortante.

—Puedo asegurarte que la última comparación ha sido mucho más correcta. Contrariamente a lo que sucede en la mayoría de las familias, fue a Jess a quien Mamá debió sacar del lodo y a quien papá debió rescatar de un árbol, ya que esta jovencita tuvo la brillante idea de subirse a él y luego no pudo bajarse. Yo, por otra parte, siempre fui el niño modelo.

Jessica giró boquiabierta por la indignación.

—¡Esa sí que es una sucia mentira! —gruñó.

John la miró con inocente confusión.

—¿Quieres decirme que no te metiste en el barro y que tampoco te subiste a los árboles?

—Por supuesto que sí lo hice —Jessica cayó en la trampa. —Pero tú nunca fuiste el niño modelo. Escribías cuanta pared se te cruzaba frente a la nariz y si mamá no hubiera estado tan convencida de que eras un genio artístico, te habría calentado la cola tantas veces como me lo hizo a mí.

John miró cabizbajo.

—¿Pretendes insinuar que yo no soy un genio el arte? —preguntó desalentado.

Jessica puso firmes sus labios, exasperada, dándose cuenta que su hermano estaba usando una de sus habituales tretas.

—¡Tú sólo eras un genio para escaparte de tus merecidas tundas! —dijo Jessica disgustada—. Si no hubiera sido por papá, hubieras sido insoportable. Mamá estaba tan embobada contigo que como madre y educadora, no servía para nada en tu caso.

John comenzaba a emprender una encarnizada lucha con su hermana para defender el buen gusto de su madre, cuando Senta los interrumpió en su acostumbrado estilo práctico. Miró primero a Matt y luego revoleó los ojos por el techo de la habitación, meneando la cabeza con resignación.

—¿Podrías creer que luego de estar aquí, peleando constantemente, este par de tontos se quieren? —preguntó Senta

incrédula.

Matt no cesaba de reír por lo ridícula que le había parecido la riña. Asintió con la cabeza, respondiendo a la pregunta de Senta y luego posó sus ojos en Jessica, esta vez con mucha más calidez de la que había demostrado antes. Senta se percató de tal gesto, con entera satisfacción.

—Deben hacerlo —respondió Matt, interiorizándose bien en los hechos—. Si no, ¿por qué demonios habría John de confiar en Jessica para que ella coloque los azulejos? ¿Y por qué demonios habría de ofrecerse Jessica para realizar un área para la cual no tiene ningún talento?

Aquella frase terminó con la batalla Jessica—John, puesto que la joven lanzó su furtiva mirada sobre Matt.

—¿Qué? —preguntó ella indignada—. Oye, tú!... ¡Tú...! ¡Tú...! —La muchacha no pudo más que balbucear.

No encontraba las palabras indicadas como para poner a Matt en su sitio él aprovechó esa oportunidad para interrumpirla, mirándola traviesamente.

—Razón por la cual he decidido ayudarla. Esta es una maravillosa bien amada residencia y me corresponde a mí, en mi carácter de ciudadano, con hondo sentido del bienestar público, velar para que nuestra Jessica no logre dañar el potencial de vuestra morada. —Se dirigió entonces a Senta, burlándose con fingida formalidad, pero con una expresión en sus ojos que le demostraba a Senta todo lo que ella necesitaba saber para conocer lo que había detrás de esa generosidad.

—Estimada Senta, por este mismo acto me comprometo a ofrecer mis servicios para terminar con la tarea de azulejar el cuarto de baño. ¿Tiene usted alguna objeción para ello?

Senta asintió, sonriendo dulcemente.

—Estás autorizado, claro que... también te permitimos que emplees a un asistente... si es que lo necesitas...

Arqueó las cejas en señal de inquisición.

—Claro que sí —acordó Matt, intercambiando una mirada con Senta, como si ambos acabaran de firmar un contrato bilateral con el objeto de cumplimentar un único objetivo en común, aunque ellos dos parecían ser los únicos que sabían en qué consistía dicho objetivo.

Sin embargo, Jessica tenía sus sospechas, sobre todo, en base de lo que había conversado con su cuñada la noche anterior. La joven estaba decidida a no servirles de títere en su estúpido juego.

—Bien —dijo ella como restándole importancia al asunto—.

¿Entonces nuestro genio del arte puede colaborar contigo? Después de todo, se trata de su cuarto de baño, ¿no?

Senta y John elevaron sus protestas al mismo tiempo, aunque por razones completamente distintas.

—No puedo perder el tiempo en esas cosas —gruñó John.

—Tiene una exhibición para dentro de dos semanas y aún no está listo para ella —agregó Senta.

—¡Y tú eres tan buena asistente! —se burló Matt, sonriendo entre dientes de un modo demasiado antinatural—. ¿Están todos de acuerdo en que Jessica sea mi asistente? —Matt mantuvo en alto su mano, como si estuviera aceptando de antemano la votación, a la cual se unieron John y Senta—. Los votos cantan —anunció Matt, mitigando las protestas de Jessica: la tomó del brazo y la hizo sentar en una silla que estaba a su lado—. ¿Quieres una rosquilla? —preguntó—. Necesitas tener muchas fuerzas para poder llevar a cabo el trabajo que vas a realizar.

Era imposible mantenerse irritada, frente a la alegría que se notaba en los rostros de Matt, Senta y John y antes que pasara mucho tiempo, Jessica comenzó a reír junto a ellos, aceptando resignadamente su destino. De todas maneras, la joven tenía la sospecha que no le alcanzaría una vida entera para lamentar cada minuto de los que pasaría junto a Matthew Bold. ¡Era tan peligroso...! y ella lo sabía, pero ante sus encantos estaba tan indefensa, cual si fuese un pececito famélico frente a una deliciosa carnada que, aunque sepa que detrás de ella habrá de encontrar el maléfico anzuelo, no puede evitar tragársela.

Momentos después, John estaba contemplando a través de la ventana, el maravilloso paisaje que daba a la parte posterior de su casa. Como al pasar, comentó:

—Amo el mes de octubre. El clima, cuando es favorable se torna, realmente embriagador. Me hace recordar mi infancia, las Noches de Brujas... los paseos en los carros de heno... las salchichas...

—Pero este es el mes de noviembre, John, ¿recuerdas? —corrigió Senta. Luego, pareció como si el demonio se hubiera apoderado de sus ojos, aunque su mirada se mantuvo benevolente—. Pero no veo la razón por la cual no podamos comer salchichas ahora —exclamó, al tiempo que con su mirada, interrogaba a los presentes.

John y Matt aceptaron la oferta con gran entusiasmo. Jessica dudó un poco, completamente segura de lo que Senta intentaba decir.

—Allí afuera hay demasiada vegetación muy crecida —dijo Jessica manteniendo calma su voz—. Podríamos perdemos y nunca

nadie nos encontraría.

Aquella objeción hizo que Senta sonriera sospechosa y dulcemente.

—Tienes razón, Jess —dijo ella con gran tranquilidad—. Ante todo, deberíamos realizar un gran trabajo allí afuera.

John gruñó y luego observó a Matt y a Jessica.

—¡Bueno! Acaban de caer en sus redes! Senta puede parecer una santa madonna, pero créanme que piensa como Macchiavello. Mi bocota sólo le ha dado pie para que nos convierta a todos en esclavos.

—Y bien John —protestó Senta suavemente—. De todos modos, sabes que esa tarea ya estaba incluida dentro de la lista de trabajos a realizar. Esto nos dará un poco más de motivación para cumplir con el trabajo.

—¿Ven lo que les digo? —preguntó a Matt y Jessica lánguidamente—. ¡ un genio para disfrazar las cosas y hacer caer en su trampa hasta al más perspicaz.

—Yo creo que es una gran idea —expresó Matt y sus palabras hicieron que Jessica sospechara aún más que él y Senta, de alguna manera, habían formado una alianza secreta que iba a terminar con la paz y tranquilidad de su vida. Matt siguió dando detalles—. ¿Cuándo comenzaremos?

—¿Cuándo tú y Jessica terminan con el cuarto de baño? —preguntó Senta.

—Creo que será mañana a la tarde —respondió Matt—. Podríamos comenzar a trabajar en el patio mañana por la tarde, toda la jornada del día siguiente y ese mismo día, por la noche, celebrar con unas buenas salchichas a la parrilla.

—Estupendo —dijo Senta, firmando y sellando el contrato. Luego se incorporó y echó una mirada a Jessica—. Es hora de volver al trabajo, querida —dijo ella alegremente, ignorando la iracunda mirada proveniente de los atormentados ojos de su cuñada—. Como recompensa, prepararé una deliciosa cena para todos nosotros —al decir eso, Senta se volvió, dejando por sentado que además de obligar a Jessica a pasar el resto del día en compañía de Matt Bold, también la comprometía a compartir con él la cena.

Matt se puso de pie, invitando a Jessica a que se encaminara delante de él, pero ella se negó.

—Tú ve adelante —dijo ella enojada—. Quiero hablar unos minutos con Senta antes de ir a trabajar contigo.

La expresión de Matt fue indiferente durante todo el trayecto en el cual acompañó a John a abandonar la habitación. Pero, al llegar a

la puerta, sonrió a Jessica.

—No te demores —advirtió él—. Te estaré aguardando.

Jessica sintió que un agudo temblor se apoderaba de su cuerpo por la intimidad que oyó en la voz de Matt y por aquella famélica expresión que leyó en sus ojos. Pero sólo se limitó a asentir con la cabeza. No bien Matt se hubo retirado, Jessica no perdió ni un solo segundo en lanzarse sobre su entrometida cuñada.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Senta Wren? —preguntó exasperada, mientras Senta continuaba lavando las tazas de café sin siquiera darse vuelta.

—¿A qué te refieres, cariño?

—Me refiero —dijo ella con tono exageradamente pausado— a que no estoy dispuesta a tolerar que nadie interfiera entre Matt Bold y yo.

—¿Interfiera? —El tono de Senta demostraba una inocente sorpresa.

—Palabra incorrecta —agregó Jessica—. Interferir entre nosotros es la última cosa que tienes en mente, estoy segura de ello. Estoy aguardando que en cualquier momento se te ocurra invitar a Matt Bold a pasar la noche aquí... ¡Y en mi cama, como mínimo!

Senta miró a su cuñada por encima del hombro, como reprochándole.

—Jamás cometería esa falta de delicadeza, Jess —protestó con calma—. Él vendrá aquí por sí mismo, sin que yo lo invite. Estoy convencida. —Jessica arqueó las cejas sugestivamente.

—¡Senta! —exclamó Jessica, colmada por la exasperación—. Esto es muy serio, Matt no es la clase de hombre con el cual una mujer puede involucrarse sin... sin... —Se interrumpió. No quería pronunciar la palabra "amor" a esa altura del partido.

—¿Sin enamorarse perdidamente de él? —sugirió Senta como para ayudarla—. Pero mi querida, eso es justamente lo que tú necesitas. Ese maldito Jed Cason le ha cerrado las puertas de tu corazón a otros hombres durante bastante tiempo. Es hora de que te olvides de ello y comiences a vivir una vida más digna. Y Matthew Bold es el hombre indicado para ello.

Jessica cerró los ojos y se llevó una mano a la cabeza, tratando de calmarse.

—Este señor Matthew Bold tiene el poder de dejar a Jed Cason a la altura del ratón Mickey en lo que al amor se refiere, Senta. ¿No te das cuenta de ello? ¿Estás decidida a que otra vez alguien me destroce el corazón?

Si Jessica había creído que de ese modo lograría la compasión de

Senta, pronto se dio cuenta que estaba en un error. Senta se volvió de golpe, para enfrentarla, con una expresión en sus ojos que Jessica conocía como indomable.

—Tú y Matt parecen haber sido hechos el uno para el otro, Jess y si no tienes la capacidad como para darte cuenta de ello ahora, lo harás en un futuro, créeme. ¿Por qué demonios te empeñas en dificultarte las cosas de ese modo? A la larga, resultarás perdedora y cuando sea demasiado tarde, te odiarás a ti misma por haber perdido el tiempo. Ahora toma mi consejo y hazme caso.

Por última vez, Jessica trató de hacer entrar en razones a su caprichosa cuñada.

—Senta, no hemos sido hechos el uno para el otro. No soportaría escuchar su campaña política ni por un minuto y Matt me odiaría por no participar de ella. Además, yo también tengo mi carrera… tal como es. —Con esas palabras, Jessica se quedó atónita al comprobar que cada vez le gustaba menos su trabajo y que por ello se había sentido tan feliz al dejarlo por unos días.

—¡Tonterías! —dijo Senta, eliminando las objeciones de su cuñada cual si fueran molestas moscas—. Tú serías la mujer perfecta para su campaña política. Eres atractiva, muy personal y yo misma te he oído dando un discurso una vez, ¿recuerdas? Estuviste decididamente aplastante. Los dejarías sin habla cada vez que te oyeran. Ahora ve arriba y comienza a trabajar. —Al decirlo, Senta le volvió la espalda, negándose a continuar con una conversación que según ella, no tenía ningún sentido.

Jessica se quedó observando angustiada, la espalda de Senta por algunos minutos. Luego dio media vuelta y se encaminó hacia las escaleras arrastrando los pies. Se sentía como si de pronto estuviera viviendo una terrible pesadilla. Apenas podía creer que había estado hablando de un probable matrimonio y nada menos que con un político. Un político al que conocía poco y nada, con quien había estado a punto de irse a la cama en su primer encuentro y quien no le había demostrado ni el menor indicio de estar interesado en ella como para casarse. Todo eso era una verdadera locura. Senta estaba loca de remate. Y Jessica tampoco estaba muy segura de que su salud mental se mantuviera intacta durante mucho tiempo…

CAPITULO VII

Jessica dejó de trabajar por un instante para descansar y observó la pila de hojas que había acomodado con gran satisfacción. Sintió deseos infantiles de echarse sobre ella y rodar como lo hacía cuando era pequeña.

En las últimas veinticuatro horas, Matt había conseguido ganarse a John y a Senta, a tal punto que ambos estaban trabajando activamente en favor suyo, planeando en conjunto la seducción de Jessica. Porque según Jessica, todo lo que Matt quería de ella era seducirla. Claro que él tampoco pensaba salirse de la línea. Era demasiado sutil como para eso. En esa etapa de su campaña, Matt se sentía satisfecho con ir muy lentamente, inundándola con su simpatía, sorprendiéndola con su personalidad, bromeándola con su sexualidad, riéndose de su caprichosa resistencia. Matt estaba consciente de que, al final de cuentas, sería él quien ganaría la partida. ¡Maldito sea! Y ella también. Sólo se trataba de una cuestión de tiempo y transcurrido ese lapso, breve o no, ella lo seguiría mansamente hasta su lecho. ¡Pero sería más que idiota si lo hiciese sin por lo menos, oponer una resistencia! Para cometer un suicidio pasional, se necesita pensar mucho; no es una cosa natural a la que uno accede con la docilidad de un rebaño que sigue a su pastor.

"¿Y por qué estoy tan segura de que involucrarme con Matt Bold represente un suicidio emocional?" —se preguntó la joven mientras observaba a Matt por enésima vez en el día. Él estaba afuera, en el patio, recogiendo con John los restos de los árboles y arbustos que habían estado podando. Matt estaba más devastador que de costumbre: con sus jeans y su camisa de algodón.

Jessica pensaba con desazón, que un hombre que tenía tanto para ofrecer no podía confinarse a vivir para una sola mujer. Al ver su gran atractivo masculino, la muchacha sintió que su seguridad respecto de que Matt no había mantenido ninguna relación extramatrimonial, se estaba esfumando rápidamente. Jessica estaba convencida de que las tentaciones a las cuales Matt se habría enfrentado, debieron de haber sido tremendas, tanto que hasta ella misma podría haberlo justificado si Matt hubiese engañado a su esposa. Podía imaginarse a cualquier mujer realizando esfuerzos sobrenaturales para poder conseguirlo y concluyó que para poder resistirse a sus encantos, tendría que haber sido un santo. Y Matt no era ningún santo. En realidad, se trataba del demonio mismo hecho hombre para apoderarse de cuanta mujer se atravesara en su

camino.

Como si Matt hubiese adivinado los pensamientos de la joven, dejó de trabajar y dijo algo a John. Luego se encaminó hacia ella y Jessica sintió que su corazón latía cada vez con mayor agitación.

—Permíteme ayudarte, perezosa —dijo Matt, arrastrando las palabras con un tono tan suave, que parecía acariciar a la muchacha. Sin aguardar a que le respondiese, tomó un rastrillo y comenzó a trabajar. Con el esfuerzo, su camisa de algodón enmarcaba sus robustos músculos, tanto en los brazos como en los hombros.

Jessica lo miró, dándose cuenta que, como era común en él, siempre hacía lo que se le antojaba, sin importarle que ella necesitara o no su colaboración. Sin embargo, Jessica distrajo sus pensamientos al notar que una ola de sensualidad se apoderó de ella repentinamente y con tanta firmeza, que debió abandonar su tarea para observarlo, atrapada por aquellos encantos viriles que él podía provocar en ella sin siquiera tocarla.

La atmósfera de un bello día favorecía aún más la seducción inminente de Jessica.

Jessica tenía los ojos a medio cerrar, pero sus pupilas se hallaban extremadamente dilatadas al percibir la embriagadora imagen de Matt.

En cualquier otro momento, habría sido muy embarazoso el hecho de que él la cogiera mirándolo de la manera que Jessica lo había estado haciendo, pero ella no se sintió para nada incómoda... Ni siquiera al ver la expresión de satisfacción que su estudio había provocado en él.

—¿Te agrada lo que estás viendo? —preguntó él suavemente y un tanto divertido, aunque esa diversión no sonaba a burla sino a un abierto aliento, como para animarla a que compartiera sus pensamientos con él.

—Sí —su respuesta fue totalmente honesta, proveniente de una fuente no contaminada de orgullo.

—¿Lo deseas? —Su delicadeza suavizó esa tan cruda pregunta.

—Sí. —Otra vez, Jessica se mostró firme, aunque su voz se entrecortó apenas al pronunciar su contestación.

—Perfecto, muchacha —murmuró él, con una sonrisa de aprobación por su honestidad. Sus castaños ojos se tornaron aún más profundos—. Me encargaré de que lo consigas —prometió él con voz tan grave que la hizo estremecerse totalmente.

Bajo aquel maravilloso encanto y sensualidad provenientes de los ojos y de la voz de Matt, Jessica se sorprendió experimentando un extraño impulso por prolongar aquel peligroso juego de seducción

verbal.

—¿Y a ti te agrada lo que ves? —preguntó ella con tono bajo y algo ronco, que indicaba a las claras, su perturbación interior.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Matt, aunque no cabía ni la menor duda de su absoluta sinceridad al responder:

—Sí —gimió él, con voz ronca por el deseo.

—¿Lo quieres? —repitió textualmente sus palabras y en tono provocativo.

Con un suspiro de sumisión, Matt reemplazó su amplia sonrisa por una expresión posesiva, típicamente masculina.

—Sí, Jessica —afirmó él, con una voz que indicaba que no sólo quería sino que iba a hacerlo.

Permanecieron allí, contemplándose el uno al otro, olvidándose de todo y de todos, excepto del trato que ambos acababa de sellar. Luego, John los interrumpió.

—¡Hey! ¡Ustedes dos! —gritó, haciendo que Jessica volviera a aterrizar de golpe—. Debo ir a la ciudad a comprar un poco de fertilizante. ¿Pueden arreglárselas sin mí por un rato?

Matt echó una endiablada mirada a Jessica y luego se volvió para responderle:

—Seguro John, ve. Nosotros nos las ingeniaremos.

John saludó con la mano y comenzó a alejarse. No obstante, aquella interrupción había llamado a Jessica a la realidad y en ese momento la joven estaba atónita por lo que había permitido que sucediera entre ella y Matt. Cuando él se volvió hacia ella, tomó apresuradamente su rastrillo, con la esperanza de que Matt decidiera dejar las cosas tal como estaban, hasta que ella lograse recuperarse de la sensualidad que aún obnubilaba sus sentidos. Pero Matt soltó su rastrillo y le arrancó el de ella de las manos.

—No, no lo harás —dijo Matt decidido—. Has jugado con fuego y ahora no dejaré que te eches atrás.

Ignorando su instintiva protesta, Matt le tomó la mano y la atrajo hacia sí, para conducirla a través del pequeño arroyuelo que separaba el patio de los bosques que estaban en su parte posterior. Pero cuando Matt la llevó hasta las hileras de árboles, las protestas de Jessica se tornaron más firmes.

—Matt —gimió ella, mientras él continuaba la rápida marcha hacia el interior del bosque—, tenemos mucho trabajo por hacer. ¿Adónde me llevas?

—Claro que sí —respondió Matt al comentario de la joven más que a su pregunta—. Y es mejor que lo hagamos en privado — agregó significativamente, evidenciando que la clase de trabajo que

él pensaba realizar era muy diferente al que la joven tenía en mente —. Sígueme en silencio, ¿sí? —dijo él burlándose, al ver que Jessica intentaba abrir la boca para seguir protestando—. Estoy demasiado fatigado como para cargarte en mis hombros y tomarte como un hombre cavernícola.

Como Matt parecía muy decidido en su postura, a pesar de no abandonar su buen sentido del humor, Jessica cerró la boca, aunque sus pensamientos estaban completamente alborotados. No podía creer que en realidad se hubiera prestado al juego de Matt, pocos momentos atrás. Le parecía haber soñado aquella conversación: no era para nada su estilo el aceptar una relación sexual de aquel modo. Pero Matt estaba fuera de toda experiencia anterior, reflexionó alarmada y, como ya era normal, bajo la influencia de ese hombre, Jessica no lograba actuar con cordura.

Sin embargo, Matt no le dio ni una sola oportunidad para qué ella armase su defensa. Al llegar a un área completamente cubierta por árboles, Matt atrajo a Jessica hacia sí y la colocó de espaldas al tronco de uno de ellos. La atrapó entre el árbol y su cuerpo de manera tal que, aunque la muchacha luchase con todas sus fuerzas, no pudiera escapar. Sus ojos negros se fijaron en los de ella al preguntar:

—¿Te ha gustado la honestidad que hubo entre nosotros, Jessica? —Aquella pregunta tan directa hizo que Jessica comenzara a moverse de un lado al otro, con gran nerviosismo. Pero esos movimientos sólo lograron que la joven sintiera aún más la calidez de su cuerpo. Trató de bajar la mirada para romper el hechizo que Matt producía con sus ojos, mas sus intentos fueron inútiles: Matt le tomó el mentón para mantenerle en alto la cabeza—. Respóndeme —ordenó Matt con tono tan autoritario que obligó a Jessica a obedecer.

Pero al menos, logró evadirse de la total capitulación.

—Mientras se estaba desarrollando —admitió con cautela.

—¿Y ahora? —presionó él.

Antes de contestar, Jessica lo estudió por un instante, dándose cuenta que le era imposible distorsionar la verdad frente a ese hombre.

—Me asustas, Matt —susurró, implorándole comprensión.

—¿Por qué? —preguntó él incrédulo, pero no menos determinado a obtener una respuesta.

Jessica trató por todos los medios de responder con serenidad, pero sus sentidos gemían de placer por el deseo que la proximidad de Matt producía en ella.

—Eres tan directo… Actúas con tanta rapidez… —Insistió en sus esfuerzos de explicar la situación y luego agregó:

—Haces que mis actitudes me resulten extrañas a mí misma. Jamás he conocido a nadie como tú y no sé cómo manejar lo que está sucediendo entre nosotros… —Se interrumpió y lo miró a los ojos. Su mirada brillaba de confusión y por la reacción que estaba teniendo frente a la cercanía de Matt.

Jessica debería de haber estado acostumbrada a su franqueza, pero la siguiente pregunta que Matt le formuló, la dejó boquiabierta:

—¿Eres virgen?

—No —sus ojos revelaban una gran irritación, aunque también se sentía en la obligación de darle explicaciones. Pero, ¿por qué?—. Estaba comprometida cuando… cuando… —La voz de la joven parecía arrastrarse al ver que Matt estaba reaccionando con impaciencia: se daba cuenta de que Jessica no sentía verdaderos deseos de contar su historia.

—¡No soy promiscua! —gritó ella a la defensiva, encolerizada por su impaciencia.

—No te querría si lo fueras —respondió él con tranquilidad—. ¿Por qué no te casaste con ese hombre?

Jessica frunció el ceño, pero de alguna manera, notó que no le resultaba tan difícil contarle la verdad como ella se lo había imaginado.

—Me di cuenta de que él estaba mucho más interesado en lo que yo podría hacer por su carrera que en mí como persona —dijo ella, con un nostálgico odio en su tono de voz.

—Eso significa que sólo se trataba de un pobre y maldito estúpido —dijo Matt secamente y con ternura. Luego acercó su boca a la de ella y sus ojos mantenían una expresión de paz y sosiego—. ¿Eres consciente de que no hay nada que tú puedas hacer por mi carrera? —preguntó suavemente.

Jessica inspiró profundamente, con la voz temblorosa al responder:

—Sí.

—Y vas a negar ahora… luego de lo que has dicho minutos atrás… y luego de lo que ha sucedido en mi casa la otra noche… que me quieres —susurró Matt en voz muy baja.

—No… pero… —Jessica luchó por mantener su sentido común pero éste sucumbió rápidamente, ante los encantos de la boca de Matt.

—No hay peros —insistió Matt, abrigando su rostro con sus cálidos ojos—. Esto es cosa de adultos, Jessica. —Apoyó las manos

en la cintura de ella y se aproximó aún más—. Entre nosotros, no hay sitio para los juegos de niños, ¿verdad?

Matt le besó la comisura de los labios, las mejillas, la frente... todos los rincones a excepción de su boca... Jessica movió una de sus manos hacia la cabeza de Matt para evitar que doblegara por completo sus débiles armas de defensa.

—No, Matt. No somos niños —suspiró ella agitada, cerrando sus ojos para no ver el deseo que ardía en los de él—. Y justamente porque soy una adulta es que no quiero comportarme como una tonta.

Matt retrocedió apenas, observándola, con su expresión un tanto confundida.

—¿Piensas que por hacer el amor te convertirás en una tonta?

Jessica lo miró a los ojos e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Contigo, sí —dijo ella con gran seguridad. Luego se apresuró a explicarle para tratar de quitar esa expresión de dolor de sus ojos—. Matt, yo no sé cómo jugar con los hombres —dijo ella desesperadamente—. Sólo puedo ser espontánea. Yo... yo me enamoro. —Su admisión fue dolorosa, pero algo en Matt hizo que fuera imperiosa una total honestidad.

—Y tú piensas que yo no. —La frase fue rotunda, directa; Jessica abrió muy grandes sus ojos para observar la expresión de Matt.— Has escuchado todas las historias que se han creado en torno de mí y las has creído todas.

El rostro de Jessica reveló su confusión.

—Sí, he escuchado las historias —admitió suavemente—. Y en lo que se refiere a creer en ellas, no lo hice al principio. Ahora... —Ella creyó debilitarse al ver que Matt estaba sufriendo, pero se esforzó por continuar.— Ahora no lo sé. No te conozco para nada, Matt. Cada vez que entablamos una conversación, siempre quieres oír de mí pero jamás hablas de ti. Y, además, puedo ver cómo las mujeres... cómo las mujeres se enloquecen por tener algo contigo.

Matt parecía estar luchando consigo: no sabía si reaccionar iracundo o soltar una carcajada de satisfacción por las revelaciones de Jessica. Aún peor, para que la muchacha se sintiera más frustrada, cuando Matt se decidió a hablar finalmente, no le contestó ninguna de las preguntas que tanto la atormentaban.

—Tienes razón —dijo él lentamente—. Aún no me conoces del todo bien y yo tampoco te he contado muchas cosas sobre mí. Hay cosas que son muy difíciles de explicar y cuando estoy a tu lado, siempre siento deseos de que me hables de ti... o de besarte... o de

hacerte el amor. —Dio un paso hacia atrás y luego le tomó los hombros entre sus manos y la contempló.— Siempre he estado instigándote para obtener una relación física contigo, porque me llamas mucho la atención físicamente... y porque tú me quieres. —Matt sonrió al notar que ella se ruborizaba.— No me lo niegues, Jessica. Tú sí me quieres.

—Ya te he admitido eso —le respondió casi con violencia—. Y eso le pasa a toda mujer que se acerque a un kilómetro de ti.

Una lenta sonrisa se iba dibujando bajo su espesa barba.

—¿Aún Senta? —preguntó él con burlona duda.

—Bien... —Jessica se encogió de hombros irritada.— Lo haría si no estuviera tan enloquecida con John. Así me lo confesó.

Matt rió y la estrechó rápidamente.

—Jessica, Jessica... —dijo él casi reprendiéndola—. Las personas que están casadas no tienen anteojeras sobre los ojos para con el sexo opuesto, sólo por el hecho de estar enamoradas y dedicadas a sus respectivos cónyuges. Siempre hay algún miembro del otro sexo que los atrae de una manera u otra. Lo que cuenta es lo que tú pienses al respecto.

Jessica lo observó con ojos beligerantes.

—¿Y qué crees tú que debería hacer cualquier persona al respecto? —lo desafió.

Su mirada parecía abrupta, aunque su voz sonó muy sincera al responder:

—Ser fiel a la persona a quien se ama —dijo seriamente—. Por lo menos, esa es mi opinión. ¿Cuál es la tuya?

A Jessica le sorprendió que él se lo preguntara y su expresión la delató. Consideraba que sus puntos de vista habían sido más que elocuentes.

—La misma —exclamó—. ¿No te habías dado cuenta de ello?

Matt meneó la cabeza.

—Yo tampoco te conozco bien, ¿recuerdas Jessica? —dijo suavemente.

La respuesta de Matt la irritó.

—Entonces no tiene ningún sentido que nos vayamos juntos a la cama —dijo ella caprichosamente.

Matt volvió a menear la cabeza.

—Tenemos todas las razones para acostarnos juntos.

Jessica montó en cólera.

—No veo por qué —protestó—. Sólo porque somos... sólo porque nos atraigamos mutuamente, no estamos obligados a someternos a esa atracción.

—Sí, si es que vamos a casarnos —dijo Matt con placentera paciencia.

Jessica permaneció observándolo, como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué has dicho? —gritó.

—Dije que nos casaremos.

Jessica no lograba salir de su asombro y tampoco podía hablar por la emoción que sentía. Se sentía triunfante, atemorizada, incrédula y confundida.

—¡Matt, eso no tiene ningún sentido! —gruñó ella.

—Sí lo tiene para mí. —Su tono era muy firme—. He estado enamorado antes. Y sé reconocer el amor cuando lo siento. ¿Tú no?

—Sí. —Pero al tiempo que ella confesó eso, apartó a Matt de sí violentamente.

—Tienes una encantadora manera de decir: "te amo"

—Jessica —dijo él secamente—. No puedo aguantar más las ganas de experimentar la manera que tienes de hacer el amor. Probablemente he de terminar en el hospital.

—Estás loco de atar —gruñó nuevamente, sosteniéndose la cabeza entre las manos—. No es así como las cosas deben suceder entre las personas.

—¿Quién dijo? —Matt volvió a aproximarse a ella con una sonrisa medio irónica, pero al notar su expresión, debió borrar de su sonrisa todo el sarcasmo que tenía.— De acuerdo. Sé que soy muy poco ortodoxo —admitió encantadoramente—. Si eso te hace sentir mejor, te compraré una caja de bombones, un ramo de flores, me pondré mi mejor traje y me arrodillaré ante ti. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No sé lo que quiero! —gruñó Jessica, cerrando los ojos ante la desorientación que sentía. Luego volvió a abrirlos para observar a Matt—. ¡Sí es eso! —dijo con firmeza—. No quiero casarme con un político.

Matt entrecerró los ojos, pero no reaccionó ante tal afirmación.

—No es eso lo que quieres... es lo que no quieres —explicó.

—Es la misma cosa —le gritó Jessica—. Quiero una vida tranquila... niños... tiempo para pasar a solas con mi esposo. No quiero vivir en un circo.

Matt permaneció tieso por unos instantes y luego, lentamente, acortó la distancia que lo separaba de Jessica, para tomar su cuerpo entre sus brazos.

—Suponte que te muestro lo que realmente quieres —susurró suavemente, antes de cerrar su boca sobre la de ella, en un cálido beso que se apoderó de Jessica completamente.

Tomó los hombros de Matt con fuerza, en una encrucijada por empujarlo violentamente hacia atrás o satisfacer su necesidad de estrecharlo más hacia ella.

Finalmente, su necesidad resultó más poderosa en el lapso de unos breves segundos, Jessica estaba envuelta por el cuerpo de Matt, aferrada a él hasta con la más ínfima de sus fibras. Cuando él la soltó para que pudiera respirar, ella gimió:

—¡Eso no es justo! —No obstante, su acusación resultó ser extremadamente débil.

—Todo es válido en el amor y en la guerra —murmuró él riendo, antes de comenzar a besarla otra vez.

Jessica se sintió perdida cuando Matt comenzó a poseerla. Abrió la boca para permitir que su lengua penetrara en ella y se hundió en sus entrañas como si quisiera formar parte de su cuerpo. Matt la acariciaba como si hubiera conocido el cuerpo de la muchacha desde hacía mucho tiempo; sus manos parecían familiares y, al mismo tiempo, excitantemente nuevas. Aquellas manos buscaron las redondeadas nalgas de ella para estrecharlas contra la calidez de la erección de Matt. Las caderas de ambos se unieron en perfecta armonía y la necesidad de él hizo eco en la de ella. Cuando Matt se dio cuenta de que Jessica habría de continuar sus movimientos sin que el la dirigiera, hizo ascender sus manos hasta los senos, para atormentar sus abultados pezones.

Cuando Matt apartó sus labios de los de ella, Jessica sintió deseos de decirle que había ganado.

—Matt... Matt... por favor... —Ella parecía insinuarle que terminara lo que había empezado allí, en ese momento, pero Matt, respirando agitadamente, se apartó levemente.

—No aquí, niña —gimió él—. Quiero que todo sea correcto. Quiero sábanas limpias, una cama firme y muy en privado. Ha sido un largo trayecto para mí y me sentiría muy tonto si no me ocupara de observar que todo estuviera como es debido.

Jessica se desplomó sobre el tronco de un árbol, casi sin poder sostenerse. Estaba insoportablemente molesta y al mismo tiempo, insoportablemente aliviada.

—Estás perdiéndote la oportunidad, Matt Bold —dijo ella agitada —. Trataré de utilizar este tiempo para armar mi defensa.

Matt sonrió irónicamente, demostrando su inflexibilidad.

—No te dará ni el más mínimo resultado, querida —le prometió él. Pasó su mano sobre la ruborizada mejilla de la muchacha—. Te seduciré en la primera oportunidad que se me presente. Es probable que no te conozca del todo bien, pero me considero un muy buen

juez y apostaría todo lo que tengo a que, una vez que te posea físicamente, lograré de ti todo lo que quiera. ¿No fue eso lo que me dijiste pocos minutos antes? —bromeó él.

Jessica lo miró a él con cansada sorpresa.

—Quizás haya mentido.

—Y quizás no —rió Matt—. Ya lo comprobaremos, ¿no es cierto?

—No si puedo evitarlo —le advirtió Jessica.

—No podrás —aseguró Matt seguro de sí.

—¡Maldito seas, Matt Bold! ¿Acaso consigues siempre lo que te propones? —Jessica gritó de repente y su enfado le dio las fuerzas suficientes para poder incorporarse nuevamente.

Una mirada de tristeza afloró en los ojos de Matt, aunque su seguridad en sí mismo permaneció inalterable al responder:

—No siempre, cariño —dijo suavemente—. Pero lo haré en lo que a ti concierna. Me he pasado todo un año entero aprendiendo el significado de la palabra infelicidad. Créeme que no me perderé la oportunidad de volver a ser feliz.

Jessica permaneció tiesa, contemplándolo, sin saber si protegerlo con uñas y dientes de toda probable infelicidad o protegerse a sí misma de aquel inminente peligro. Finalmente, inspiró profundamente y respondió de la única manera que pudo:

—Ya veremos —dijo tranquilamente.

Matt asintió con firmeza.

—Sí, Jessica. De acuerdo, lo haremos.

CAPITULO VIII

La fragante y burbujeante agua caliente del baño, consiguió adormecer a Jessica, mientras la joven enjabonaba sus doloridos músculos castigados por el desacostumbrado ejercicio físico. Esa era la primera vez que se bañaba en su cuarto de baño, ya completamente terminado. Se sentía tan agradecida por los momentos de alivio emocional, como por haber satisfecho sus necesidades físicas. No pasaría mucho tiempo antes que Jessica debiera enfrentarse con Matt nuevamente y también con Senta y John y otras dos parejas más, a quienes habían invitado a comer salchichas a la parrilla.

Sin embargo, no pudo disfrutar de los momentos de completa inactividad que se había prometido porque se quedó dormida. Antes que el agua de la tina se enfriara y la despertara otra vez, transcurrió demasiado tiempo. En consecuencia, cuando Jessica abrió sus ojos, observó la famélica expresión en el rostro de Matt, quien estaba junto a la tina, contemplándola.

Matt, al comprobar la mirada asustadiza de la muchacha, decidió suavizar su expresión con una sonrisa.

—Es hora de despertarse, mi Bella Durmiente —murmuró Matt con voz ronca y su mirada recorriendo el cuerpo de la joven cual si fuese fuego—. ¿O acaso necesitas un beso de tu príncipe para que vuelvas a despertar?

Jessica se sentó de golpe y cubrió sus senos con sus brazos cruzados. Miró a Matt.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —preguntó indignada—. Pensé que había echado el cerrojo a la puerta.

—Pues no lo has hecho —dijo él, sonriendo burlonamente— y es para mí toda una bendición que no lo hayas hecho. —Matt apartó sus manos de las caderas y se arrodilló junto a la tina de baño, al mismo tiempo que la joven trataba de alejarse de él,— ¿Por qué tratas de esconderme toda esa maravilla que hoy me ofreciste, Jessica? —preguntó con socarrona suavidad, mientras se extendía para tomar el jabón que estaba sobre un platillo que pendía de la pared—. Esta misma tarde, no soportabas la idea de que existieran unas cuentas prendas de vestir en medio de nosotros. Sinceramente, no creo que hayas cambiado de idea tan pronto, ¿no es verdad? —susurró él al comenzar a enjabonar sus pechos con las manos—. Apostaría todo lo que tengo a que no.

Jessica sentía que aquella voz grave penetraba en su espina

dorsal y que las caricias de sus manos hacían estragos en sus ya destruidos sentidos. Trataba de calmarse, pero le era casi imposible.

—Será mejor que te largues de aquí, Matt —dijo apretando los dientes tratando de tragarse el gemido que tenía oprimido en la garganta, cuando Matt hizo descender sus dedos hasta los rosados pezones de la joven—. Senta podría venir a buscarme... —Jessica temblaba al sentir los acosadores y poderosos dedos de Matt y aquellas caricias que también, provenían de sus chispeantes ojos y que la hipnotizaban.

Sin embargo, se sintió molesta cuando Matt retrocedió, apartó sus manos de ella y se aproximó a la tina de baño para eliminar la espuma que quedaba en el pan de jabón.

—Tienes razón, cariño. Este no es el sitio indicado ni tampoco el momento adecuado. La excusa para poder venir aquí fue que deseaba ver cómo había quedado "nuestro" cuarto de baño, pero si permanezco demasiado tiempo aquí, Senta podría sospechar que he encontrado algo mucho más interesante que un simple cuarto de baño.

Matt volvió el rostro, liberando a Jessica del magnetismo de su mirada. Su barbuda mejilla estaba tan cerca de la muchacha que debió contenerse para no inclinarse levemente hacia delante y darle un beso. Después, él se incorporó y ella siguió cada uno de sus movimientos con la mirada, con un deseo más que elocuente el cual, Matt había logrado provocar.

Matt se secó las manos y se volvió para observarla. Descubrió la mirada de Jessica e hizo una mueca, en señal de frustración.

—Jess —dijo él suavemente—, yo ya he tomado mi baño, pero si continúas mirándome de esa manera, no lograré resistir la tentación de meterme en esa tina de baño otra vez.

Jessica apartó la mirada de él con extrema rapidez y gritó:

—¡Ni te atrevas! ¡Mi mirada no fue una invitación!

Matt rió con tanta seguridad de sí mismo, que la muchacha se encolerizó aun más.

—¿No lo fue? —preguntó inocentemente, mientras se agachaba, apoyando las palmas de sus manos sobre los bordes de la tina—. Lo siento, querida. Entonces quiere decir que he olvidado lo que es una mirada provocativa. —En respuesta al ceño de desaprobación de Jessica, Matt colocó su mano sobre el mentón de ella y la besó con la mirada, haciéndola estremecer totalmente. Al observar la reacción, Matt decidió prolongar aquel momento de excitación: comenzó a morderle el labio inferior, al mismo tiempo que dejó descender sus manos hacia los pechos, el abdomen, acariciando su piel de satén

por unos breves segundos, para continuar luego más abajo, entre las piernas, donde los dedos de él se detuvieron en su femineidad para juguetear con ella. Jessica debió morderse los labios para no soltar el suspiro de placer que aquel contacto le había causado.

La muchacha debió bajar la cabeza, para no ver la sonrisa confidente de Matt.

—Jessica —prometió delicadamente, mientras apartaba la toalla y se encaminaba hacia la puerta—. En muy poco tiempo habrás de pertenecerme, te lo prometo. —Después, volvió a sonreír, casi desfachatadamente, cuando Jessica alzó la cabeza para mirarlo.—Pero por ahora, será mejor que termines de bañarte y te vistas. Todo el mundo está esperándote... —Su sonrisa se tornó aun más amplia y su mirada la envolvía de tal manera, que Jessica sentía terror e irritación al mismo tiempo.—... incluso yo —agregó suavemente mientras abría la puerta y salía del cuarto de baño.

El cuerpo de la joven pareció ganar fuerzas luego de haber adoptado una actitud de rebeldía. Por ello, sin perder demasiado tiempo, terminó de bañarse. Mientras se secaba, sus pensamientos estaban concentrados en buscar la forma de demostrarle a ese Matthew Bold que él no haría lo que deseara con ella por el simple hecho de que lograba hacerla arder como el fuego cada vez que la tocaba.

Mientras se vestía con unos nuevos ajustados jeans y una tricota de terciopelo en color púrpura pálido, Jessica decidió que la mejor manera de tratar a un hombre con aquella irritable seguridad en sí mismo, era demostrarle una amistosa indiferencia... No podía intentar escapar de él, ya que no estaba preparada. Por otro lado, si la indiferencia era total, sería negativo para ella, puesto que Matt redoblaría sus ataques físicos hacia ella para conseguir lo que se proponía. En cambio, si se mostraba amistosa y gentil, pero sin dejar que se le acercara demasiado, Matt se daría cuenta de que ella no era una mujer fácil sólo porque respondiera a su atractivo sexual con tanta firmeza.

Una angustiante mirada se dibujó en su rostro al descubrir que sí era una mujer fácil, siempre y cuando Matt Bold estuviera involucrado. Lo había sido desde un principio y esa situación se había ido incrementando cuando comenzaron a conocerse mejor. Estaba a muy poco de enamorarse perdidamente de él, aunque su mente le decía que era una perfecta tonta y le advertía acerca de las desventajas que acarreaba enamorarse de un hombre a quien siempre lo persiguen todas las mujeres, quien siempre piensa primero en sus obligaciones para los conciudadanos y no... en su

esposa. ¿Y por qué demonios la querría justamente a ella como esposa? Jessica no era para eso. Le había dicho muy claramente lo que pensaba acerca de la vida de los políticos. ¿Acaso era posible que en ese preciso momento Matt estuviera reponiéndose de la muerte de su esposa y haya sido Jessica la primera mujer atractiva que se le cruzó por el camino? Y de ser esa hipótesis cierta, ¿no sería mucho más sensato dejarlo volver al mundo para que encuentre su destino, en lugar de tomar ventaja de esa situación?

Mientras Jessica continuaba observando su imagen en el espejo, los celos luchaban crudamente contra su sentido común. Tampoco contaba con el tiempo suficiente como para esclarecer todos los dilemas que Matt le había ocasionado. El no tardaría demasiado tiempo en poseer su cuerpo y tal como se lo había vaticinado, una vez que lo hiciera, también se habría ganado su corazón. ¡Seguro que sí! Jessica lo sabía mucho mejor que él. Pero, descartando el aspecto sexual, ¿estaban realmente "hechos el uno para el otro"? Lo dudaba mucho y estaba aterrada porque presentía lo mucho que sufriría en el caso de que se enamorase de Matt.

Jessica meneó la cabeza, como tratando de liberarse de aquellos turbadores pensamientos. Aplicó una delgada capa de maquillaje sobre su rostro y luego se inspeccionó cuidadosamente en el espejo. Sus ojos se tornaron vivaces. ¿A quién estaba tratando de impresionar? ¿A ella misma? ¿A Matt? ¿O se trataba de que estaba comenzando a interesarse por su apariencia física en vista a que sería la esposa de un renombrado político?

Con un abrupto movimiento que indicó su resistencia a tal evento, Jessica volvió la espalda a su propia imagen y abandonó la habitación, con paso decidido, revelando su falta de entusiasmo por el programa de esa noche. Al acercarse a la gran sala, su depresión se hizo mucho más profunda: una de las mujeres invitadas de Senta, dijo, en voz muy alta:

—Jamás olvidaré lo encantadora que se veía su esposa aquella vez que la vi, en una cena de caridad en Saint Louis, señor Bold. Seguramente, usted debe de extrañarla muchísimo.

Jessica logró controlar el duro golpe que había recibido por la invocación de la mujer y continuó su paso sereno hacia la sala, justo a tiempo para escuchar la respuesta de Matt.

—Llámeme Matt —respondió él con gran amabilidad—. ¿Puedo llamarla Helen?

Ese "Helen" ya era demasiado para empezar con un hombre tan fascinante como Matthew Bold, pensó Jessica mientras observaba a la mujer, quien resultó ser una rubia muy atractiva, visiblemente

complacida ante el trato que Matt le estaba brindando. Pero después, Matt continuó hablando y la joven creyó caer en un pozo de amargura.

—Sí, extraño a Lila —dijo él y en su voz se notaba un sentimiento de calidez y apesadumbrada tristeza—. Ella era mi mejor amiga y partidaria, así como una esposa adorable. —Y luego, con una lánguida sonrisa que dirigió a Helen, quien comenzaba a sentir compasión por él, agregó:— Siempre la extrañaré.

Durante unos minutos, todos los presentes guardaron silencio por respeto a la sincera expresión de dolor de Matt. Pero después, Senta notó la presencia de Jessica y se apresuró hacia ella, revelando con sus castaños ojos, la compasión de quien sabe lo mucho que estaría sufriendo la muchacha en ese instante, luego de haber oído las palabras de Matt. Senta tomó la mano de su cuñada y la apretó afectivamente, acompañando ese gesto con una mirada que parecía decir:

—No te preocupes. Tú eres la única que puede ayudarlo a olvidar sus penas.

Senta condujo a su cuñada hacia la sala y la muchacha trató de ocultar sus sentimientos detrás de una agradable sonrisa. No obstante, sus ojos revelaban un profundo pesar al observar el ceño fruncido de Matt y luego, la cariñosa y cálida mirada de su hermano John.

—Ella es la hermana de John: Jessica —la presentó Senta con vivacidad—. Ha venido a ayudarnos a poner un poco de orden en esta casa y nosotros nos sentimos muy felices de que así lo haya hecho. Ya ha demostrado sus habilidades en el patio, donde comeremos nuestras salchichas asadas.

Jessica mantuvo su agradable sonrisa mientras le presentaron a Helen y a su esposo Slim y luego a Brad y Sally Jenks, quienes eran los únicos vecinos de la zona, aunque no habían nacido allí. Ellos, al igual que John y Senta, habían llegado recientemente al pueblo, en busca de tranquilidad, fuera de la ruidosa ciudad. Sin embargo, su estadía allí sólo sería temporaria, ya que, ambos hombres tenían importantes cargos en la ciudad de Kansas. Cuando las formalidades de las presentaciones llegaron a su fin, Matt se aproximó a ella, apoyando levemente su mano sobre la cintura de la joven. Jessica se sintió confundida por su falta de tacto: hacía muy pocos instantes, Matt había asegurado a todo el mundo que extrañaba muchísimo a su esposa. Pero él parecía estar mucho más interesado en Jessica puesto que la observaba con mucha calidez y le preguntaba qué deseaba para beber.

—¿Quieres algo liviano? —preguntó él bromeándola—. ¿O prefieres otra cosa más... audaz?

La actitud de Matt la hizo ruborizar. No se atrevía a mirarlo a los ojos aunque no evidenciaba haber perdido la calma.

—Prefiero algo suave, por favor —respondió sonriente—. Me temo que mi estómago no podría soportar ni siquiera el vino casero de Senta y mucho menos, las mescolanzas de John. Estoy sorprendida de que aún no haya sido arrestado por los hombres y como empleada del gobierno federal, todo lo que puedo hacer por él es evitar que lo atrapen.

Todos rieron por la broma de Jessica, pero su atención estaba totalmente distraída debido a la extraña actitud que había tenido Matt. Antes de dirigirse al bar a preparar un trago para ella, la estrechó ligeramente hacia él, para darle un breve abrazo. Jessica se percató de las miradas que ambas parejas invitadas habían posado sobre ellos y también, de los ojos satisfechos de John y Senta. Sin embargo, para Jessica aquella actitud estaba totalmente fuera de lugar. Se sorprendió preguntándose por qué Matt había sido tan poco cuidadoso, por qué le inspiraba esa reacción física tan familiar cada vez que la tocaba.

Una vez que Jessica tenía su copa en la mano, John propuso que todos salieran al patio y bajo su influencia y la de Senta, la reunión pronto adquirió un tono festivo. Afortunadamente, eso sirvió para que Jessica lograse equilibrarse, especialmente, porque Matt, después de habérsela pasado todo el tiempo observándola a ella exclusivamente, distrajo su atención con Brad, con quien comenzó a discutir el tema de la recesión, relacionado con los efectos que causaba en su empresa de agentes de bolsa y corredores.

Senta estaba muy ocupada preparando su mesa de picnic y Jessica trataba de prestar su colaboración, haciendo el papel de coanfitriona y conversando con las otras dos damas. Mientras tanto, John y Slim estaban encargados de atender el fuego. Jessica ya estaba a punto de lograr su habitual tranquilidad y buen humor, cuando Senta la apartó de la reunión por algunos instantes, aprovechando la oportunidad para alentarla.

—¿Está todo en orden? —susurró ella—. Te ves mucho mejor ahora que cuando bajaste para reunirte con nosotros.

—Estoy bien, Senta —dijo Jessica casi impaciente, porque no quería discutir con ella el tema de cómo se había sentido al escuchar las palabras de Matt referidas a su esposa.

—Como el demonio —agregó Senta secamente—. Estás preocupada porque sabes que Matt sigue pensando en Lila, ¿no es

cierto?

—Senta... —El tono de voz de la joven estaba adquiriendo una nota de advertencia, mientras que sus ojos esmeralda le imploraban comprensión.

—No te preocupes, Jess. —Senta hizo un gesto de impaciencia—. Sé que no es el momento ni el lugar para discutir este tema en detalle, pero sólo deseo formularte una pregunta: —Si yo me muriese, ¿qué preferirías: que John se la pasase llorando por mi muerte durante el resto de sus días o que encontrase otra mujer, que lo hiciera feliz y que le hiciera disfrutar otra vez de la vida?

Sorprendida por la pregunta de Senta, Jessica se limitó a mirarla un instante.

—No importa, Jess. No tienes que responderme ahora. Piénsalo y más tarde lo discutiremos.

—¿Qué es lo que discutirán más tarde? —susurró Matt en el oído de Jessica, confundiéndola, ya que ella no lo había oído aproximarse. Evidentemente, Senta sí se había percatado de ello, puesto que les dedico una amplia sonrisa y luego se marchó, dejando a su cuñada sola para que se las ingeniase en inventar una respuesta.

Matt pasó su brazo sobre el hombro de Jessica y la llevó hacia la fogata. La hizo sentar sobre un tronco y él también se sentó a su lado, sin apartar su brazo del hombro de la muchacha.

—¿Estaban hablando de mí? —la presionó él, aproximando su boca a la oreja de Jessica para formular la pregunta.

Jessica echó una mirada a su oscuro y atractivo semblante y luego volvió a mirar hacia delante inmediatamente. Trató de que su voz sonara hosca, con la esperanza de liberarse de aquel hechizo que su presencia ya estaba creando sobre ella:

—Ya te estás tornando demasiado engreído, Matt Bold ¿Qué demonios te hace pensar que eres la única persona en el mundo de quien se puede hablar? —Jessica sintió deseos de salir corriendo, pero Matt la tenía con tanta firmeza que al menor movimiento, la tomó con más fuerza para que permaneciera donde estaba.

—Entonces te creo que no estaban hablando de mí —dijo Matt con mansa inocencia. Sin embargo, sus ojos no se veían para nada inocentes cuando la hizo mirarlo, tomándola por el mentón—. Y seguramente debo de haberme equivocado cuando creí leer mi nombre en los labios de Senta.

Jessica hizo una mueca con los labios y lo miró.

—Siempre estás haciéndome preguntas a mí, Matt. Me pregunto qué harías tú si de pronto fuese yo quien comenzara a ametrallarte con interrogatorios. —Matt salió del paso con una respuesta

ocasional y Jessica se enfureció más todavía.— Puedes guardarte tus secretos, señor Bold. ¡Para que lo sepas, no tengo ni la menor curiosidad por enterarme de ellos!

Inesperadamente, Matt suavizó su expresión y bajo su espesa barba, se vislumbró una socarrona sonrisa:

—¿No? —preguntó tiernamente—. Perdóname Jessica, pero no te creo. Es más, creo que te mueres de curiosidad por averiguar todo lo referido a mi pasado. —Se interrumpió y luego agregó, en tono muy íntimo:— Del mismo modo que yo me muero por conocer el tuyo.

Jessica no sabía si enfadarse o echarse a reír. Estaba molesta por la vanidad de Matt y al mismo tiempo, satisfecha por la confesión que él había hecho respecto de su curiosidad. Luego, fue Matt quien soltó la carcajada y deslizó su mano hasta la cintura de ella para darle un breve abrazo.

—Nos desembarazaremos de nuestras respectivas curiosidades más tarde, querida —susurró él—. Tendremos todo el tiempo del mundo para hablar en nuestra cama, luego de haber hecho el amor.

Con aquella excitante promesa retumbando en los oídos de Jessica, lo vio alejarse hasta el sitio donde Senta estaba dando los últimos retoques a su mesa de picnic.

Jessica se sentía bastante segura hasta que, una vez que todos habían terminado de cenar y de acomodar las cosas y se habían sentado alrededor de la fogata para cantar y narrar historias, Matt la hizo sentar nuevamente junto a él. Después de todo, estando todos presentes, Matt no podría hacerle absolutamente nada y, además, ella tendría la oportunidad de disfrutar de su proximidad, de su fragancia masculina, de la calidez de su brazo que la rodeaba y al mismo tiempo, no tendría que preocuparse: Matt no podía turbar sus sentidos.

Su tranquilidad duró tanto como dos minutos: Matt evidenció a las claras que era capaz de ejercer sus poderes con un grado de creatividad admirable. Era alarmante todo lo que él podía conseguir.

Matt le rodeó la cintura y luego apoyó su mano en una cadera de Jessica. Ella permaneció tiesa y luego se relajó falsamente, bajo la seguridad de que él había comenzado a cantar junto con todo el grupo. En consecuencia, se decidió a cantar. En ese momento, Matt deslizó su mano por debajo del dobladillo de la tricota de Jessica y comenzó a acariciarla. La muchacha volvió a paralizarse y el magnífico tono de soprano que tenía se tornó abruptamente en un alto.

Le echó una furtiva mirada para que se quedara quieto, pero al notar que Matt estaba absorto en su canto, decidió que no era

necesario apartarse. Quizá, sus caricias sólo fueran un gesto ausente y ella probablemente estuviera empezando a tener los síntomas de una paranoica cuando de él se trataba.

Sin embargo, la otra mano de Matt la atrajo contra su cuerpo con más firmeza, para aprisionarla. La mano que estaba sobre la cintura se movía de arriba a abajo, produciendo terribles temblores en la espalda de Jessica. Se dio cuenta de que tendría que haberse movido, si Matt le hubiera dado la oportunidad, puesto que prácticamente, la tenía inmovilizada. El sitio donde estaban sentados estaba a oscuras y como todos los demás estaban rodeando la fogata, sin alcanzar a ver la imagen de ellos, Jessica se percató a su pesar, de que Matt tenía toda la razón del mundo en no interesarse por el hecho de tener ambos brazos alrededor de ella. ¡Y todavía seguía cantando tranquilamente!

Aquellos cálidos y juguetones dedos seguían subiendo y bajando por la espina de Jessica, dibujando sobre ella locos círculos y haciéndola estremecer de placer, aunque con la mirada lo reprobase y le exigiese mejor comportamiento. Sin embargo, sus miradas fueron en vano: Matt seguía con la vista fija en otra parte. Parecía completamente absorto en su canción, más que en lo que estaba haciendo debajo de la tricota de Jessica. Pero ella sabía que no era así: especialmente, porque en uno de esos viajes de ascenso y descenso, Matt desabrochó el seguro de su sostén. Jessica estaba congelada y luego comenzó a inquietarse y se preguntaba cómo podía hacer para detener a su verdugo diabólico sin llamar la atención de todos los presentes.

La muchacha había decidido cambiarse de sitio no bien la canción estuviese terminada, pero... de pronto, Matt deslizó la palma de su mano, abarcando por completo uno de sus senos y la asió con tanta firmeza que jamás habría podido zafarse de él sin iniciar una evidente lucha.

Matt seguía cantando y ella también fingía aunque, en un momento dado, debió morderse los labios para no dejar escapar un grito, mezcla de sorpresa y placer: él había atrapado el pezón de la joven entre sus dedos índice y pulgar, ejerciendo un sensual masaje que dio a Jessica deseos de gemir en voz alta.

Prisionera de ese abrazo y casi sin poder soportar más el tormento de aquellos dedos, Jessica se sintió tan indefensa como jamás en su vida se había sentido. Estaba más que exasperada porque lo peor de todo era que, en realidad, ella no deseaba que Matt se detuviera y también presentía que Matt era consciente de sus sentimientos como para detenerse por iniciativa propia. Para decir la

verdad, era inútil tratar de ocultar su respuesta cuando su pezón estaba en el estado máximo de erección y todo su cuerpo se estremecía de placer.

La primera canción terminó. Sin embargo, Jessica se sintió tremendamente irritada cuando Matt sugirió inmediatamente que cantasen otra. El mismo se encargó de iniciarla, con un profundo tono de barítono y todos los demás lo acompañaron complacidos. Matt parecía un inocente angelito, disfrutando de alguna candorosa diversión, cuando en realidad, era un diabólico seductor. Jessica alzó la mirada hacia él, con una falsa sonrisa estampada en su rostro, aunque sus ojos emitían furiosas llamas. Matt le devolvió la mirada, haciendo una mueca traviesa con su barba.

Matt interrumpió su canto para advertirle en tono bajo:

—No estás cantando, Jessica. ¿Acaso no estás divirtiéndote?

—Ten por muy seguro que no —le susurró, esforzándose por no huir despavorida.

Matt sólo se limitó a tomarla con más fuerza, sonriéndole socarronamente:

—Mentirosa —murmuró.

Volvió a alzar la cabeza para cantar otra vez.

De vez en cuando, cada vez que alguien la observaba, Jessica trataba de cantar, hasta que finalmente se rindió al placer de los manipuleos de Matt. Simplemente, era demasiado difícil para ella fingir que no sentía nada cuando aquellos avasalladores dedos la acariciaban. La excitaban tanto que estaba a menos de un paso de caer en una pasión total.

Luego de la tercera canción, Jessica no era más que una temblorosa masa de pura sensualidad. En ese momento, Matt había ya abandonado su seno para explorar nuevos territorios. Jessica, con un incrédulo sentido de descreimiento por su propia perfidia, se había enderezado para permitirle mejor acceso a la parte inferior de su cinturón por debajo de sus jeans. Si ella no hubiese estado tan ocupada disfrutando de esas caricias, habría sentido deseos de gritar por su propia incapacidad de luchar contra la dominación sexual que Matt ejercía sobre ella.

Matt estaba tan seguro de que la tenía totalmente sometida, que hacía rato que la había soltado con la mano izquierda. Jessica se sentía humillada: a partir de ese momento se había transformado en una prisionera voluntaria, nadie la presionaba para que se mantuviera junto a Matt y sin embargo, no había movido ni un pelo para alejarse de él.

Jessica se desanimó, con alivio o con molestia, cuando el resto

del grupo recordó que esa noche y a esa hora había un programa especial en la televisión y decidieron entrar a la casa para mirarlo. Matt la soltó y se puso de pie, pero si Jessica pensó que las circunstancias la habían liberado de las atenciones de Matt, pronto se daría cuenta de que estaba en un grave error.

—Vayan ustedes adelante —dijo Matt a los otros con toda naturalidad—. Jessica y yo nos quedaremos aquí un rato para... para apagar el fuego.

Jessica comprendió el doble sentido que sus palabras encerraban, aunque dudaba que los demás se hubieran percatado de ello. Quiso protestar pero Matt se lo impidió con una simple mirada. Ya debilitada, Jessica se veía capitulando ante lo inevitable, aunque era consciente de que sería un grave error, permanecer allí afuera, con Matt, cualquiera fuera la excusa que inventasen para ese fin. Sin embargo, cerró los ojos y permaneció quieta donde estaba, segura de que tendría que arrepentirse más tarde de su actitud.

No bien hubo desaparecido todo el mundo, Matt apagó el fuego en tiempo record y se aproximó a ella. El pequeño descanso que Matt le había dado había conseguido que la joven se recuperase un tanto, aunque no del todo, por supuesto. Cuando él la estrechó, empujándola hacia la oscuridad, Jessica sólo pudo elevar una débil protesta. Sin embargo, cuando su boca estuvo totalmente cubierta por la de él, en un apasionado beso, la poca resistencia que le quedaba desapareció totalmente.

Cuando Matt abandonó los labios de la muchacha para atormentar entonces su cuello, ella logró gemir:

—No creo que ni siquiera me gustes, Matt Bold. —Sin embargo, sus palabras perdieron todo el sentido cuando lo rodeó con sus brazos y lo atrajo hacia sí con pasión.

Ella lo oyó soltar un gemido de descreimiento y no se sorprendió al escuchar que le decía:

—Mentirosa... —con su tono suave y tierno.

—Es verdad —protestó Jessica débilmente, temblando cuando su mano se posó en su seno—. Sólo un hipócrita y falso político podría comportarse de esta manera.

El cuerpo de Matt permaneció tieso durante unos segundos y luego, un extraño y peligroso brillo se encendió en sus ojos.

—Con cuidado, mi amor —dijo él, en suave advertencia, aunque sus manos continuaban su minuciosa investigación—. Ya me has herido lo suficiente y si haces que me enoje, convertirás lo que yo planeo como una tierna seducción en algo igualmente placentero pero mucho más salvaje.

Jessica protestó, tratando de que sus lamentos tuvieran algo de fuerza.

—No tienes tiempo para seducirme, Matt —dijo ella, molesta al descubrir que sus palabras sonaban más como las de una niñita haciendo pucheros que como las de una mujer adulta—. Alguien vendrá a buscarnos muy pronto y, aquí no hay ni sábanas limpias ni cama firme, ¿recuerdas?

La mirada de Matt le expresó que ya había llegado demasiado lejos. Luego, utilizando las dos manos, atrajo la boca de Jessica hacia la suya.

—¿Te hace sentir esto como que me he acobardado y tengo el rabo entre las piernas? —le preguntó iracundo. Le soltó los labios para tomarla por el brazo con más violencia y luego la llevó hasta el frente de la casa abruptamente—. Obviamente, Jessica, te gusta vivir corriendo peligro —le dijo él con un tono que la alarmó—. Creo que será mejor que te demuestre lo peligroso que puedo llegar a ser.

Jessica se tropezó con un obstáculo que había en el suelo. Sin interesarse en el pequeño incidente, Matt la empujó hacia su Jeep.

—Matt, detente —protestó ella, sintiéndose atemorizada por las emociones que había producido en él—. No necesitas demostrarme absolutamente nada —dijo ella al ver que Matt no tenía ninguna intención de escuchar sus protestas—. Aún no soy tu esposa, ¿recuerdas?

Matt guardó silencio pero continuaba arrastrándola y Jessica sintió que el pánico comenzaba a apoderarse de ella. Dejando de lado lo mucho que lo deseaba, no quería comenzar su historia de amor con enfado.

—Matt, escucha, lo siento. —Estaba decidida a tratar por otros medios, con la esperanza de que diera buenos resultados.— No debí haber dicho eso acerca de los políticos y tampoco fue mi intención hacerte enojar con la espera. Es sólo que necesito tiempo para hacerme a la idea, de... de...

En ese momento, ya habían llegado hasta donde estaba el Jeep y como si Jessica no hubiera pronunciado ni media palabra, Matt la condujo hacia el interior y se sentó al volante. Un segundo después, encendió el motor y los neumáticos levantaron una enorme nube de polvo cuando velozmente, encaminó el vehículo hacia la carretera.

Serio, silencioso y viéndose cual si fuese un hombre primitivo de la prehistoria, Matt conducía su Jeep en completa concentración. Jessica estaba acurrucada en su asiento, echando ansiosas miradas a Matt cuando apartaba la vista de la carretera. Sentía que por momentos, su corazón se detenía.

—Matt... —Jessica había intentado hablarle por última vez, cuando se dio cuenta de que él no estaba escuchándola.

En muy poco tiempo, llegaron hasta la casa de Matt. La hizo bajar del Jeep con violencia y del mismo modo, la condujo hasta la puerta. Cuando la empujó hacia el interior, trató de protestar nuevamente, pero debió cerrar la boca: Matt estaba besándola con tanta pasión que hizo arder sus labios y morir sus palabras. Luego, la tomó entre sus brazos y comenzó a subir las escaleras. Jessica sabía que estaba perdida: a menos que sucediera un milagro, en poco minutos estaría sometida ante él, haciendo el amor bajo pésimas circunstancias.

Sólo quedaba una cosa por hacer. Si lo que estaba por ocurrir era inevitable, tal como se lo estaba advirtiendo la mirada de Matt, lo menos que podía hacer la muchacha era tomar la iniciativa para que aquella seducción fuera todo lo dulce y tierna que Matt le había prometido al principio.

—Matt... querido, por favor. —Jessica hundió los labios en su cuello, siendo su voz una suave súplica, sus labios cálidos contra las agitadas pulsaciones de Matt que latían salvajemente.

Matt se detuvo durante una décima de segundo, cuando Jessica ya había perdido toda esperanza de conquistarlo. La miró con ternura en sus ojos:

—No te preocupes, cariño —susurró él contra la mejilla de la joven—. No te haré daño. Está muy lejos de mi intención... —Sus palabras sonaban como las más dulces del mundo, transmitiendo el deseo que sentía hasta las venas de Jessica.

Ella se había dedicado a satisfacer sus deseos mientras él continuaba su marcha hasta la habitación. Una vez allí, la tendió sobre la cama y, contemplándola, comenzó a desabotonarse la camisa. A Jessica no se le escapó el detalle de sus manos: temblaban ligeramente. Jessica tragó saliva para disolver el nudo que tenía en la garganta antes de implorar por última vez.

—Matt, escucha... por favor... Pienso que sería mejor aguardar hasta que nos conozcamos mejor. Aún no estoy preparada para esto. Yo...

—Dímelo después que hayamos hecho el amor, cariño. —El tono de voz de Matt se oía sereno, aunque con los matices propios de la pasión y el deseo incontenibles.

Matt ya se había liberado completamente de sus ropas. Jessica lo contempló tratando de ahogar el gemido de deseo que sintió al ver su maravillosa estampa frente a ella.

—Hablo en serio, Matt —le aseguró agitada—. No deberías

forzarme a que haga el amor contigo… —La voz de la joven se fue apagando al comprobar que la expresión de Matt le aseguraba que jamás habría utilizado la fuerza para seducirla… al menos, no de una manera brutal.

Luego, se acostó junto a ella, estrechando su cuerpo contra su desnudez.

—Jessica… querida —murmuró contra su boca y con la voz ronca de emoción—. ¿Ves lo que me haces? —le preguntó, al tiempo que le tomaba la mano y la apoyaba sobre su miembro—. ¿No te das cuenta de que puedo lograr que me desees de la misma manera? ¿No deseas colaborar conmigo para hacer que esto sea maravilloso?

Bajo el efecto hipnótico de su voz sensual y del tormento de su boca, Jessica empezó a abandonar sus fuerzas rápidamente. Cuando Matt comenzó a desvestirla, apenas podía fingir resistencia y al desnudarla completamente y contemplar la blanca piel de la joven bajo la luz de la luna, Jessica supo que ya no podría protestar más. Los ojos de Matt se habían oscurecido aun más por el placer y eso era lo único que contaba. No era solamente él quien había llegado a alcanzar el máximo de excitación, sino que ella también comenzaba a arder tanto que sus débiles entrañas se habrían rehusado a obedecer las advertencias que su mente, inútilmente les daban.

—Eso es, mi dulce Jessica —murmuró él mientras la joven comenzaba a recorrer la transición de pasar de ser una mera seguidora, bajo la conducción de Matt, a una activa participante en buscar el clímax de ella y el de su compañero—. Ven conmigo. Vayamos juntos al paraíso.

Desde ese momento y en lo sucesivo, Jessica se transformó en el instrumento y en la instigadora de un dulce, caprichoso y apasionado sentimiento. Traicionaba sus emociones cada vez que tocaba la caliente carne de Matt con sus temblorosas y anhelantes manos, cada vez que podía besar los sitios más recónditos que sus labios podían hallar, para saciar sus deseos y disfrutar de aquel hombre con todos sus sentidos. Y mientras lo remontaba hacia una distracción apasionada, Jessica le demostraba una gran reciprocidad, estremeciéndose por el mínimo contacto con su piel. Era todo tan natural y también, tan nuevo. Ella conocía el punto exacto donde, negarse todos esos placeres, habría significado dañarse al máximo. Matt posó todo su cuerpo sobre el de ella con un breve movimiento. Su fuerza y poder hicieron que la joven gimiera de deleite y su aliento se fundió con el de él.

—¡Por Dios, Jessica…! —Exclamó Matt mientras ella enterraba sus uñas en la espalda de él y se retorcía de placer bajo su cuerpo.—

¡Es esta la razón por la cual siempre te he dicho que nos pertenecemos el uno al otro! ¡Esto es nuestro…!

Matt ahogó sus propias palabras, atrapando con sus labios la boca de Jessica, para introducir su lengua en ella e inspeccionarla como si estuviera penetrando en todo su cuerpo. Jessica imitó una caricia idéntica y al mismo tiempo sintió que Matt explotaba de placer y sus sentimientos provocaban en ella tal éxtasis que hasta el aliento de él parecía invadirla. Jessica estaba gozando tanto de ese amor, de esa locura que cualquier pensamiento, cualquier emoción distinta a la satisfacción carnal y sentimental que estaba experimentando, desapareció por completo tras la posesiva inmensidad de sentirse apropiada y… dueña a la vez de quien para ella era… ¡el único hombre del mundo!

CAPITULO IX

Jessica se acurrucó sobre un lado, dándole la espalda a Matt. Estaba confundida y también, algo resentida porque al final, Matt había hecho exactamente lo que le había prometido, aunque ella había gozado de cada minuto de ese mágico proceso. No sabía si disfrutar el recuerdo del placer experimentado o vestirse de inmediato y salir corriendo, para que él se diera cuenta de que no podía pasar por encima de sus sentimientos cada vez que se le ocurriera.

—Lo siento si lo he hecho demasiado rápido, Jessica —dijo Matt, con voz lenta, un tanto incierta y apesadumbrada. La joven debió contenerse para no volver el rostro hacia él y reconfortarlo—. Si se dio así fue porque durante el último año, he estado acumulando demasiadas emociones y tú has logrado encender la chispa que las hizo explotar.

Jessica se quedó tensa, dolorida e indignada, puesto que ignoraba si Matt le había hecho el amor para olvidar sus frustraciones relacionadas con su fallecida esposa o porque la amaba... a Jessica. Al notar que no estaba capacitada como para enfrentar esa posibilidad, la muchacha debió luchar contra sí para mantener el sentido común.

—¿Te molestaría explicarme eso, Matt? —preguntó con voz temblorosa—. No quiero suponer que sólo he sido un instrumento que estuvo al alcance de tu mano cuando sentiste la necesidad de estar otra vez con una mujer.

—Sabes bien que eso no es cierto, Jessica —respondió Matt rápidamente y Jessica sintió que su voz no era del todo fluida, sonaba algo preocupada.

—¿En serio? —preguntó casi formalmente—. Tal como tú y yo lo hemos admitido, no nos conocemos lo suficiente. Esa es la razón por la cual...

Jessica se interrumpió, descubriendo que mentiría si dijese que sentía el no haber esperado a conocerse bien antes de hacer el amor. No existía nada en el mundo que la hiciera arrepentirse del frenesí que sintió al experimentar aquella mágica sensación de unidad.

La joven oyó un suspiro y luego sintió que Matt apoyaba la mano sobre su hombro, tratando de hacerla girar para verle el rostro. Se quedó inmóvil y se resistió por un breve lapso, pero había algo que parecía estar implorando comprensión en aquel contacto y por ello, Jessica accedió.

—¿Qué conoces de mi pasado, Jessica? —preguntó Matt serenamente.

—Solamente que estabas a punto de ser un gran político… que abandonaste la carrera cuando… cuando tu esposa… fue muerta… —Jessica volvió a dudar. No sabía si se atrevería a repetir aquella habladuría de que Matt estaba teniendo una relación extramatrimonial cuando su esposa falleció y que Lila, probablemente, se había suicidado a raíz de ello.

—¿Y…? —la presionó Matt, con su voz un tanto espantada.

Jessica inspiró profundamente, y decidió hablarle con franqueza.

—Y que también… hubo algunos indicios de un escándalo… porque se decía que tú… mantenías una relación secreta con otra mujer y que tu esposa…

La joven detuvo su relato al sentir que Matt la apretaba cada vez más fuerte.

Fue entonces cuando Matt la soltó y se recostó sobre su espalda. Permaneció en silencio durante tanto tiempo que Jessica sospechó que sus palabras habían logrado poner fin a la conversación entre ambos. No obstante, Matt comenzó a hablar nuevamente y Jessica fue la que guardó silencio, deseando poder hacerle las cosas más sencillas para relatar los hechos que, ciertamente, no le resultaban nada fácil de revelar.

—Yo amaba a mi esposa, Jessica. —Matt comenzó con un tono muy duro, pero a pesar de ello, su voz se oía un tanto agónica—. Nos habíamos criado juntos y ella siempre me había gustado, pero jamás salimos juntos hasta el último año de la universidad. Luego nos dimos cuenta de que esperábamos las mismas cosas de la vida y nuestro cariño se transformó en amor. Ella estuvo siempre detrás de mí, durante el cien por ciento de mi camino y trabajando tan duro como lo hacía yo para convertir nuestros sueños en realidad.

La voz de Matt comenzaba a perderse lentamente, como si él hubiese estado sumido en la meditación. Cuando Jessica creyó haber podido controlar su voz, preguntó suavemente:

—¿Y cuáles eran esos sueños, Matt? ¿Te importaría contármelos?

Matt suspiró profundamente y luego volvió a posar toda su atención en ella.

—No, no me importa contártelos a ti, Jessica —dijo él tiernamente. Aquél énfasis que Matt había puesto en ese breve pronombre hizo que la muchacha sintiera un gran alivio: estaba orgullosa al saber que era alguien tan especial para Matt—. Queríamos que nuestras vidas sirvieran para algo —continuó—. Ambos nos criamos en familias de políticos y desde que he tenido

uso de razón, todos tenían muy en claro que yo también sería un político, Jessica, pero no fueron sólo las expectativas de mi familia lo que hizo que yo llegase tan lejos. —Matt hablaba en un tono reminiscente.— Lejos de eso: parecía algo inquietante, muy interesante para mi vida, a juzgar por lo que yo mismo había visto acontecer en la vida de mi padre. Lo amo y lo respeto muchísimo y no siento ninguna vergüenza en admitir que siempre he querido seguir sus pasos, aunque también tengo la intención de llegar aún más lejos.

Aquella frase tan simple, enterneció a Jessica, quien permaneció inmóvil, escuchando atentamente a Matt abrir su corazón.

—Seguí al pie de la letra el programa esperado —continuó él, encogiéndose de hombros, como si nada de su pasado tuviera importancia para él en ese momento—. Tuve un cargo como funcionario público, estudié en la facultad de derecho y también trabajé durante un tiempo para el gobierno de la ciudad. Todo marchaba sobre rieles y Lila y yo constituíamos una pareja tan feliz como cualquier otra. Cuando me llegó el verdadero momento de presentar candidatura, Lila estuvo junto a mí para lograr ese propósito e incluso, se dedicó mucho más que yo para ganar las elecciones.

Jessica percibió una creciente tensión en Matt e inconscientemente, se extendió para tomarle la mano. Matt la estrechó también inconscientemente, como si necesitase estar tomado de algo con mucha firmeza para continuar con la otra parte de su relato.

—Durante la campaña, Lila estaba embarazada —continuó él, con tono ronco—, pero no pude hacer nada para que ella no acelerase tanto su ritmo de vida. —Matt pareció no haber escuchado el suspiro que Jessica soltó al enterarse que en aquel desafortunado accidente de aviación, Matt no sólo había perdido a una esposa sino también a un hijo, factor que destruyó todo su mundo.— Le había dicho que no asistiera a aquella reunión —gritó Matt, sin darse cuenta de que estaba dañando la mano de Jessica con el fuerte apretón—. Le especifiqué que no era tan importante. En ese momento no pude ir yo personalmente pero le dije que lo intentaría después. Sin embargo, Lila no quiso escucharme…

Jessica no estaba completamente segura, pero le pareció haber escuchado un sollozo e, instintivamente, se aproximó a Matt y lo rodeó con el otro brazo para tenerlo más cerca… para tratar de que su dolor le pasara un poco a ella y de ese modo, poder tranquilizarlo. Matt abarcó el cuerpo de la joven y lo estrechó con

firmeza. Entonces Jessica descubrió que estaba llorando: su pecho estaba ejerciendo toda la fuerza que podía para ahogar los sollozos y sus mejillas estaban bañadas en lágrimas, las cuales humedecieron también la frente de ella.

—Tranquilízate, Matt. Ya ha sido suficiente —murmuró ella de pronto, calmándolo… acunándolo cual si fuese un niño—. No tienes necesidad de seguir hablando si no quieres…

Luego de unos minutos que parecieron eternos, Matt logró calmarse, aferrándose a Jessica cual si fuera su salvación. Finalmente, la soltó y se relajó completamente sobre la cama. Jessica se acomodó a él y comenzó a acariciarle el rostro, el hombro, el brazo con mucha suavidad, demostrándole todo su amor en cada caricia.

—Necesito hablar de esto, Jessica —dijo él con débil coraje—. Nunca lo he hecho. Jamás había podido… hasta este momento.

Moviendo la cabeza para tratar de verlo a pesar de las penumbras, Jessica extendió su mano para enjugarle las lágrimas y luego dijo muy delicadamente:

—Entonces, hazlo, Matt. Cuéntame todo. Estoy aquí para escucharte, cariño.

Y, tomando aire, lo hizo.

—Había un desperfecto en el avión. Lila salió corriendo para asistir a esa maldita reunión sin esperar a que reparasen el avión como era debido. —Su voz sonaba salvaje por la ira que sentía, aunque Jessica sabía que su ira no estaba dirigida a su esposa sino al mismo destino. —Siempre había sido muy cabeza dura pero yo ya me había habituado. Es más, me agradaba su testarudez —dijo con mayor tranquilidad—. Pero pensé que sería más cuidadosa… que me escucharía… sobre todo, por el bebé. Ella lo deseaba tanto como yo.

En ese momento pareció que Matt estaba a punto de estallar otra vez, pero Jessica lo estrechó con gran firmeza contra sí, hasta que la respiración le volvió a la normalidad y consiguió controlarse.

—No me escuchó por nada del mundo. Estaba tan obstinada en llegar al lugar donde ella quería que le costó la vida… y también la de nuestro hijo.

—Matt… querido… Lo siento mucho…

Jessica estaba a punto de romper en lágrimas y su voz se quebró al pronunciar la última palabra. Matt la abrazó, comprendiendo en silencio, la sincera compasión de ella. Jessica se le colgó del cuello deseando que pudiera haber algo… cualquier cosa… que estuviera al alcance de sus manos para ayudarlo. Estuvieron tendidos allí durante un rato hasta que Matt dejó de ofrecer y recibir palabras y

caricias de aliento. Luego logró proseguir.

—Y luego comenzaron los rumores —dijo él con triste resignación, continuando el relato como si recién se hubiese detenido—. Cuando Lila quedó embarazada, su carácter cambió un poco. Ya no tenía tanta paciencia y a veces, discutía y reñía conmigo sin importarle quién estuviera delante. Supongo que esa fue la razón por la cual la gente empezó a comentar que no nos llevábamos bien. Pero eso no era verdad. Estábamos más enamorados que nunca.

—Lo sé, Matt —dijo Jessica tratando de calmarlo—. Lo sé.

Y sus palabras eran sinceras, aunque al conocer la verdad ella ya no sufría ni sentía celos. Sólo sentía pena por la mujer que había fallecido y que había tenido la dicha de recibir el amor de Matt y también por él, que había perdido aquel amor.

—En cuanto ella murió, ya nada me importó —continuó Matt—. Mi ambición había terminado con la vida de mi esposa y con la de mi hijo y me importaba un rábano lo que la gente pensara. Si mi vida hubiera dependido de mi carrera política, tampoco habría podido seguirla, porque ya no me interesaba vivir o morir, me daba igual. Por eso fue que vine hasta aquí a enterrarme solo y en vida.

En ese instante, Jessica guardó silencio y recordó la forma salvaje con la cual la había recibido la primera vez que llegó hasta la puerta de su casa en busca de ayuda. Se dio cuenta entonces de que Matt habría recibido así a cualquier persona que se atreviera a molestarlo en su retiro espiritual. Expresando sus pensamientos, murmuró:

—Ahora entiendo por qué te molestaste cuando me viste en la puerta de tu casa. ¿Pensaste que era una reportera?

Matt vaciló y luego con un tono de voz que era alentador por primera vez en esa conversación, dijo:

—No. Creí que eras una fanática perseguidora política.

Jessica frunció el ceño, totalmente sorprendida, luego elevó la cabeza para mirarlo.

—¿Una qué...? —preguntó asombrada.

Se sintió aliviada cuando Matt la abrazó con firmeza.

—Hay mujeres que idolatran a una figura política del mismo modo que las hay quienes persiguen a las estrellas de rock o de cine, Jessica. Parece ser que por una u otra razón, yo les atraigo —dijo él con gran modestia y Jessica no podía creer que Matt ignorase lo atractivo que era.

—Yo solía tratarlas muy tolerantemente —continuó Matt—. Sólo me reía de ellas y Lila hacía lo mismo. Pero una de ellas se apareció después de seis meses de haber muerto Lila —siguió lánguidamente — y yo ya no estaba con ánimos de espantarlas con una sonrisa. ¡La

mandé al diablo!

Con la esperanza de devolverle su buen humor y hacerle olvidar su pesar, Jessica dijo simpáticamente.

—Bueno, si tenemos que decir la verdad, también me mandaste al diablo a mí, Matt Bold. Pensé que te habías escapado del manicomio.

Para el alivio de Jessica, Matt rió pálidamente pero luego se tornó sombrío nuevamente al recordar.

—Sí, quería desembarazarme de ti, de acuerdo... aunque...

—¿Aunque...? —lo presionó ella.

—Aunque hubo algo de ti que me llegó al corazón aún en ese duro momento. Te veías como una pobre andrajosa sucia y por eso quise protegerte, pero todo lo que logré fue enfadarme aun más. He estado enfadado durante mucho, muchísimo tiempo, Jessica —dijo tranquila y nostálgicamente .

Jessica se aventuró a territorios más peligrosos.

—No puedo entender eso, Matt. Pero luego de nuestro primer encuentro ya no te veías enfadado, es más: no pareciste haber montado en cólera desde ese entonces hasta hoy... al principio...

La referencia de Jessica a su humor antes y durante el trayecto hasta su casa, hizo que Matt frunciera el ceño, como si tratara de imponerse a sí mismo un duro castigo.

—Lo sé, cariño. En realidad, no estaba enojado contigo. Desde la primera vez que te vi, de pie en la puerta de mi casa, pareciste aliviar mi dolor. Yo ya estaba en camino de reponerme, hasta que llegaste tú y fuiste una especie de catalizador. Pero esta noche... cuando dijiste lo que dijiste sobre los políticos... y me bromeaste por el tiempo que estaba esperando, cuando lo que estaba haciendo era luchar con uñas y dientes para hacerlo sólo por tu propia seguridad... —Matt meneó la cabeza y soltó un prolongado suspiro. — Supongo que todo el enojo que he estado acumulando durante estos últimos tiempos se desató de golpe, de una vez. Claro que me habría gustado no explotar en esta oportunidad. Siempre lamentaré que en lugar de hacerte sentir totalmente satisfecha la primera vez, te he intimado, apresurado tanto, que quizás hasta te haya hecho atemorizar.

Jessica se apresuró para tratar de aquietar su disgusto consigo.

—No te culpes, Matt. Creo que fui yo quien te hizo enojar para ganar tiempo. Pero no fue mi intención decir lo que dije acerca de los políticos. Puede que seas arrogante, pero no falto de principios.

Matt soltó una risita ahogada y se acercó a ella para juguetear con uno de sus rizos.

—¿Soy arrogante? —repitió Matt con un tono tan seco que en realidad, no ponía en tela de juicio la aseveración de Jessica—. Me pregunto si debo sentirme agradecido porque al menos me consideras un hombre de principios. Aunque no sé por qué has tenido la gentileza de atribuirme tal virtud, cuando yo, deliberadamente planeé todo lo referido a tu seducción. No comprendo por qué me he comportado de ese modo, pero tengo la sensación de que tú tienes la capacidad de hacerme tomar actitudes que ni yo mismo imaginaba que tenía.

Detrás de aquella voz suave y sugestiva, parecía ocultarse algo mucho más serio. Jessica trataba de no formarse ninguna conjetura al respecto y mantener los pies sobre la tierra.

—Matt... —Jessica pronunció su nombre como dudando.— ¿A dónde iremos después que nos vayamos de aquí?

Formuló la pregunta con total sinceridad. Jessica aún no había contado con todo el tiempo suficiente como para clasificar todos los pormenores que Matt le había contado. Todo lo que sabía, con increíble certeza era que Matt la necesitaba en ese momento... y que ella lo amaba lo suficiente como para permanecer allí, junto a él, durante todo el tiempo que él quisiera. Sin embargo, su futuro no estaba mucho más claro en ese momento de lo que había estado antes para ella, antes que Matt pusiera el sello sobre el amor que Jessica sentía por él, al tomarla completamente para sí y poseerla.

—Exactamente a donde te dije que iríamos, Jessica —dijo Matt con delicada firmeza—. Ya he vivido mucho del pasado y hoy tú me has enseñado que existe un futuro. Quiero ese futuro.

—Yo también, Matt —dijo ella con la misma firmeza—. Pero yo no soy Lila... —La joven se detuvo al pronunciar ese nombre, el cual, seguramente, habría de entristecer nuevamente a Matt.— Creo que no sería una excelente esposa para un político —se esforzó en agregar.

Para su alivio, la contestación de Matt fue satisfactoria, gratificante.

—No necesitas serlo. Yo encontraré alguna otra manera de hacer mi contribución. En cierto modo ya lo he hecho. Mi padre y mi hermano me mantienen informado acerca de los últimos acontecimientos y yo les doy mi opinión al respecto. Yo puedo trabajar como abogado y contribuir perfectamente en lo que se refiere a las cuestiones políticas sin necesidad de mostrar la cara y estar al frente de todo.

Para su sorpresa, la solución de Matt para su mayor dilema no la satisfizo en la forma esperada. Jessica echó la cabeza hacia atrás y lo

miró, formulándole la pregunta que tanto atormentaba su corazón.

—¿Pero tú serás feliz haciendo eso, Matt? —preguntó ella seriamente—. ¿Y te sentirías capaz de hacerlo cuando toda tu familia y un montón de gente piense que no te corresponde esa clase de actividad?

Matt tomó toda la cabellera de la muchacha en una mano y la empujó posesivamente hacia él.

—Contigo a mi lado, siempre seré feliz, Jessica —murmuró él—. No quiero perderme la oportunidad de ser feliz una vez más.

Y Matt la besó, con un prolongado, lento y envolvente beso que disipó todas sus dudas para concentrarse únicamente en la respuesta que su cuerpo daba a las caricias de su amado, en lugar de preocuparse por las preguntas que su mente le formulaba. Como reacción a su respuesta, el beso se tornó ferozmente posesivo, como una tierna oferta, o un pedido obligatorio y finalmente, pasó a ser una exigencia por todo lo que la joven tenía para darle. Las manos de Matt parecían muy cálidas en cada zona secreta y sensual del cuerpo de Jessica. Por momentos, se transformaban en urgente persuasión. Jessica accedió a sus caricias y ella misma se rindió al goce de acariciarlo de tal manera que jamás se habría sentido capaz de hacerlo antes de conocer a Matt.

Se incitaban el uno al otro con inmensa ternura, cual si fuera un maravilloso juego; se complacían en mutua comprensión y se poseían con tanta plenitud, que ambos parecían haber perdido la razón. Y aquella última posesión, era algo fantástico, que Jessica jamás había soñado.

Cuando todo llegó a su fin y ambos estaban tendidos uno junto al otro, con exhausta alegría, Jessica llegó a la conclusión de que ya no podría vivir sin ser poseída de esa forma.

CAPITULO X

—No permitiré que te marches —le dijo Matt, aproximándose a ella. Jessica estaba completamente vestida, mirando a través de la ventana la enorme y amarilla luna llena que iluminaba el cielo. Por detrás de ella, le rodeó la cintura con su brazo y apoyó sobre la cabellera de la muchacha.

—Lo sé —susurró ella suavemente, abrigada tanto por sus palabras como por su cuerpo—. Yo tampoco quiero marcharme. Pero tenemos tiempo, Matt. Hemos llegado al acuerdo de que no puedo irme de la casa John y venir aquí... contigo... No aún. No puedes introducirme dentro de tu mundo y de tu familia de pronto, como si surgiera de la nada.

Ella se volvió para enfrentarlo. Alzó la cabeza para darle un cariñoso beso con el cual le demostró todo el amor que sentía. Cuando retrocedió, Matt la estaba observando, con ojos felinamente famélicos, aunque su tono sonó un tanto indiferente al responder:

—Si la muerte de Lila y el último año transcurrido me han enseñado algo, Jessica —dijo él suavemente—, es que el tiempo tiene la facultad de hacerle trampas a las personas. Yo no lo tomo así, ahora.

Jessica pensaba que sería mejor para él volver a sus asuntos solo, al menos al principio, antes que aparecer de pronto, con una nueva esposa tomada del brazo.

Matt le evitó el hecho de que tuviera que expresar verbalmente su razonamiento.

—De acuerdo, Jessica. Si eso es lo que quieres, esperaremos. Pasemos nuestro tiempo ayudando a tu hermano y a Senta a poner en orden su casa. Luego iremos a la ciudad de Jefferson para que pueda poner en orden mi casa y para que, gradualmente, vayas conociendo a tu nueva familia. —Luego, Matt le clavó su brillosa mirada.— Pero la espera sólo se producirá en beneficio de las apariencias. Ya no puedo vivir sin tenerte entre mis brazos, luego de haber conocido lo que eso significa para mí.

Con una picara mirada que pronto se tornó en otra, muy sensual, Jessica asintió.

—Acepto todas sus condiciones de todo corazón, señor Bold —dijo ella con voz ronca—. Aún no logro comprender por qué ustedes los hombres, siempre tienen el tonto pensamiento de que nosotras no sufrimos las mismas necesidades que ustedes.

La respuesta de Matt fue una lenta sonrisa, devastadoramente

sensual.

—¿Estás necesitada ahora, Jessica Wren? —preguntó él, al tiempo que comenzaba una lenta exploración sobre su cuerpo, que amenazaba con terminar en el mismo lecho del cual acababan de levantarse.

—Sí —respondió ella en un repentino arranque de pasión—, pero como ya conozco lo que es abstenerse y, además, se ha hecho tan tarde, me temo que tendremos que dejarlo para otra ocasión. John y Senta deben de estar enloquecidos preguntándose dónde estoy.

Una placentera risa se dibujó en los labios de Matt, mientras se aproximaba a ella.

—Supongo que deben de haberse hecho a la idea de dónde estás ahora —murmuró al oído—. Y sobre todo Senta, sería la primera en darnos la bendición si así se lo pidiéramos.

—Seguramente —respondió Jessica secamente—. Hablando de gente sin principios… Tú y Senta sí que hacen una estupenda pareja en ese aspecto… —Luego, Jessica se apartó y clavó en Matt una celosa y burlona mirada.— Pero ese es el único aspecto en el que te permito que formes una pareja con ella.

—No te preocupes —prometió Matt solemnemente—. Tú eres la única con la cual puedo, o mejor dicho, quiero mantener una relación. Además —bromeó él inocentemente—, John me mataría si tratase de propasarme con su mujer.

—Y tu mujer lo ayudaría —exclamó Jessica con firmeza, sacudiéndolo suavemente como para enfatizar sus palabras.

—Estupendo —concedió Matt satisfecho—. Me gustan las mujeres que saben cómo pelear por su hombre. —Y luego, Matt la miró con amor, ternura y deseo.— Y también me gusta la mujer que sabe a quién pertenece. En suma, me gusta Jessica Wren… quien pronto será Jessica Bold.

—Matt, te amo tanto… —Alcanzó a decir Jessica antes que Matt le cubriera los labios con su boca.

—Y yo te amo a ti, Jessica —dijo él un instante después, con sus ojos haciendo eco a las palabras de la muchacha satisfactoriamente —. Y ahora, por mucho que odie hacerlo, será mejor que te devuelva a tu hermano por un rato. No quiero que venga a buscarte armado si decido retenerte aquí hasta el amanecer.

Jessica soltó una carcajada, al imaginarse a su hermano, furioso, con un arma en la mano, enfrentando al villano que había herido el honor de su hermanita.

—No te preocupes —rió ella—. John no tiene armas y si las tuviera, no podría usarlas debido a su blando corazón.

—Gracias a Dios —dijo Matt sonriente—. Creo que no quedaría muy bien que me apareciera en el altar lleno de agujeros.

Sin embargo, media hora después, cuando ella y Matt debieron enfrentarse con el iracundo John Wren en el vestíbulo de su casa, Jessica perdió la certeza de que su hermano tuviera un corazón tan blando.

—John, discúlpame si te he hecho preocupar… —comenzó ella, anticipándose a las miles de acusaciones que estaban a punto de aflorar en los labios de John—. Matt y yo hemos estado en su casa. Nosotros… eh… eh… —Y allí terminaron sus explicaciones.

Aquella era la primera vez que se enfrentaba a una situación en la cual tenía que rendir cuentas a su hermano por venir de la cama con el hombre a quien amaba.

Matt no tenía ninguna gana de tener delicadezas para con John, pero de todas maneras, mantuvo el tacto y la diplomacia.

—Necesitábamos estar un tiempo solos.

John trataba de aquietar su irritación y comprender las implicaciones que la frase de Matt había producido. Jessica se quedó pasmada al oír de boca de su hermano, la pregunta que jamás imaginó que formularía. Enfrentó a Matt y se miraron el uno al otro, de hombre a hombre. La expresión de John se veía un tanto apagada; la de Matt, imperturbable, aunque apenas confusa.

—¿Tienes intenciones de casarte con ella? —preguntó John.

—Absolutamente —respondió Matt tranquilamente.

—Si le destrozas el corazón, yo te destrozaré el cuello —le prometió John, después de haberse tomado un segundo para asimilar la respuesta que había obtenido.

—Estarías en todo tu derecho —dijo Matt con una tenue sonrisa.

—Absoluto derecho —dijo John con fuerza y luego, después de haber observado la desmesurada expresión de su hermana, hizo una sonrisa. —Y ahora que ya hemos arreglado todo el asunto, llamemos a Senta para tomar una copa y celebrar.

—John Wren… eres… eres un… —farfulló Jessica indignada, por haber sido víctima del pésimo sentido del humor de su hermano.

Matt estaba riendo y al estrecharla entre sus brazos, todo su enojo se esfumó. Luego, le llegó el turno a John: la liberó posesivamente del abrazo de Matt para estrujarla él en su lugar, quitándole el poco aliento que le quedaba para continuar sus reproches.

—¡Senta! —gritó John, dirigiendo su voz escaleras arriba. Un segundo más tarde, Senta apareció, con una mirada inocente y vestida con una bata blanca. Jessica podía apostar todo lo que

tuviera en favor de que su cuñada había estado escuchando todo lo conversado, aunque Senta se esforzara por aparentar que acababa de levantarse de la cama.

—¿Sí, John? —preguntó cándidamente, mientras bajaba las escaleras—. Oh... hola, Jessica. Matt

Hizo una leve reverencia con la cabeza para saludar a ambos, tratando de mantener una expresión indiferente, pero el brillo de sus ojos la delataba.

—Da por terminado el acto, Senta —ordenó Jessica secamente—. Tu oreja aún está colorada de tanto que la has apretado contra la puerta de tu habitación.

Senta se irguió, al tiempo que pronunciaba con desdén:

—No es verdad.— Y luego se soltó en una sonora carcajada.— Tenía la puerta abierta, tontuela. No vas a decirme que pensabas que me perdería el gran enfrentamiento, ¿no?

Senta la abrazó con gran cariño y luego, los cuatro, se dirigieron a la cocina para tomar su copa y celebrar el acontecimiento. Sin embargo, los festejos llegaron mucho más lejos que a una simple copa y cuando Jessica acompañó a Matt hasta su Jeep, una hora más tarde, el día ya estaba naciendo. La muchacha se sentía como si estuviera flotando en el aire. Un poco por la felicidad que la invadía y otro tanto, por las copas que había bebido.

—Matt. Me siento como si recién acabara de nacer —suspiró con una expresión de total felicidad, mientras contemplaba el nuevo día —. Nunca nada en mi vida logró equiparar este momento.

Matt le elevó el mentón con su dedo índice y la miró con sorna.

—¿Nada? —preguntó inocentemente.

Jessica ni siquiera se molestó en ruborizarse al escuchar la referencia de Matt a haber hecho el amor. Era casi imposible sentir vergüenza ante él y Jessica no tenia ni la más mínima intención de jugar a la tonta.

—Corrijo —entonó solemnemente—: debí haber dicho que nada en mi vida logró equiparar esta noche.

—Eso está mejor —murmuró él, inclinándose hacia delante para besar los labios de la joven—. Y ten muy presente que hay muchas otras noches por venir. Mi intención es que conserves esta maravillosa imagen.

—No dejes de hacerlo —le instruyó ella cálidamente.

Cuando Matt se alejó, la joven lo contempló, medio angustiada por su partida, medio invadida por la felicidad que había sentido esa noche.

Jessica durmió hasta el mediodía del día siguiente. Se despertó

con el cálido beso de Matt, que estaba sentado en su cama, junto a ella.

—Despierta, dormilona, antes que decida meterme ahí adentro y nos pasemos todo el día en la cama.

—Mmmmnmm —ésa fue la adormecida y feliz respuesta de Jessica—. ¡Qué delicioso proyecto! —Extendió los brazos, tratando de atrapar a Matt para tenderlo junto a ella, pero él se resistió firmemente.

—Seguramente lo es —dijo él con paciencia—, pero no creo que el liberalismo de John llegue hasta el punto de permitirnos que convirtamos su cuarto de huéspedes en un paraíso prenupcial. Además, está esperándonos abajo para que lo ayude a rociar el fertilizante.

—¡Uf! —El tono de Jessica pasó de ser sensual a disgustado al tiempo que guiñaba un ojo.— ¡Qué manera tan espantosa de comenzar el día!

Los ojos de Matt brillaban de burlona indignación hacia ella

—¿Acaso te estás refiriendo a mi beso de buenos días, mujer? —preguntó amenazante.

—No —respondió ella, sonriendo ante su feroz expresión—. Esa sí que es una maravillosa manera de comenzar el día. Me refiero a lo que John tiene en mente para ti.

—Sí, bueno... —Matt sonrió entre dientes, cuando una vez de pie, observó a la joven desperezarse, con un bostezo matinal.— Un hombre debe estar dispuesto a pagar cualquier precio como dote por su prometida. John es sólo apenas más diabólico que los demás.

—Me vestiré e iré a ayudarlos —dijo ella alegremente.

Matt detuvo todos los movimientos de la joven al abrazarla con todas sus fuerzas, levantándole los pies del piso.

—¡Matt!... —suspiró ella, al sentir que el cuerpo de Matt temblaba junto al de ella—. ¿Qué sucede? ¿Estás enfadado?

—¡Dios! ¡Sí que estoy enfadado! —gruñó él contra el cuello de ella—. ¿Dime qué hombre no lo estaría si tuviese que cambiar toda esta maravilla por ir a desparramar materia fecal de ganado vacuno?

Jessica soltó una sonora carcajada, aunque un temblor de amor la atrapaba terriblemente: ese hombre maravilloso se estremecía de placer por ella.

—Lo siento, cariño —dijo ella tratando de consolarlo cual si fuese un niñito inocente, mientras apartaba su oscura cabellera de su rostro y esparcía millones de besos sobre su piel—. Pero tenemos esta noche. John y Senta nos comprenderán si les decimos que necesitamos volver a estar solos.

Durante las siguientes tres semanas ocupaban todas las jornadas en ayudar a John y a Senta, mientras que por las noches, se abandonaban a la inalterable pasión que los invadía. Además, todo el tiempo que les quedaba libre entre una cosa y otra, lo empleaban en extensas conversaciones, que les sirvieron para conocer más acerca de sus vidas.

John y Senta insistían en que era indispensable tomarse unos días de sano esparcimiento para liberar las tensiones del trabajo. Fue por eso, que el primer fin de semana, hicieron los arreglos necesarios para ir de excursión al lago de los Ozarks, donde se podía nadar, remar y tomar un buen descanso.

El fin de semana siguiente se dirigieron a la ciudad de Silver Dollar, un entretenido paseo por un centro de artesanos dedicados a la práctica de manualidades antiguas, tales como elaboración de jabón, extracción de azúcar de sus respectivas cañas, trabajos de madera y fabricación de muñecas. Matt compró tantos recuerdos de aquel lugar, que los cuatro debieron colaborar para llevar los paquetes al automóvil.

Durante el tercer fin de semana, Matt le preguntó si ya había mandado la renuncia a su empleo. La expresión de asombro de Jessica le expresó claramente que no lo había hecho.

—No has pensado en ello, ¿verdad? —preguntó él y al ver que ella se lo negaba, le sugirió que lo hiciera de inmediato.

—Pero, Matt... —comenzó a protestar, repentinamente atemorizada. Acababa de darse cuenta de que debía echar todo su pasado por la borda y emprender un nuevo camino que, hacía tres semanas ni siquiera había imaginado que sería para ella.

—¿No piensas que tendrás que hacerlo pronto, Jessica? —fue todo lo que él dijo.

Jessica no pudo hacer otra cosa más que rechazar la idea y también sus brazos. Fue como si de pronto Matt se hubiera convertido para ella en un extraño autocrático.

—¿Y cómo se supone que voy a mantenerme mientras tú te acomodas en la ciudad de Jefferson? —preguntó ella un tanto molesta—. No puedo vivir contigo y tampoco puedo aceptar tu dinero.

La reacción de Matt fue una de sorpresa.

—Puedes vivir con mi familia —dijo él—. Y también puedes trabajar en mi oficina, conmigo. Seguramente, no tendrás ningún inconveniente en aceptar la remuneración que te ofrezca, ¿no es cierto?

Ahora fue Jessica quien se sorprendió.

—¡Pero ni siquiera conozco a tu familia, Matt! ¿Qué es lo que te hace pensar que ellos me recibirán con los brazos abiertos?

Jessica le volvió la espalda, exasperada, sintiéndose inexplicablemente irritada por primera vez desde que habían ordenado su relación amorosa.

Matt se aproximó a ella y la rodeó cariñosamente con sus brazos.

—Porque ya les he hablado sobre ti, Jessica —dijo él, mirándola a los ojos inquisitivamente, preguntándose obviamente, qué era lo que estaba sucediendo con ella— y ellos están ansiosos por verte. Estarían dispuestos a darle la bienvenida a quienquiera que haya logrado sacarme de mi auto exilio, pero eso tampoco durará mucho tiempo. Te querrán desde el primer momento que te vean y la gratitud, pronto habrá de transformarse en genuino afecto.

Jessica, se sintió preocupada y un tanto disgustada por no encontrar un medio viable para expresar sus sentimientos. No pudo hacer otra cosa más que enterrar su cabeza en el hombro de Matt y llorar desesperadamente.

Durante un rato, Matt la estrechó con fuerza y luego le alzó la cabeza.

—¿Qué hay de malo, cariño? —preguntó con ternura—. ¿Qué es lo que realmente está mal?

—¡Matt, no lo sé! —se lamentó frustrada, aunque él no pudiera solucionarlo, a menos que Jessica se lo explicase.

—Seguramente que sí —la apresuró con suavidad, al tiempo que masajeaba su espalda con cálidas manos y la observaba con amor en los ojos—. Dímelo —dijo él simplemente.

Luego de inspirar profundamente, Jessica se dio cuenta de que podía hacerlo.

—Tengo miedo, Matt —susurró—. Mientras estuvimos aquí, todo fue maravilloso. Pero muy pronto deberemos iniciar una vida nueva, en ambientes distintos y la vida que he llevado hasta este momento es tan distinta de la que me espera... Tengo miedo de no poder adaptarme a ella. Temo que no te sientas la misma persona cuando vuelvas a tus antiguas actividades. Creo que no soy más que una cobarde. —Jessica bajó la cabeza, sintiéndose avergonzada por sus temores, pero al mismo tiempo aliviada, por haber logrado contárselos.

—Jessica... —Para su tranquilidad, la voz de Matt no se oía impaciente, ni indulgente ni tampoco condescendiente. Parecía la voz de un hombre enamorado que aceptaba a su amada y también sus temores como legítimos.— Créeme. Te adaptarás y yo no cambiaré. Claro que hay que reconocer que todo será distinto de lo

que tú estabas acostumbrada. Ambos tendremos que ceder en algunos aspectos pero lo importante es que nos amamos. Y no permitiremos que el otro decaiga. Ten fe en mí y en ti misma. Mientras estemos juntos, todo saldrá bien.

—De acuerdo, Matt —murmuró ella contra su pecho—. Tiraré mi pasado por la borda y te seguiré. De todas maneras, no tengo alternativa: te amo demasiado.

Matt se aferró a ella con fuerza y su voz sonaba cual un agradable aliciente.

—Es la verdad, cariño, créeme. Con amor, podernos conquistar al mundo.

CAPITULO XI

Aquél era el último sábado antes que Matt y Jessica se marcharan a la ciudad de Jefferson. Por ello, ambas parejas decidieron pasar el día en la ciudad de Kansas, combinando el placer con la diversión: pensaban elegir el papel para las paredes, la pintura y los demás accesorios para la casa pero sin que tal actividad constituyera una obligación, sino un alegre entretenimiento.

Comenzaron el día en el famoso Plaza, un centro de compras al estilo español, característico por ser el primero de su clase en el país. Caminar en él era sumamente agradable puesto que se podía disfrutar de la belleza de sus fuentes y estatuas y de la arquitectura española. Tanto a Jessica como a Senta les habían prometido que hacia el final de la tarde, darían un paseo en un carruaje tirado por caballos, para que pudieran ver la zona en más detalle y sin cansancio de pies. Senta se lamentaba que hubieran hecho ese paseo con tanta anticipación a Navidad. Le aseguró a Jessica que realmente valía la pena ver todas las decoraciones y las luces típicas de esos festejos adornando el centro de compras.

—No te preocupes, Senta, la traeré otra vez —prometió Matt sonriente—. Yo ya lo he visto y no me gustaría que ella se lo perdiese.

Luego de haber atacado las tiendas del Plaza, ordenando una variada cantidad de artículos para la casa, se dirigieron hacia otro complejo de compras, llamado Crown Center, en el cual el aspecto cambiaba notoriamente; se trataba de un estilo griego que caracterizaba los petit restaurantes que el centro de compras ofrecía a sus visitantes.

Luego de haberse deleitado con las exquisiteces que saborearon con las grandes variedades de comida ofrecidas en el petit restaurante, recorrieron el complejo de tiendas principal, el cual contaba con un hotel, un centro de convenciones, diversas tiendas y restaurantes y una enorme fuente, ubicada en medio del hall que estaba a la entrada del edificio.

Cenaron en un elegante restaurante, situado en el último piso de un hotel del Plaza, el cual ofrecía un espectáculo musical con una banda típica. Jessica se sintió halagada cuando Matt se acercó a ellos y les pidió que ejecutaran una canción muy romántica en su honor Matt se unió al coro, expresando con su mirada, el verdadero amor que sentía por ella al pronunciar cada palabra de la letra de la canción. Las cuatro ventanas del restaurante vislumbraban una vista

panorámica del iluminado Plaza. Poco después, mientras disfrutaban del prometido paseo en carruaje, Jessica se acurrucó junto a Matt para disfrutar de la calidez física y emocional que se desprendía de su cuerpo.

Todo aquel día y su noche resultaron algo para recordar siempre y Jessica tenía en mente rememorarlos a menudo, con todos los detalles, aunque omitiendo algunos. No deseaba recordar a ninguna cajera ni a cualquier otra persona que hubiera visto en la calle, observando a Matt con gran intensidad, cual si hubiesen estado seguros de conocerlo pero no de dónde. Esos incidentes le habían traído a la memoria el pasado de Matt y una aguda preocupación acerca de su futuro. Sin embargo, la joven disipó sus pensamientos puesto que no quería que nada estropease el día y la noche perfectos del cual tanto había disfrutado.

John y Senta acompañaron a la otra pareja hasta la casa de Matt. Al llegar allí, Matt los invitó a tomar una copa antes que se fueran a dormir. John y Senta no dejaban de bostezar de cansancio y habrían deseado rechazar la invitación, pero ante la insistencia de Matt por querer retribuirles en cierto modo su hospitalidad de los últimos días para con él, tuvieron que aceptar.

Senta fue la primera en hacerlo.

—De acuerdo, pero por favor, ni se te ocurra ofrecerme nada para comer. Me tomará meses bajar los kilogramos que he aumentado en un solo día.

John le dio unas cariñosas palmadas y murmuró alentándola:

—No te preocupes por la gordura, cariño —la bromeó afectuosamente—. Dentro de un par de meses nadie sabrá si los kilos son tuyos o del pequeño.

Senta hizo una mueca de disgusto pero Matt y Jessica rieron como John.

—Eso es cierto, Senta —se unió Jessica a la burla de John—. Aprovecha la oportunidad mientras puedas. Siempre puedes poner la excusa de que comes por dos.

—Sí pero cuando el bebé decida salir de aquí adentro, aún me veré como si fuésemos dos personas en una —protestó Senta mientras salía del automóvil y se encaminaba con los demás, hacia el interior de la casa.

Todos bebieron sus copas y Jessica podía asegurar, por la actitud de Matt, que él deseaba estar a solas con ella, a pesar de haber insistido en que John y Senta los acompañaran. La muchacha se preguntaba si aquel deseo tendría algo que ver con su breve intromisión en una de las joyerías del centro de compras y con el

pequeño bulto que ella había notado en su bolsillo, cuando se acurrucó contra él en el carruaje.

John y Senta debieron de haber presentido algo de eso, ya que después de haber bebido una sola copa, comenzaron a hacer los preparativos para marcharse.

—Llevaré a Jessica más tarde —dijo Matt. Nadie opuso objeciones, puesto que ya era costumbre, que Jessica pasara la mayor parte de la noche en casa de Matt. No obstante, trataban de mantener discreción, haciendo que Jessica regresara a casa de John y Senta antes del amanecer, por mucho que les costara despedirse.

—Bien —dijo John, mientras ayudaba a su esposa a ponerse el abrigo.

Jessica dio un respingo al escuchar la campanilla del teléfono. Era la primera vez que Matt recibía una llamada telefónica desde que lo había conocido y ella habría deseado de todo corazón que no hubiese sucedido justo aquella noche, cuando ella estaba ansiosa por recibir la supuesta sortija de compromiso. Hasta el momento, no se había dado cuenta de que necesitaba la confirmación de Matt como su futura esposa, pero sí era imprescindible y no quería que nadie interfiriese en el acontecimiento.

—¿Sí? —contestó Matt, casi ladrando.

Jessica soltó una risita de placer al comprobar que Matt estaba tan ansioso por liberarse del resto del mundo en ese momento como lo estaba ella. Sin embargo, su actitud cambió rápidamente al ver la de Matt.

—¡Oh, por Dios! —El rostro de él se tornó gris.— ¿Cuándo? —preguntó nervioso y luego se dedicó a escuchar con gran atención, antes de volver a hablar con una voz fría y entrecortada—. Estaré allí tan pronto como pueda, Bill. Dile a papá... —Se detuvo para inspirar y tratar de calmarse.— No tiene importancia —dijo él con tono ronco—. Dios mediante, se lo diré yo mismo. Adiós.

Jessica corrió hacia él al ver que había colocado el auricular en la horquilla y permaneció tieso, junto al teléfono, con la cabeza gacha y los hombros caídos.

—¿Qué sucede, cariño? —preguntó ansiosa, y su voz expresaba todo el amor que sentía hacia él.

Matt se irguió y apoyó sus manos sobre las de ella, que estaban sobre sus hombros.

—Mi padre ha sufrido un ataque al corazón —dijo amargamente —. Debo ir a la ciudad de Jefferson lo más pronto posible.

—¡Matt!...—gritó Jessica, acompañando el dolor de su bienamado, al tiempo que lo abrazaba. Permanecieron así durante

un largo rato y luego

Matt se apartó

—Debo irme, cariño —murmuró ausente—. Cada segundo tiene una importancia vital.

—Por supuesto —acordó Jessica, deseando que Matt le pidiera que lo acompañase, pero al mismo tempo comprendiendo que estaba preocupado por la salud de su padre—. ¿Quieres que te ayude a empacar?

Él meneó la cabeza y se dirigió a tomar una chaqueta.

—Tengo ropa en Jefferson —balbuceó—. Quiero irme ya.

Ya estaba casi en la puerta cuando recordó que había mas personas en la habitación. Miró a John y a Senta con una vaga expresión. John se aproximó a él y apretó su hombro, como muestra de amistad sin decir ni una palabra. Senta expresó exactamente lo mismo con sólo mirarlo. Luego, Matt dirigió su mirada a Jessica, quien corrió a besar sus labios y a tomarle el rostro entre sus manos.

—Ten mucho cuidado al conducir —dijo ella con voz estrangulada y lagrimas brillando sobre sus pestañas—. Rezaré por tu padre.

Matt asintió con la cabeza, diciendo con sus ojos lo que no podía con sus labios y luego se marchó. Jessica se quedó parada en la puerta, aún abierta contemplándolo mientras se subía a su Jeep, encendía el motor y saludaba con tristeza. Luego, lo vio también, desaparecer en la oscuridad de la noche...

John se le aproximó por la espalda y la tomó por el hombro, tratando de reconfortarla.

—Vamos a casa, hermanita —dijo suavemente—. No hay nada que puedas hacer aquí.

—¡Oh, John! —gimió Jessica abandonándose en los brazos de su hermano, suplicándole aliento—. Debería estar con él. Matt me necesita... y yo a él.

Las lágrimas comenzaron a bañar su rostro al recordar las palabras de Matt, cuando le decía que el tiempo nada tiene que ver. Él había estado en lo cierto. Y si ella lo hubiese escuchado, habría tenido todo el derecho de estar junto a él en ese momento, viajando con él para aliviar su pena, mientras Matt conducía deseando lo mejor pero temiendo lo peor.

En cambio, ella se quedó allí, sin siquiera tener la seguridad de una sortija de compromiso en su dedo que le indicase que pertenecía a Matthew Bold... y que él le pertenecía a ella.

CAPITULO XII

Era casi de mañana, luego de una fatigosa noche de dar vueltas y vueltas en la cama. Con poquísimos momentos de sueño, Jessica emergió de las profundidades de su cansancio. Así logró descansar a medias, con ese estado mental en el cual a veces se reposa y de inmediato, el cerebro comienza a funcionar con devastadora eficiencia. Esa vez, sus pensamientos no fueron para nada piadosos al encaminarse al tema del padre de Matt, preocupándola también por el mismo Matt... por si había logrado llegar bien a Jefferson... a tiempo... y también por el lugar que ella misma ocupaba en la vida de Matt.

Sólo había tratado con él durante un mes escaso, en el cual Matt se había tornado tan importante, que ella abandonó su carrera... luego de haber luchado tanto para conseguir el cargo que tenía... y se dedicó de lleno a Matt, sin más ni más. Y aún en ese momento, enfrentada con su primera separación, miles de temores la acosaban, temores de los cuales no conocía su naturaleza. Pero... ¿era verdad eso de que no conocía su naturaleza?, reflexionaba, mientras se sentaba en la cama, con los codos apoyados sobre sus rodillas, sosteniéndose con ambas manos la cabeza.

Su temor más persistente era el que Matt sólo hubiese necesitado de ella temporalmente. Que ella hubiera llegado a su vida en el preciso instante en que él había decidido escapar de su exilio auto impuesto y estaba listo para tomar la vida nuevamente en sus manos. ¿Acaso sería eso más reconfortante para la vida que una mera relación entre un hombre y una mujer? Pero una vez que Matt volviera a estar inmerso en su viejo hábitat, ¿sentiría lo mismo hacia ella que con respecto a la mujer que ocupaba su sitio anteriormente?

Jessica meneó la cabeza violentamente, deseando haber podido subir a ese Jeep con él la noche anterior, llevando consigo sólo la ropa que tenía puesta. La ropa y los artículos de toilette podrían comprarse allá. En cambio, el amor de Matt no, y ella se sentía como si lo hubiese abandonado justo en el momento en que él más necesitaba de su compañía.

Suspiró profundamente, mientras con sus brazos formaba una cómoda almohada para apoyar el mentón. Se quedó con la mirada fija, en blanco... Su segundo temor, apenas menos intenso, martillaba su cabeza y la bombardeaba una duda: ahora que Matt estaba de regreso en el seno familiar, sin duda, cumpliendo con las obligaciones de su padre que sin querer, lo pondrían nuevamente en

escena, ¿podría revivir su pasión por la vida política? ¿Se podría resistir Matt a ella si eso ocurriese? ¿Debía resistirse a ella cuando era un hombre tan prometedor y con tantas cosas para ofrecer? Y si Matt no se resistía, ¿podría ella, Jessica Wren, penetrar en ese mundo con el corazón abierto a la política, tal como lo había hecho Lila, que, por otra parte, era lo que Matt se merecía de su esposa?

Jessica soltó un gemido de preocupación mientras se levantaba de la cama y se encaminaba hacía el cuarto de baño para tomar una ducha. Todo lo que sabía de sí era que, básicamente, era una persona a quien le gustaba mantener la privacidad de su vida. Además, la idea de casarse no involucraba en absoluto, el tener que compartir a su marido con un infinito número de extraños. Claro que ella tampoco era una pegajosa, pero, sin embargo... quería ser la primera, la más importante para él. Por eso no se sentía segura de poder ser feliz si se la relegaba al último lugar, hecho que seguramente acontecería si la carrera de Matt fuese más importante que su familia. Y tampoco podía soportar la idea de privarlo a él de algo tan importante, por sus propias razones egoístas.

Media hora más tarde, con todo su bagaje de dudas y temores, Jessica bajó las escaleras, para enfrentar a John y a Senta en la mesa del desayuno, quienes tenían la misma expresión de desazón que ella. Ambos la contemplaban con muda compasión y Jessica era consciente de que sus ojeras y su posición cansada revelaban cómo se sentía interiormente. Sólo guardaba la esperanza de que no adivinasen todas las razones que alimentaban su abatimiento.

Se esforzó por enderezar los hombros y dibujar una fingida sonrisa sobre sus labios. Intercambió los acostumbrados "buenos días" y luego rechazó la taza de café que Senta le había ofrecido.

—Tengo algo que hacer primero, Senta —dijo ella tranquilamente—. Quiero ir a casa de Matt para asegurarme que Joe tenga el alimento y el agua suficientes. No hay nadie que lo cuide ahora que Matt no está allí.

—Tráelo aquí —ofreció John generosamente—. A menos que creas que es conveniente dejarlo en casa de Matt para que la vigile.

Jessica sonrió cálidamente a su hermano por la gentileza que había tenido y por sus dulces intenciones.

—Gracias, John —respondió—. Quizás deba traerlo. Si cierro bien las puertas con cerrojo, no creo que haya necesidad de un perro guardián que la vigile. Me imagino que Joe se debe de sentir muy solo sin nadie que lo mime. —Luego, deliberadamente, miró a Senta como pidiéndole también su autorización.— ¿Te importaría, Senta? —preguntó un tanto ansiosa.

—Por supuesto que no —respondió su cuñada con énfasis—. Adoro los perros, y John y yo hemos estado planeando conseguir uno para nuestro pequeño.

Abrazó y besó a ambos rápidamente y condujo su automóvil hasta la casa de Matt. Antes de buscar a Joe, entró a la casa para cerrar todas las ventanas y puertas cuidadosamente, para evitar que se entrometieran en ella. Pero al llegar a la habitación de Matt, se derrumbó contra el marco de la puerta, cerrando los ojos para no ver el lecho donde tantas horas había pasado junto a Matt, explorándose el uno al otro.

Durante unos momentos se preguntó si volverían a hacer el amor otra vez. Se encaminó hacia la cama y se sentó en el borde, dando un puñetazo a la almohada que él usaba, al acolchado que tantas veces había apartado con sus piernas mientras hacían el amor. Sonrió lánguidamente al recordar las alborotadas sábanas y frazadas que ella alisaba y también lo incómoda que se sentía ante la evidencia de haber hecho el amor tan salvajemente. ¿Volvería a hacer esa cama después de destruir las impecables sábanas con tanto placer?

Meneó la cabeza y apartó su mano de la cama, ocultándola sobre su falda. Cerró los ojos contra las lagrimas que insistían en salir para bañar sus mejillas. Luego oyó un ladrido prolongado, el cual sólo podía pertenecer a Joe, que estaba afuera. Se enjugó las lágrimas recordando el motivo que la había llevado allí. Se levantó de la cama y observó, a través de la ventana, al pobre Joe, que se veía tan triste como ella.

—Aguarda un minutito, Joe —gritó ella.

Joe estaba tan ansioso por tener compañía que cuando la joven se acercó a él, casi la arrojó al suelo. Jessica recuperó el equilibrio y rió por los extraños sonidos que el perro emitía, similares a los de un niño llorando por su padre.

—Está bien, Joe, sé cómo te sientes —lo consolaba ella, al tiempo que se agachaba para rascarle las orejas y estrechar su inmensa cabezota contra su pecho—. Yo también lo extraño.

Ella lo acarició y lo mimó tanto como pudo, hasta que el animal se echó hacia atrás, en su habitual muestra de alegría. Extendió todo su cuerpo, panza arriba para permitir un mejor acceso a la mano de la muchacha, quien se sintió aliviada al comprobar que Joe la aceptaba como a una perfecta reemplazante de Matt. Esa actitud mitigó los temores y dudas de Jessica.

—Seré una buena esposa para Matt —susurró ferozmente en los sordos oídos de su acompañante—. No voy a perderlo por nada en el

mundo y haré lo que sea necesario para su bien… y en último término, para el mío.

Luego de haber ofrecido a Joe una breve siesta, se dirigió al interior de la casa para encender una lámpara y cerrar las puertas. Invitó a Joe a subir a su auto y se encaminó a casa de su hermano. John la estaba esperando en la puerta y el corazón de Jessica se aceleró al deducir, por la expresión de John, que él tenía noticias para ella.

—Matt llamó mientras estuviste fuera —le informó John, un segundo después que ella saliera del auto.

—¿Sí? —gritó Jessica ansiosa, con evidente frustración por haberse perdido la oportunidad de escucharlo—. ¿Qué dijo? ¿Está bien su padre? ¿Volverá a llamar? ¿Le…?

—¡Eh! —se apartó John de ella, manteniendo en alto sus dos manos como para escudarse de la balacera de preguntas que su hermana le estaba formulando—. Si me das tiempo podré contarte todo.

—Bueno, hazlo de una vez —gruñó Jessica, tratando de arrancarle las respuestas.

—De acuerdo —dijo John con una sonrisa—. Su padre está resistiendo y por el momento no existe peligro inmediato. Matt está bien y quiere que vayas a la ciudad de Jefferson. Pero primero quiere que lo llames para que pueda explicarte cómo llegar.

Jessica le echó los brazos al cuello y John no dejaba de reír y quejarse en burlona agonía.

—¡Gracias John! —dijo ella, medio riendo, medio llorando, al enterarse de que Matt la quería a su lado y que ella lo vería dentro de poquísimo tiempo. Luego se apartó, no sin antes darle un sonoro beso que lo molestó un poco—. ¿Cuál es el número? Quiero llamar de inmediato —Empujó a John hacia la casa dejando en libertad a Joe para que los siguiera.

En lugar de responderle, John se encaminó hacia el teléfono, y la puso en comunicación con Matt. Jessica permaneció contemplándolo mientras se alejaba, tratando de aquietar la emoción que se anudó en su garganta al escuchar la voz grave de Matt, diciendo:

—¿Hola?

—¿Matt? —preguntó Jessica, con voz cargada de emoción—. Soy Jess, Matt. ¿Có—cómo estás? —Todo su amor se expresaba en el tono de voz.

—Cansado —respondió la voz que por sí sola evidenciaba como cierta la auto descripción de Matt.

—¿Cómo está tu padre?

—Está tratando de salir adelante —respondió Matt satisfecho—. Tendrá que soportar un largo período de convalecencia pero todos tenemos fe en que logrará superarlo.

—Estoy tan contenta, Matt. ¿Están bien tu madre y tu hermano, a pesar de toda esta desagradable situación?

—Sí —respondió Matt con un dejo de repentina impaciencia que demostraba que no estaba de humor para escuchar esas minucias—. Pero yo quiero hablar de ti. Quiero que estés aquí, conmigo. ¿Podrías llegar esta noche?

—Me iré tan pronto como termine de empacar —prometió Jessica, con el corazón rebozante de alegría al descubrir que Matt la necesitaba allí.

—Esta es mi muchacha —dijo él suavemente y prosiguió indicándole cómo hacer para llegar a casa de sus padres—. Ten mucho cuidado al conducir, cariño —concluyó—. Te amo demasiado como para perderte.

—No te preocupes —prometió Jessica—. Tampoco yo tengo ningún interés en que me pierdas.

Una cansada sonrisa dio la bienvenida a las palabras de la joven. Matt cortó la comunicación y Jessica, expresando con una sonrisa su satisfacción, se dirigió a John y a Senta para decirles que no se quedaría para almorzar con ellos… ni para compartir ninguna otra comida durante mucho tiempo si es que sus sueños y esperanzas se hacían realidad.

CAPITULO XIII

Muy lentamente, Jessica conducía su automóvil por una de las calles de un exclusivo barrio, alejado del centro de la ciudad de Jefferson. Desde el interior de su vehículo, la joven trataba de discernir los números de las coquetas casas, con el césped cuidadosamente cortado, como evidencia del dinero que poseían sus dueños. Ese panorama le recordó lo rica que era la familia de Matt. Jessica se sintió un tanto nerviosa al pensarlo. Sin embargo, estaba decidida a esquivar cuanto obstáculo se cruzara en su camino y cuando finalmente encontró el número que buscaba, suspiró satisfecha al saber que en pocos minutos más, estaría junto a Matt.

El inmenso chalet, con una fachada de ladrillos rojos, no estaba construido en ningún estilo en particular que ella pudiera reconocer. Pero, en apariencia, era mucho más cómodo y hogareño, que cualquiera de las otras fastuosas mansiones que había en aquella manzana. Jessica tomó un largo sendero, con varias curvas, que la conducía hasta la puerta de entrada, a cuyos lados se veían diversas macetas, con coloridos crisantemos que parecían dar la bienvenida a cada visitante. La amplia puerta se abrió y Jessica distinguió a una delicada mujer, de cabellos plateados y muy bien vestida, de algo más de sesenta años, quien salió a recibirla con una cálida sonrisa en su rostro. Una sola mirada a sus oscuros y destellantes ojos fue suficiente para que Jessica adivinara que la mujer era la madre de Matt. Mientras bajaba del automóvil, se preparaba para la inspección a la cual, sin ninguna duda, habría de someterse en breve. Abrigaba la esperanza de que la señora Bold mantuviera su cálida bienvenida luego de llevar a cabo su minucioso estudio sobre ella.

—¿Jessica? —la señora Bold la rodeó en un cálido abrazo; que puso fin a las dudas de la muchacha—. ¡Me siento tan contenta de que estés aquí! —La mujer se apartó de ella y le sonrió con tal encanto, tan similar al de Matt, que Jessica sintió que se le aflojaban las piernas—. ¿Has tenido un buen viaje? —preguntó la señora Bold, observando la esmirriada figura de Jessica con una mirada tan maternal que Jessica sintió deseos de llorar.

De pronto recordó a su madre, quien de haber estado allí, la hubiese mirado con el mismo interés en su bienestar.

—Sí —respondió Jessica con voz ronca—. A esta altura del año siempre es maravilloso conducir, porque los colores del otoño embellecen mucho el paisaje.

—Sí, ¿verdad? —asintió la señora Bold—. Pero entra a la casa,

querida. Hoy está un tanto fresco y me temo que esos bellos colores no le dan al cuerpo la calidez que le brindan a las ojos. —Y luego: —Deja tu maleta, querida. Bill te la traerá más tarde. Es mi otro hijo, lo sabes, ¿no? Vendrá a casa a almorzar dentro de poco, aunque me temo que Matt no. Tenía un almuerzo de negocios al que debía asistir en lugar de su padre y no regresará hasta la hora de cenar.

Jessica oyó esas palabras con disgusto al saber que Matt no estaba allí para recibirla. La señora Bold notó sus sentimientos y le guiñó un ojo.

—Sé cómo debes estar sintiéndote, Jessica, pero no te preocupes: habrá mucho tiempo para ti y para Matt luego.

Jessica sonrió lánguidamente, sintiéndose un tanto avergonzada por lo posesiva que era con Matt, en un momento en el que ella sabía perfectamente que su familia lo necesitaría tanto como ella por las terribles circunstancias que estaba viviendo. También admiraba la valentía de la señora Bold, cuando cualquier otra mujer en su lugar, estaría muerta de preocupación por su esposo. Decidida a seguir el ejemplo de su anfitriona, trató de olvidar todas sus angustias y acompañó a la señora Bold hacia el interior de la casa.

Por dentro, la casa era cómoda, espaciosa y con un aire hogareño, que hizo que Jessica se sintiera muy a gusto de inmediato. Había algo en el ambiente que le hacía recordar a la casa de sus padres, aunque ésta era mucho más pequeña. La habitación que le había sido destinada estaba decorada en blanco y amarillo. Una vez que terminó de refrescarse, la señora Bold la escoltó hasta un apacible sitio, reservado habitualmente para la hora del desayuno, donde almorzarían.

—Sólo utilizamos el comedor cuando tenemos invitados —le confió, un tono que denotaba que la consideraba como a una más de la familia y no como a una simple visita. Al recibir tanta consideración, Jessica se sintió mejor—. Es tan grande que, a menos que haya una multitud de invitados, resulta muy incómodo.

Bill, el hermano de Matt, llegó en el preciso momento en que las damas comenzaban a ocupar sus respectivos sitios en la mesa. Jessica lo encontró genialmente agradable y cálido, aunque sin el carisma de Matt. Sin duda, aquella era la razón por la cual la familia habría puesto todas sus esperanzas en torno a Matt, como para que se transformara en el futuro representante de los Bold en la escena de la política nacional. Quizás, Bill era mas apuesto que Matt, pero no tenía la personalidad de su hermano, aunque Jessica se sentía muy cómoda en su compañía. Durante la conversación, Jessica se enteró de que la esposa de Bill estaba cuidando a su suegro en la

clínica, ya que luego de haber salido de terapia intensiva, el señor Bold había sido trasladado a una habitación privada y los miembros de la familia se turnaban para cuidarlo.

—Tú y yo iremos esta tarde, Jessica —dijo la señora Bold, con extrema confianza de que Jessica no se opusiera a ello. Lejos de sentirse mal, como si le estuvieran imponiendo las cosas, Jessica se puso más contenta, al ver que la consideraban "como de la familia".

Esa tarde, Jessica se alarmó al ver la débil palidez en el semblante de Jeremy Bold. Sin embargo, él la recibió con una cálida sonrisa cuando fueron presentados.

—¡Ah, conque esta es nuestra Jessica! —dijo él satisfecho, con su voz un tanto débil pero sin haber perdido del todo su habitual fortaleza—. He esperado con ansias el momento de conocerte, mi querida, y de agradecerte por habernos devuelto a Matt.

Jessica no sabía cómo responder, especialmente a la última observación de su futuro suegro. Entonces, sólo se limitó a sonreír tímidamente a la vieja versión de su amado Matt. Luego murmuró:

—También yo he esperado ansiosamente el momento de conocerlo a usted, señor Bold.

Jeremy Bold clavó la mirada en ella y le dijo:

—Tienes que llamarme Jeremy, Jessica. ¿Acaso Helen aún no te ha explicado cómo nos manejamos en nuestra familia?

La señora Bold se sorprendió un poco, sin molestarse por el tono, casi de reprobación, de su esposo.

—Casi no he tenido tiempo para ello, Jer. Pero tengo la sensación de que esta niña aprende muy rápido las cosas. ¿Qué te parece?

Jeremy Bold dirigió sus gentiles y oscuros ojos de su esposa hacia Jess, con una combinación de gratitud y buen humor en su tono de voz, murmuró:

—Tengo la sensación de que es una trabajadora milagrosa y eso es cosa que no se aprende.

Jessica se sintió complacida y al mismo tiempo, un tanto incómoda por los elogios recibidos por parte de sus "futuros". Su rostro fue el fiel reflejo de sus sentimientos y los Bold, al darse cuenta de ellos, cambiaron de tema muy diplomáticamente. Cuando fue evidente que Jeremy Bold comenzaba a fatigarse demasiado, su esposa lo urgió a que durmiese un poco para descansar, asegurándole que estaría allí cuando volviera a despertar.

Al observar el amor que existía entre ellos, el corazón de Jessica dio un vuelco, anticipándose al momento en que ella y Matt constituyeran un matrimonio como el que estaba frente a ella. Era evidente que Matt había pasado una infancia muy feliz junto a ellos

y que también había disfrutado de un maravilloso matrimonio con Lila. Como la joven también había tenido una infancia feliz y no cabía duda alguna de que amaba a Matt con todo su corazón, no existían razones para que su matrimonio con él no fuera igualmente próspero. Pero entonces ¿por qué se sentía deprimida como si algo estuviera mal?

Jessica se esforzó por disipar sus amarguras, tratando de alegrarse con una amena conversación con la señora Bold, mientras su esposo dormía. Luego cuando Jeremy Bold despertó, buscó de ocupar su tiempo en cosas útiles para permitir que el matrimonio pudiese conversar de sus cosas.

Al llegar Bill, las damas se marcharon del hospital, rumbo a la casa. Jessica sintió que sus nervios se anudaban en el estómago, ya que muy pronto volvería a ver a Matt. Se sintió agradecida cuando la señora Bold le dijo que iría a su habitación, a dormir un rato antes de la cena. Jessica quería arreglarse lo mejor posible para el encuentro, aunque sólo hubiesen estado separados durante un día.

Se bañó y escogió su vestimenta cuidadosamente: un vestido de lana verde, drapeado en el talle, entallado en las caderas, el cual favorecía su tez con tanta perfección que parecía haber sido diseñado exclusivamente para ella. Colocó un poco de sombra verde sobre sus párpados, realzando sus iris de esmeralda y cepilló sus rojizos rizos hasta que brillaban con la sola luz de la lámpara. Un toque de rubor sobre las mejillas, le dio el resplandor saludable necesario. Cuando se apartó un poco del espejo para observar la obra terminada, oyó que llamaban a su puerta.

—Adelante —dijo ella sin pensar, antes de volverse para ver quién era la persona a quien ella acababa de invitar a su cuarto.

El corazón le subió a la garganta y su estómago se retorció de espontáneo deseo al ver que Matt entraba en la habitación con pasos agigantados. Se veía tan distinto, que por un momento, Jessica pensó que quizás tuviera un sofisticado hermano gemelo.

Matt llevaba un traje de tres piezas oscuro, con una camisa blanca y una elegante corbata, vestimenta que le sentaba tan bien, que a cualquier mujer se le habría detenido el corazón con solo mirarlo. Pero lo que había llamado poderosamente la atención de la muchacha fue el hecho de que Matt se había afeitado la barba. Revelaba entonces una fuerte y pulcra mandíbula y una boca perfectamente formada la cual era mucho más excitante que su barba y que complementaba estupendamente sus ojos y gruesos cabellos a tal punto, que Jessica sintió deseos de rodearle el cuello con sus brazos y aferrarlo con fuerza contra sí.

Matt cerró la puerta detrás de él. Se quedó de pie, con las piernas separadas y sus manos apoyadas sobre las caderas, debajo de la chaqueta. Parecía un magnate industrial tratando de dominar a su rival. Mientras contemplaba a Jessica, sus ojos parecían absorberla y su boca se mantuvo firme. La observó desde su brillosa cabellera hasta las delicadas sandalias de cuero marrón y tacones altos que embellecían sus pies.

—Ven aquí —dijo él con voz tan grave que no daba lugar a protestas.

Jessica se aproximó lentamente hacia él, atrapada por la destellante pasión de sus renegridos ojos y por el tono autoritario de su voz. Mientras se encaminaba hacia él, Jessica parecía no darse cuenta del sensual vaivén que sus caderas marcaban ni de su resplandeciente mirada de sumisión.

Pero Matt sí. Inspiró profundamente cuando Jessica estuvo junto a él, ofreciéndose a sí y a todo lo que tenía.

Cuando estaba sólo a un paso de distancia, el se abalanzó sobre ella con un abrupto movimiento, el cual pareció haber sido totalmente involuntario. Matt ciñó su cintura con la fortaleza de sus manos y la estrechó contra su cuerpo en feroz posesión. Jessica soltó un suspiro segundos antes de que él posara sobre su boca un húmedo y caliente beso que la estremeció.

No había suavidad en aquel abrazo, sino una terrible hambre de amor que provocó la de Jessica, tan pronto como los dos estuvieron aferrados el uno del otro, alimentando sus necesidades con cada músculo, con cada fibra de sus cuerpos.

—¡Por Dios! ¡Cómo te necesito! —susurró Matt contra la boca de Jessica. Luego la apartó apenas de sí para introducir una mano dentro del drapeado escote del vestido, en busca del cálido interior. Al hallarlo y tomarlo con su fuerte mano, Jessica se estremeció convulsivamente, con la sensación de que su seno se tornaba más voluminoso para darle la bienvenida a toda la mano de Matt.

Jessica no podía contarle que ella lo necesitaba del mismo modo ya que su boca estaba ocupada complaciendo la de Matt y también a su lengua, la cual en una parodia de penetración, demostraba lo que él realmente quería. Ese sentimiento también se evidenciaba por las aceleradas pulsaciones que Jessica percibía en su corazón. Ella también quería saborear el néctar del placer con cada célula de su cuerpo. Gemía de deseo e inconscientemente, comenzó a restregar su suave femineidad contra el erecto miembro de Matt para sentirlo con mayor intensidad.

Su actitud provocó un agónico "Ahhh" de Matt, quien soltó la

boca y el seno de la joven al mismo tiempo para tomar toda su silueta y estrecharla contra su cuerpo, Jessica imitó su exclamación. Los oscuros ojos de Matt parecieron hacerse más profundos. Inclinó la cabeza y abrió la boca para saborear con su lengua, la delicada tersura del cuello de Jessica.

—¡Ah Dios! Matt... no puedo... —Jessica se detuvo al sentir que las manos de Matt se posaban sobre sus nalgas y las empujaba hacia el ardiente hueco de sus caderas con devastadora potencia.

—¿No puedes qué?... —gimió él contra su garganta, mordiendo pequeños bocadillos de amor mientras emprendía su camino de regreso hacia la boca de ella.

—No puedo soportarlo... —suspiró agitada, con la mirada derritiéndose de deseo al sentir la de Matt clavada en sus ojos.

—No tienes necesidad de hacerlo —dijo él roncamente, atrapando nuevamente su boca. La tomó en sus brazos y se encaminó hacia la cama—. Yo tampoco tengo por qué privarme —agregó él, después de haberla tendido sobre el acolchado. Luego reposó todo su cuerpo sobre el de ella. Durante largos minutos, se apoderó de la boca de Jessica, hasta que comenzó a descender y su boca se detuvo entre medio de los senos. Con impaciencia, apartó el género que los cubría para exponer los dulces tesoros a su anhelante visión. Clavó sus labios, su lengua y hasta sus dientes con hambrienta, loca pasión...

—Por favor, Matt, detente —gimió ella, tratando de levantarle la cabeza, cogiéndolo por los negros mechones que la cubrían.

—¿No te agrada? —bromeó él, con tono profundo y satisfecho.

—¡Lo adoro! —susurró ella mientras él continuaba el húmedo masaje, los suaves mordiscones y la poderosa succión que la hacían sentir como si todo su cuerpo estuviera penetrando en las profundidades de su boca—. Pero quiero más... —gimió, arqueando sus caderas contra las de él.

—¡Demuéstramelo! —ordenó él con un tono agresivo, autoritario de pasión. Matt deslizó el cuerpo de la joven hacia arriba y se apartó apenas, para que ella pudiera tener acceso a todo su cuerpo—. Muéstrame lo que quieres.—

Jessica subió sus manos hasta la parte superior de los muslos de Matt, sintiendo su deliciosa fortaleza, deseando con desesperación, tener un contacto directo con su piel.

—Esto es lo que quiero —susurró ella, desde las profundidades de su alma, acariciándolo y atormentándolo. Sintiendo la gloria del creciente deseo que ella era capaz de provocar en él.

De repente, como si Matt no hubiese podido soportar más las

barreras existentes entre ambos, apartó la mano, dirigiéndola violentamente hacia la cremallera de sus pantalones, casi desgarrando el género de los mismos ante la prisa. Liberado de su ropa, desbarató a Jessica de las de ella, arrancándole el vestido y las bragas con tanta fuerza que las desgarró. Aquella pasión era tan primitiva y tan completa que Jessica no lograba respirar del todo bien. Sólo atinaba a exigirle que se aproximara más y más a su tembloroso cuerpo. Matt se acostó sobre ella, interrumpiéndose sólo por una fracción de segundo para mirarla a los ojos, antes de penetrar en ella, diciendo:

—¡Tómalo entonces! —en un salvaje murmullo, haciéndola sentir muy mujer ante la gloria de su innegable virilidad.

La cópula fue rápida, casi violenta, pero no menos satisfactoria de lo que habría sido si hubieran pasado varias horas descubriéndose y atormentándose el uno al otro antes de saborear el clímax final. Cuando todo terminó, ambos estaban exhaustos por haber logrado su mutuo objetivo con total plenitud. Estaban tendidos uno al lado del otro, abrazados, con la respiración aún agitada y disfrutando de aquella posición hasta que Matt rodó sobre uno de sus costados para alcanzar las ropas de Jessica.

—Esto es mucho mejor que la ducha fría que tomé esta mañana —murmuró él suavemente—. Aunque fue un tanto difícil con la ropa...

Jessica sonrió tiernamente, alcanzando la mejilla de Matt con la palma de su mano.

—No lo sé —dijo ella pensativa—. Un par de bragas pueden no costar demasiado, teniendo en cuenta la recompensa... y especialmente, cuando tengo en mente cargártelas en tu cuenta.

Matt sonrió bajando las cejas por el cinismo de Jessica.

—¿Eso es todo lo que va a costarme? —preguntó con socarrona ternura, deslizando su mano posesivamente sobre su muslo desnudo —. Mmmm... las mujeres son mucho más baratas de lo que pensaba. ¿O acaso vas a endosarme algún otro gasto?

Jessica sonrió satisfecha.

—Nada que tú no puedas pagar —dijo ella—. Quizás una o dos semanas en Acapulco, una vez que tu padre se recupere.

Pero al mencionar a Jeremy Bold, Jessica recordó que estaban en casa de los padres de Matt. La muchacha se apartó de él, frunciendo nerviosamente el ceño.

—¿Qué sucede? —preguntó Matt, levantándose para apoyar la cabeza sobre la mano y observarla perplejo.

—¿Qué hora es? —preguntó ella—. Tu madre está esperándonos

abajo para cenar.

—Tenemos algunos minutos. —Matt rió vagamente, extendiendo su mano libre para alcanzar los labios de Jessica y explorarlos con el dedo—. Y me gustaría escuchar algo más sobre ese viaje a Acapulco. Ese aún parece ser un precio demasiado bajo cuando pienso que tú habrás de prestarme todos tus servicios, para otorgarme un beneficio extra.

Jessica lo miró sorprendida y estuvo a punto de salirle con otra broma como respuesta cuando se oyó que golpeaban a la puerta y la voz de la señora Bold dijo:

—Vamos, Jessica. La cena estará lista en poco tiempo más.

Temiendo que la señora Bold acompañara su llamado entrando a la habitación, Jessica se quedó tiesa por el pánico que se había apoderado de ella. Empujó a Matt y se colocó el vestido en un santiamén, con torpes dedos apresurados, al tiempo que contestaba.

—De acuerdo, señora Bold. Ya bajo.

Jessica lo miró furiosa, mientras él reposaba tranquilamente sobre su espalda, con las manos detrás de su cabeza y sonriendo por la tonta reacción de Jessica: ella estaba tratando de destruir la evidencia de lo que habían estado haciendo, cuando Matt estaba sobre la cama, con la cremallera de sus pantalones abierta y el nudo de su corbata deshecho. ¡Era ridículo! Matt revelaba abiertamente lo que Jessica imperiosamente deseaba ocultar.

—De acuerdo, querida —gritó la señora Bold, con un tono más bajo que indicaba que se estaba alejando.

Jessica se alivió y se enderezó para observar a Matt.

—¿Y qué si a ella se le hubiera ocurrido entrar? —le gruñó, molesta por su actitud indiferente—. Tu madre es un encanto y no quiero que piense que soy… que soy… —Jessica se detuvo debido a la socarrona sonrisa de Matt.

—¿Qué tú eres qué? —deslizó él, acariciando sus imaginarios bigotes con su lánguida mano—. ¿Una mujer decadente? ¿Débil ante las manos de un endemoniado amante como yo? ¿Falta de principios? ¿Inmoral? ¿Degradada por las asqueantes pasiones que moran en tu endiablado cuerpo?

Jessica lo miró disgustada mientras se acomodaba el vestido. Defendió su honor con vivacidad.

—No soy ninguna de esas cosas, pero si no te levantas enseguida, no tendremos argumentos para defendernos en caso de que a alguien se le ocurra entrar. Y ahora… ¿vas a moverte o no, Matt Bold?

Matt miró inocentemente hacia el techo, meneando lentamente su cabeza.

—No. Dudo que lo haga —dijo plácidamente—. Por lo menos hasta que admitas lo acertado de mi segunda descripción como mínimo.

—¿Cuál era? —preguntó Jessica exasperada—. ¿Inmoral o falta de principios?

—Me refiero a la de que eras una mujer fácil y débil en manos de un endemoniado amante —repitió Matt mientras Jessica atravesaba la habitación en busca de sus bragas rotas para arrojarlas al cesto. Tomó una nueva de uno de los cajones—. O sea, yo.

—De acuerdo, tienes razón —admitió ella ausente, mientras luchaba por ponerse las bragas—. Puedes llamarme niña fácil, mi amo.

Matt soltó una carcajada, que encolerizó más a la joven. Se apresuró pará lanzarse sobre él.

—¡No sabes quién está en el vestíbulo! —lo reprendió, levantando una mano para señalar la puerta—. Y se supone que tú no debes estar aquí dentro.

Matt se sentó, aún riendo, para observar su tonto comportamiento con paciencia.

—¿Y quién dice que no tengo derecho a visitar mi antigua habitación si se me da la gana?

Jessica se irguió para estirar la falda de su vestido, una vez que había logrado calzarse sus bragas. Miró a Matt primero y luego, pasmada observó cada uno de los femeninos detalles decorativos de la habitación.

—¿Esta fue tu habitación? —preguntó con incrédulo tono.

Matt se encogió de hombros, bajándose los puños de la camisa.

—Bueno, debo admitir que la decoración no era la misma mientras yo la ocupaba —dijo—. Pero eso fue antes que me lanzara al mundo y descubriera la forma en la que vive realmente la gente sofisticada. —Él pestañeó modositamente ante ella y se veía tan ridículo adoptando una pose tan femenina con un cuerpo tan viril, que Jessica debió taparse la boca para no reír a carcajadas.

Matt sonrió y se acercó para rodearle la cintura con sus brazos.

—De todas maneras, tienes toda la razón del mundo —dijo después de plantarle un sonoro beso—. Será mejor que me vaya a mi actual habitación y me arregle un poco. Me has estropeado terriblemente —agregó, imitando perfectamente los típicos pucheritos femeninos.

Aquietando otra carcajada, Jessica prácticamente lo echó de su cuarto, antes que no resistiera la tentación de pedirle otro beso. Pero no lo logró:

—No, espera, Matt —dijo ella con voz seductora cuando él comenzaba a apartarse.

Matt frunció el ceño y levantó un dedo para advertirle:

—Jessica, te advierto que he decidido no ceder ante ti por lo menos hasta después de la cena —dijo con tono sufrido—. Ya me has agotado y por otro lado… —Matt hizo una dramática pausa y levantó una angustiada mano hacia la frente—… tengo un terrible dolor de cabeza. —Terminó su frase con un suspiro de mártir.

Al oírlo, Jessica retrocedió y lo miró disgustada con las manos apoyadas sobre las caderas.

—Entonces, trata por todos los medios de procurarte una aspirina. Pero apuesto lo que quieras a que no sabrán como el beso que iba a darte.

Matt le obsequió una benévola sonrisa y antes que ella pudiera adivinar su intención, se inclinó para darle un beso tan prolongado que le alcanzaría para soportar toda la cena y muchas otras más. Luego se enderezó, jugueteó con uno de los rizos de la joven y la dejó en su posición original.

—Nunca desafíes a un Bold, querida —dijo él suavemente dirigiéndose hacia la puerta. La dejó boquiabierta, con los temblorosos dedos acariciando sus hinchados labios—. Nos esforzamos al máximo por vencer a nuestros opositores.

Luego se marchó. Su sonrisa hizo eco en el cuarto, aunque ese eco no logró disipar las últimas palabras que Matt había pronunciado y que retumbaban en su mente. A pesar de haber hecho el amor, que era todo lo que una mujer podía desear, a pesar del beso que había sido tan apasionado, que había constituido una declaración de amor en sí, Jessica seguía concentrada en sus palabras… esas palabras que le hicieron recordar que Matt Bold, por todos los planes que se había hecho respecto de su futuro y por su fe en que podría hacerlos realidad, era un político nato y llevaba en la sangre su carrera. En consecuencia, jamás podría ser feliz a menos que hiciera exactamente lo que había dicho: vencer a sus opositores…

CAPITULO XIV

La cena constituía un alegre rito que impresionó a Jessica, debido a la calidez de la familia con la cual la compartió. Durante la cena, conoció a la esposa de Hill, una dulce gatita morena, a quien evidentemente, Bill adoraba y también, el resto de los Bold. Sin embargo, ese cariño no era sólo para ella sino que todos los miembros de la familia se trataban con la misma calidez y ese amor, también se hizo extensivo a Jessica. Parecían tratarla como si la hubieran conocido desde siempre.

La armonía y el buen humor de la familia permanecían intactos a pesar de la enfermedad de uno de sus principales integrantes. Pero Jessica estaba segura de que, si Jeremy Bold era un hombre tan fuerte como se veía, obtendría sin ningún lugar a dudas, un triunfo decisivo en la batalla física que estaba librando. Derrotaría a este enemigo de la misma manera que, años atrás, había vencido a sus oponentes políticos.

Se hallaban cómodamente bebiendo el café en la sala de estar de la casa, cuando oyeron la campanilla de la puerta de entrada, indicando la llegada de invitados inesperados. La señora Bold no pareció inmutarse cuando la mucama anunció por lo menos a seis distinguidísimos hombres y a una remilgada mujer de negocios. Saludó a cada uno, no obviando el nombre de ninguno e hizo las presentaciones correspondientes entre ellos y Jessica. La madre de Matt ignoró por completo la sorpresa de los visitantes al enterarse de que Matt estaba comprometido. Los invitó a tomar asiento y les ofreció unas copas de una manera tan ordenada y eficiente, que Jessica quedó impactada: ¿cómo habría logrado esta amable señora hacer todo lo que hizo sin que durante ese proceso, se le moviera ni un solo pelo?

Terminadas las conversaciones triviales, era evidente que aquellas personas habían ido a la casa por cuestiones de negocios, aunque fueron muy cautelosos en preguntar puntillosamente sobre cada uno de los detalles de la enfermedad de Jeremy Bold y también, sobre el resto de la familia.

Poco tiempo después, debido a que la conversación había tomado rumbos más pragmáticos, se hizo mucho más evidente aún que aquella gente estaba interesada en Matt, aunque Bill ya era un miembro de la legislatura y habría sido mucho más lógico que se dirigiesen a él para solucionar el problema.

Con anterioridad a la legislatura que Jeremy Bold había

impuesto, un importante proyecto de ley se estaba elaborando. Los debates sobre el mismo estaban adquiriendo gran importancia cuando el señor Bold sufrió el ataque al corazón. Entonces, sus colegas, quienes también favorecerían firmemente tal proyecto, deseaban organizar una estrategia para que no quedara en el olvido por falta de la presencia de una persona de empuje, poderosa y responsable que se hiciera cargo de llevarlo adelante.

Jessica permaneció sentada, en silencio, absorbiendo toda la conversación, observando y escuchando todo, fascinada: era la primera vez que se enfrentaba con la política en acción, en vivo. Notó con gran orgullo y un tanto de ansiedad que, a pesar de que los visitantes incluían a Bill en la conversación, era Matt quien les inspiraba mayor confianza, a quien escuchaban con más atención cada vez que expresaba una opinión y a quien, finalmente comenzaron a persuadir para que tomase las riendas de la cuestión en reemplazo de su padre.

—Me sentiré muy feliz de ayudarlos en cualquier forma que pueda —dijo Matt con gran modestia—. Sé cuánto desea mi padre que esta ley sea promulgada. Pero yo he estado fuera de circulación durante bastante tiempo. ¿Cuánta influencia creen ustedes que aún puedo tener yo sobre los demás?

Los presentes respondieron a su pregunta levantando las cejas y con escépticos tonos de voz. No obstante, Jessica ya había notado con cuánta naturalidad Matt se inclinaba a asumir el liderazgo y cómo disfrutaba de ello. También había notado que Matt estaba tan al tanto de los temas de actualidad política como todos los demás y que sus comentarios y sugestiones eran mucho más claras concisas que las del resto de los presentes en la sala. En ese momento, la muchacha se dio cuenta de que si había un hombre que reunía las condiciones de político, ese hombre era Matthew Bold… y que Matthew Bold disfrutaba cada segundo de su carrera para la cual estaba eminentemente capacitado.

Tal descubrimiento sirvió para que Jessica disipara toda duda y todo temor que se habían creado en torno de la relación entre ella y Matt. Si ella interfería en el destino de él, haría mucho daño a mucha gente: los privaría de un excelente político. Cada ciudad… cada condado… cada estado… e incluso, cada nación como una unidad, necesitaba gente como Matt Bold: inteligentes, carismáticos, enérgicos y dedicados al servicio de los ciudadanos poniendo lo mejor de sí para su logro. Un hombre como Matt Bold tenía demasiadas cosas para ofrecer como para que se lo quitara de la escena pura y exclusivamente, por razones de egoísmo y Jessica

sabía positivamente, que sus razones eran egoístas. Jessica lo quería todo para ella durante las horas en las cuales no trabajase y ello sería imposible si Matt estaba dedicado a la política. Había mucha gente que también lo necesitaba.

Inconsciente de que sus expresivos rasgos estaban revelando sus turbados pensamientos, y también de que la madre de Matt estaba contemplando el juego emocional que había atrapado su bello rostro con gran atención, Jessica permaneció en silencio, escuchando cómo los visitantes interrogaban a Matt sobre sus más íntimos sentimientos, sobre su ego y sobre su lealtad a su padre con gran fervor. Uno de los hombres en especial, aparentemente muy astuto y de quien Jessica instintivamente desconfiaba, no tuvo ni el más mínimo reparo en expresar sus suntuosas protestas acerca de que Matt Bold era el único hombre del planeta capaz de llevar a cabo las tareas a realizar "detrás de la escena", las cuales permitirían que aquel proyecto tuviera fuerza de ley.

Jessica se preguntaba, con una extraña sensación de amargura, cómo se sentiría Bill al ver que lo estaban dejando a un lado, que lo consideraban de menor importancia que a su hermano. Pero cuando Jessica lo miró, se dio cuenta con gran sorpresa, de que el mismo Bill estaba tan convencido como los demás de que la contribución de Matt sería decisiva para su propósito. Luego frunció el ceño, cuando la atrapó una duda: ¿estaba Bill en realidad condicionado para aceptar la supremacía de su hermano o su aparente desinterés era fingido? Obviamente, cualquier político siempre trata de defender su ego y ocupar el primer lugar y Bill parecía muy seguro, por lo que pensó que debía de tratarse de una cuestión de condiciones de adaptación.

Finalmente, Matt con un dulce encanto que era casi imposible de creer, puso punto final a la sesión, diciendo que tenía que ir al hospital a ver a su padre, ya que en lo que iba de aquel día, aún no había cumplido con su turno para cuidarlo. Los acompañó hasta la puerta de salida pero era obvio que los visitantes no deseaban irse sin antes obtener una firme promesa por parte de Matt de que haría todo lo que ellos consideraban necesario por la causa.

Mientras Matt se despedía de los colegas de su padre, la señora Bold se aproximó a Jessica y le susurró al oído:

—Matt querrá que lo acompañes, Jessica, pero... ¿te molestaría quedarte conmigo para que conversemos? Tengo algo que quisiera decirte y discutir contigo y estoy segura de que Matt no tardará demasiado. Jeremy se dormirá pronto y Matt regresará a casa entonces.

Sorprendida y un tanto confusa por la invitación, Jessica asintió justo cuando Matt retornaba.

—¡Ufff! —respiró con una expresión retraída y meditabunda, como si aún estuviera cavilando sobre las respuestas que tenía que darle a sus invitados—. Pensé que nunca se marcharían. —Luego se aproximó a Jessica y le extendió la mano para ayudarla a ponerse de pie.— Vamos, Jessica. Si nos apresuramos, tendremos tiempo de estar un poco con papá.

Jessica le permitió que la ayudase pero algo en su expresión debió de haberlo alertado, ya que él preguntó:

—¿No quieres venir?

—Me encantaría acompañarte —dijo Jessica sinceramente—. Pero, ¿te importaría si me quedo hoy y mañana te acompaño? Estoy terriblemente cansada de haber manejado hasta aquí... —Dejó que su voz se fuera apagando sola, un tanto molesta por aquella mentira necesaria, aunque sí era verdad que estaba agotada, al ver la desazón de Matt.

La señora Bold se introdujo en la conversación para salvar a Jessica de tan horrible decisión, ya que no sabía si obedecer a su primitivo instinto, que era el de ir con Matt porque no soportaba verlo molesto, o cumplir con la promesa que le había hecho a su madre de quedarse allí para conversar con ella.

—Matt, vete solo —dijo ella con calma, pero también, firmemente decidida—. Cuando regreses, Jessica estará aquí aguardándote. Puedes estar sin ella por una hora o un poco más, mientras que tu padre está ansioso por recibir tu visita.

Aún dudando, pero evidentemente convencido, Matt se dirigió a la puerta, pero llevó a Jessica consigo.

—Dame un beso de despedida —pidió él en tono bajo y persuasivo, aunque Jessica nunca necesitaba que él la convenciera para besarlo.

Le obedeció, parándose en puntillas de pie y demostrándole todo su amor en aquella breve y sublime expresión de amor. Al apartarse de él, la respiración de Matt era un tanto agitada y sus ojos resplandecían de placer.

—Mmmm —murmuró él mientras la aferraba en un fuerte abrazo —. Con el tiempo, estás mejorando mucho. Me pregunto si podré seguirte el ritmo cuando ambos cumplamos sesenta y cinco años y tengamos una multitud de nietos alrededor de nosotros,

—No te preocupes por eso —bromeó Jessica—. He depositado toda mi confianza en ti. —Le guiñó el ojo lentamente, arqueando una ceja provocativamente—. También tú mejoras.

Con una leve sonrisa Matt murmuró:

—Me hace feliz escuchar ese comentario. Le hace bien a mi ego.

Dándole un mordisco sobre la mejilla, Matt abrió la puerta y se marchó. Jessica se preguntaba cómo era posible que su ego sólo se alimentara con lo que ella y el resto del mundo le ofrecían. Jessica regresó a la sala y observó que Bill y su esposa Karen, estaban recogiendo sus cosas para marcharse. Luego de que ellos se retiraron, la señora Bold ordenó chocolate caliente para que lo enviaran a la habitación de Jessica. En ese recinto, ambas damas compartirían un tete—á—tete muy íntimo, que Jessica habría de recordar muy vivazmente durante los próximos días.

—Jessica, mi querida —comenzó Helen mientras se acomodaba en uno de los dos sillones que había en el cuarto—. Quizás esté prejuzgando, pero hoy, durante la charla, me pareció que tú no estás demasiado entusiasmada con la idea de que Matt regrese a la escena política, ¿verdad?

Ante la franca e inteligente mirada de los castaños ojos de Helen, Jessica se sintió un tanto inquieta. Sin embargo, ya que Matt conocía sus opiniones al respecto, le pareció justo discutir sus puntos de vista con la familia Bold.

—Por mí y por nuestra vida privada, no lo estoy —contestó ella lentamente, mirando directamente a los ojos de Helen—. Por Matt... bueno, no estoy segura. Obviamente, él ama esa vida y no existen dudas de que él está inmensamente capacitado para ella.

Helen sonrió y Jessica se sintió confusa por su actitud. Estaba preparada para que Helen desaprobara su opinión, pero en cambio, le sonrió cálidamente y la miró como aceptando su comentario. La muchacha se sintió más aliviada y a gusto para continuar.

—Has dicho exactamente lo mismo que yo cuando me puse de novia con el padre de Matt —explicó—. Jeremy me había hecho suspirar por él mucho antes que yo me enterase de sus ambiciones políticas y cuando me di cuenta de que... ¡Oh, Dios! —Helen revoleó los ojos hacia arriba y volvió a sonreír en reminiscente gesto.

—Por favor, hábleme de eso —pidió Jessica, ansiosa por saber cómo se las había ingeniado Helen Bold para saltar ese inmenso obstáculo en su pasado.

—Oh, estuve a punto de desistir del compromiso —dijo Helen enérgicamente, aunque sus ojos se mantenían orgullosos por el recuerdo—. Amaba a Jeremy hasta la locura, pero no soportaba la idea de que siempre tuviéramos que estar en pose, para salir a escena y de que mi familia ocupara un segundo lugar: primero la política y luego nosotros. —Helen meneó la cabeza, mientras una

sonrisa afloraba en la comisura de los labios.— Para entonces, no sabía que si un Bold quiere algo, no se detiene hasta conseguirlo. —Alzó la mirada para observar a Jessica cálidamente.— Y si quieres que te haga un comentario, me alegro muchísimo de que no haya abandonado todo por mi culpa.

—¿Por qué, Helen? —preguntó Jessica—. ¿Estaba dispuesta a pagar un precio tan caro para tenerlo a su lado?

Helen asintió enfáticamente.

—Ese precio y mucho más —dijo convencida. Luego comenzó a hablar sobre temas más lejanos y profundos—. Yo nací y me crié en una granja, Jessica. Cuando Jeremy Bold llegó a mi vida, era tímida, retraída y aunque no me diera cuenta de ello, hasta insulsa.

Jessica la miró sin poder creer en sus palabras. Helen rió.

—Gracias por esa mirada, Jessica. Puedo estar blanca en canas, pero aún mi corazón se mantiene lo suficientemente jovial para notar el gesto de quien no puede creer que en una época fui tímida e insulsa.

—Bueno. Yo no lo creo —respondió Jessica secamente—. Puede haber sido tímida, pero me rehúso creer que haya sido insulsa.

Helen se encogió de hombros, como si no le interesara el tema.

—Ah, bueno, la belleza es tal según con el ojo que se la mire, ¿no? Jeremy pensaba que yo era hermosa —dijo ella guiñando un ojo.

—Estoy segura de que lo pensó en el pasado y aún piensa lo mismo —asintió Jessica con total sinceridad.

Helen hizo un gesto con la cabeza por el cumplido y prosiguió.

—Ni siquiera podía concebir la idea de pararme frente a cientos de personas y dar un discurso —recordó, meneando la cabeza ante sus recuerdos—. Y tampoco concebía la posibilidad de un hombre que estuviera preocupado en las cosas que sucedían en el mundo exterior y luego en su propio hogar. —Al decirlo, echó a Jessica una endiablada mirada—. Pero Jeremy tenía la habilidad de hacer cada uno de nuestros momentos tan especial, que yo me di cuenta de que lo importante no era la cantidad de tiempo que pasáramos juntos sino la calidad de él. Y Jeremy dejaba a cualquier hombre a la altura de la suela de sus zapatos.

Ambas damas intercambiaron deliciosas miradas de complacencia y Jessica sabía exactamente de qué estaba hablando Helen Bold. Era evidente que Matt había heredado de su padre muchas más cosas que las ambiciones políticas.

—De todas maneras —continuó Helen—, Jeremy inició una campaña para vencerme y jamás he logrado derrotarlo. Él me fue

enseñando paso a paso cómo ser la esposa de un político, ayudándome a encontrar la felicidad en esa vida en lugar de quejarme por su monotonía, alentándome para que me interesara en proyectos en los cuales pudiera ver mis logros, muchos de los cuales habrían sido imposibles de no haber sido la esposa de un hombre importante... —La voz de la mujer se apagó, tras un telón de nostalgia y luego volvió a posar en Jessica una resplandeciente mirada.

—Lo que trato de explicarte, mi querida, es que yo comprendo tus sentimientos. Pero está muy claro que tú estás muy enamorada de Matt y que él siente lo mismo hacia ti. Además, tu tienes muchas más aptitudes para ser la esposa de un político de las que yo tenía cuando me casé con Jeremy y es por eso que estoy convencida de que puedes lograrlo... y aún disfrutarlo... con sólo proponértelo.

Helen mantuvo su tierna mirada clavada en Jessica para evitar que pudiese protestar. Sólo dijo:

—¿Me harás una promesa?

Jessica vaciló, pero luego, sin poder negarse a lo que esa adorable mujer le pedía, asintió con la cabeza.

—Bien —dijo Helen, inclinándose hacia delante para enfatizar sus palabras—. Durante las próximas semanas, tendrás la oportunidad de observar cómo será tu vida como esposa de Matt, en caso de que él decida continuar con su carrera política. Sé que él ahora tiene muchas dudas, por lo que sucedió con Lila... —Helen pronunció ese nombre con tanta claridad y firmeza que Jessica sintió la certeza de que jamás se omitiría hablar del pasado de Matt y de la mujer que había vivido con él en esa casa—. Pero conozco a mi hijo, Jessica. Él nació para seguir esa estrella en particular y aunque pudiera llegar a ser feliz en caso de que se desvíe de ese rumbo, esa felicidad sólo sería momentánea. Matt seguirá su destino. Y tengo la esperanza de que tú persigas ese mismo fin junto a él y que, durante el proceso, encuentres tu propio destino.

—Ahora, vayamos a la promesa —dijo brevemente—. Quiero que te involucres en todos los aspectos de su vida política que puedas, durante el tiempo que dure la convalecencia de Jeremy, así cuando él se reponga, podrán casarse. Toma ventaja de este aprendizaje mientras puedas, ya que una vez que pronuncies tus votos, será demasiado tarde para ello. Luego, debes tomar una sincera decisión acerca de si en realidad puedes o no ser feliz con esa vida y al mismo tiempo ayudar a tu esposo... o si te casarás con él y luego tratarás le evitar que ejerza la profesión para la cual ha nacido... o si le dirás adiós para siempre a mi hijo.

Al pronunciar sus últimas palabras se hizo un profundo silencio. Jessica permaneció tiesa, impactada por la fuerza con la cual Helen Bold había expresado sus alternativas. Sabía perfectamente que la mujer tenía razón, pero no podía evitar sentirse resentida al escuchar a la madre de Matt presentar esas opciones con tanta soltura. Sin embargo, la expresión de Helen se tornó más cálida, mientras se aproximaba a Jessica para acariciarle la mejilla con gran suavidad.

—Todo lo que puedo decir es que por el bien de Matt y por el tuyo —dijo—, escojas casarte con él y estar a su lado toda la vida. Pero cuidado: dije a su lado, no detrás de él —advirtió firmemente —. Matt jamás querría que sacrificaras tus propias ambiciones por las de él y yo creo que tampoco deberías hacerlo. Pero, tú podrías adoptar ambas —dijo con una reconfortante sonrisa—. Tienes frente a ti una gran oportunidad que se le negaba a las mujeres en otras generaciones. Eres muy competente, amorosa y con muchísima personalidad. Y, en lo que a mí respecta, me encantaría tenerte como integrante de nuestra familia.

Helen se encaminó hacia la puerta.

—¡Helen! —Impulsivamente, Jessica se incorporó de un salto y se dirigió hacia la mujer, rodeándole los hombros con sus brazos y estrechándola cálidamente—. Gracias, Helen —dijo con ternura, sonriéndole al mirar esos ojos castaños que tanto se asemejaban a los de Matt.

Helen la observó sorprendida, luego complacida.

—No, mi querida. —meneó la cabeza firmemente—. Soy yo quien debe agradecerte a ti. Has hecho lo que ninguno de nosotros pudimos hacer, sin importar lo mucho que todos amamos a Matt. Lo devolviste a la vida y debido a eso jamás podré hacer nada ni decir nada como para agradecerte a ti.

Helen se marchó y Jessica se sentó a pensar, cavilando sobre las verdades que ella le había dicho y la sensatez de aquella promesa. Decidió que haría exactamente lo que Helen le había pedido: tantearía la realidad tal como era antes de condenar a Matt y a su carrera de antemano. Matt no se merecía menos... Y Jessica tampoco.

Poco después Matt regresó del hospital y se metió en el cuarto de Jessica. En su mirada se leía un pícaro mensaje: no se iría de aquella habitación a menos que lograse tener acceso a la mujer que tanto amaba, sin importarle el lugar donde se encontrasen. No obstante, la joven deslizó sus protestas de costumbre, sobre la propiedad de respetar la casa, aunque lo recibió en mitad de su cuarto con un

cariñoso abrazo.

—Mmmm. —Finalmente, Matt retrocedió y comenzó a desatar el nudo de su corbata.— Eso es le que me gusta. Una mujer que sabe lo importante que es saborear los aperitivos antes de comenzar a engullir toda la comida.

Jessica adoptó una recatada pose y luego bromeó.

—¿Quién dijo que tenía hambre? Se dice que no hay que comer demasiado antes de ir a dormir. Da pesadillas.

—De acuerdo, niña —gruñó Matt, con voz sensual—, entonces haremos que este aperitivo dure toda la noche. —En ese momento, Matt ya se había quitado la camisa y empezaba a deslizar sus manos sobre el anhelante cuerpo de la muchacha, mientras sus oscuros ojos seguían el movimiento de las palmas de sus manos. —Apenas puedo contenerme para saborear esto —dijo él atormentando uno de sus pezones— .... y esto... —Acarició el otro, dibujando sobre él suaves y provocativos círculos, que provocaban escalofríos en Jessica.

—Ummm —ronroneó ella complacida—. Me hace recordar a aquella noche que te metiste en nuestro cuarto de baño y me ayudaste a bañarme.

—¡Jessica! —Matt parecía impactado—. Jamás he estado en tu tina de baño en toda mi vida. —La observó como desaprobando su comentario. —Jamás habría hecho tamaña cosa a una señorita.

Como Jessica sabía que eso sólo no había ocurrido por falta de oportunidad y no por falta de deseo, lo miró con escepticismo.

—Tienes razón —acordó sarcásticamente—. Sólo se trató de tu mano que daba vueltas alrededor del jabón y del agua y... de otras cosas...

—Sí —asintió Matt cálidamente—. Pero eso fue durante los días que tratabas de huir de mí.

Jessica le sonrió dulcemente.

—Hablando de huidas —lo empujó ella sobre la cama— ... ¿No estás cansado de estar allí de pie cuando muy cerca nuestro hay una abrigada camita?

Matt resistió la presión, manteniendo a Jessica donde estaba, al tiempo que comenzaba a desvestirla deliberadamente. Una vez desnuda, Matt se deshizo de sus pantalones y la estrechó contra sí, ejerciendo una gran fuerza sobre todo su cuerpo, desde la cabeza hasta sus muslos.

—Bien... —dijo finalmente con tono ronco y vacilante—. Debo admitir que la cama sea probablemente más cálida, pero también hay que decir algo sobre las oportunidades que uno tiene en esta posición. ¿Quieres ver a qué me refiero?

El corazón de Jessica comenzó a latir con más velocidad y ella murmuró tímidamente:

—Si insistes...

Al recibir tal permiso, Matt comenzó una lenta exploración con su boca y sus manos, la cual comenzó por la frente de Jessica. Cuando él estuvo casi de rodillas frente a ella, hundió su cabeza en el estómago de ella. Jessica no estaba segura de que sus piernas pudieran resistir su peso durante toda la demostración. Hacía tanto tiempo que su cuerpo no recibía la calidez de esas caricias, que la joven olvidó la cama, olvidando toda otra brisa del ambiente que no fuese la respiración de Matt.

Cuando él descendió aún más, las piernas de Jessica comenzaron a temblar cada vez más, al tiempo que Matt permitía que su boca descendiera hasta la parte más baja de su abdomen. Se detuvo un instante antes de continuar con el descenso.

—¿Mmmm? —preguntó con tono embriagador.

—Mmmm —suspiró ella asintiendo a su pregunta, pero antes de que pudiera soltar ese "mmmm", Matt estaba otra vez allí, demostrándole una nueva manera de amarse. Aquella actitud la derritió y en poco tiempo más, se derrumbó junto a él, exhausta y temblorosa al recibir el impacto de la etapa final de aquella demostración sobre las ventajas obtenidas fuera de la cama.

Matt la mantuvo abrazada, estrechando su tembloroso cuerpo contra el de él, hasta que la joven se relajó. Pero cuando él comenzó a moverse otra vez junto a ella, Jessica notó que aunque él había logrado satisfacerla, su deseo permanecía inalterable.

—¿Matt? —Jessica alzó sus ojos para absorber el ardor que emanaban de los de él.

—No te vayas a dormir todavía, niña —murmuró él contra su boca—. Todavía nos resta una parte de la demostración, pero esta vez te toca a ti tomar la parte activa.

Jessica sonrió contra los labios que estaban jugando con los suyos, mordiéndolos con tanta hambre que, inexplicablemente, volvió a sentir apetito ella también. Le mantuvo la cabeza en alto para susurrarle:

—No creo que pueda soportar estar de pie para hacerlo. ¿Está bien si comenzamos aquí abajo?

—Donde quieras... —gimió él, con su cuerpo temblando con anticipación.

—En ese caso... —Jessica se apartó de él para arrodillarse y luego sé dirigió directamente hacia el corazón de su deseo, determinando que después de haber recibido tan cálida exploración por parte de él,

era justo concederle el mismo derecho.

—¡Eso no es justo! —gritó Matt, con un gemido que murió en su garganta cuando Jessica le brindó el alivio que necesitaba y con tanta rapidez que apenas le dio tiempo para pronunciar su nombre antes de que una explosión se apoderase de todo su cuerpo.

Cuando finalmente estuvo calmado, Jessica se acurrucó en el hueco de su cuerpo y él protestó:

—¡Por Dios, Jessica! Tú debiste de haberte llamado Bold!

La complacida sonrisa de Jessica, jugueteó con el vello que cubría el pecho de Matt, donde ella tenía reposada su cabeza.

—Estoy tratando de adaptar mi manera de ser al apellido que voy a llevar —replicó con cautelosa humildad—. Los Wren podemos ser como pájaros, pero los Bold se divierten mucho más en el mundo de la naturaleza. —Comenzó a atormentar su pecho con su travieso dedo.— ¿Conoces a alguien que se apellide Abejas?

Con otro gemido, Matt hundió su cabeza en la rizada maraña de ella y la levantó para observarla.

—¡No! —declaró—. Y si alguna vez conozco a alguien, o sea, a un hombre que se apellide de ese modo, nos mudaremos a un estado donde no haya ninguno de ellos. Tu marido se encargará de darte toda la educación que necesitas con respecto a la cama, ¿me has oído?

Jessica besó desesperadamente sus mejillas y adoptó una respetuosa expresión.

—Sí, mi amo —agregó tímidamente—. Sólo...

—¿Sólo qué? —gruñó ásperamente.

—Sólo que recuerdo tus palabras acerca de esa teoría sobre lo de la cama... que a veces es excelente pero... que en otras oportunidades, se pueden obtener mejores beneficios estando en otra posición y pensé que...

—¡Cállate! —Las carcajadas de Matt los acompañaron durante todo el trayecto hacia la cama, donde durante toda la noche, Matt demostró a Jessica que había subestimado las ventajas de un buen lecho considerablemente.

CAPITULO XV

El sol mexicano parecía penetrar en los huesos de Jessica, mientras ella estaba tendida, plácidamente, sobre la arena de las playas de Acapulco. Aunque tenía los ojos cerrados, conservaba en la mente la imagen de Matt, tendido a su lado, medio dormido, tal como lo había visto segundos atrás. La muchacha sonreía satisfecha, al ver a Matt descansar tan tranquilamente luego de haber trabajado tan arduamente durante las últimas semanas. También sonreía por la felicidad que sentía al observar su amado rostro, sus cálidos ojos y su excitante y bello cuerpo. Jessica no recordaba ningún momento durante su matrimonio, en el cual esa mirada no hubiera logrado derretirla.

Jessica escuchó las voces de unos turistas que pasaron junto a ellos y por algún motivo, esa charla le hizo recordar la primera sensación que experimentó al estar casada con un hombre de bien como Matt Bold.

Fue eso lo que la decidió a recorrer junto a Matt el largo camino que los aguardaba y claro que esa decisión, no fue nada sencilla de tomar. Tal como se lo había pedido la madre de Matt, se dedicó a pensar muchísimo todas las cosas antes de emitir un juicio demasiado anticipado.

Para su sorpresa, una vez que estuvo inmersa en el mundo de la actividad política y de los negocios, se dio cuenta de que se adaptaba a él con gran facilidad. Su experiencia con el manejo del personal la había entrenado para tratar y organizar a las personas. Su principal tarea había sido la de reunir voluntarios para que desde las esferas más bajas, comenzaran a presionar favoreciendo el proyecto de Jeremy. Bill y Matt, mientras tanto, se encargaron de llevar esa misma presión a la legislatura para que se aprobara.

Al verla que desarrollaba sus actividades con tanta eficiencia y tesón, Matt se quedó impresionado y, al mismo tiempo, temió que esa tarea la desbordara. Sin embargo, Jessica conservaba las suficientes energías como para satisfacerlo en gran medida en los tiempos libres que compartían en la intimidad. Las mejillas de Jessica se ruborizaron, a pesar del caluroso sol, cuando la joven recordó que la sed de Matt para con ella se incrementaba tanto, que ella se alarmaba al notar que no mostraba ningún interés por no ser descubierto por el resto de los habitantes de la casa.

También fue después de esa intimidad que Jessica había descubierto otro talento, el cual podría haber resultado de

considerable uso para Matt. Su trabajo le había enseñado a observar el lenguaje del cuerpo, el contacto ocular y el tono de voz para poder captar la verdadera personalidad de le gente. Y en las amenas conversaciones que mantenían luego de hacer el amor, Jessica se sorprendió dando a Matt sus opiniones acerca de las figuras políticas con las cuales se había entrevistado ese día. Hubo muchísimas entrevistas, ya que muchos de los colegas de Jeremy pasaban por su casa ofreciéndole sus respetos y... Jessica estaba segura de poder satisfacer a Matt y vigilar que sus ambiciones se hicieran realidad algún día.

Por supuesto que Matt no era ningún novato para calificar a sus colegas y también a sus opositores. Sin embargo, daba la bienvenida a la corroboración de Jessica, aunque a veces diferían sobre ciertos puntos donde la agudeza femenina ponía al descubierto ciertas áreas que él no había logrado interpretar, o que la había interpretado en forma incorrecta.

Paulatinamente, Jessica se fue dando cuenta de que ella disfrutaba de la diversión y el desafío que ofrecía la política y que ella no tenía que rezagarse, jugando el papel de la mujercita encantadora que sigue a su esposo pero no a su lado, sino detrás de él. Había muchas formas en las que ella podía hacer una real contribución a la vida de Matt, satisfaciéndose a sí misma durante ese proceso. Por ello cuando el padre de Matt se repuso lo suficiente como para comenzar a preparar los arreglos de la boda, Jessica estaba lista para penetrar en esa vida con toda serenidad y seguridad, habiéndose liberado de todas sus dudas y de todos sus temores. Hasta llegó a sentir desinterés por las mujeres que parecían adorar a Matt constantemente, ya que él siempre se mostraba indiferente a los ofrecimientos sexuales femeninos.

—Matt, ¿no crees que hemos tomado demasiado sol? —preguntó como una gatita mimosa—. ¿Qué te parece si volvemos a nuestra habitación y dormimos un poco antes de prepararnos para la cena? —Sus ojos prometían mucho más que una "siesta" y Matt aceptó complacido la invitación.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó Matt.

—De acuerdo —dijo ella, con tanta humildad que todo lo que consiguió fue que su esposo sospechara mucho más que antes, ya que la humildad no era una de las virtudes más sobresalientes de su flamante cónyuge—. ¿Se te ha cruzado por la mente, en algún momento, mi querido y estimado esposo —dijo Jessica con gran paciencia—, que en este mismo instante puedo estar embarazada?

La mirada fue impasible cuando Matt respondió:

—Sí, lo pensé — dijo él sin darle ninguna importancia—. Soy totalmente consciente de que jamás he tomado ningún tipo de precauciones y entonces deduje que si tú no deseabas tener niños enseguida, te encargarías tú de cuidarte. Como tampoco tú lo hiciste, llegué a la conclusión de que no te importaba si la naturaleza seguía su curso. Pero puedes estar muy tranquila, a mí tampoco me importa.

Jessica lo reprobó y se esforzó por tratar de liberarse de sus brazos. Como no lo hizo, sus protestas se hicieron más firmes.

—¡Matt Bold! —gritó ella indignada—. ¿No te importa que hayamos estado un poco distraídos al no tocar un tema de tanta importancia?

El se encogió de hombros y sonrió.

—¿A qué te refieres con eso de distraídos? —preguntó tranquilamente—. ¿Acaso no quieres niños?

—Sí, pero…

—Yo también —la interrumpió—. Si me lo hubieses pedido, habría esperado, pero en lo que a mí concierne, no me interesa si tenemos mellizos dentro de pocos meses. Por eso pensé que estabas lista para ser madre. ¿Estaba equivocado?

—No, pero…

—De acuerdo, entonces. —Se liberó del tema empleando la lógica.—Será una vida estupenda, somos maduros, adultos responsables, estamos casados y preparados para ello. ¿Acaso se requieren otras condiciones para ser padres?

Jessica sin querer ceder ante su irritante sentido de lo práctico, buscó una excusa:

—Aún no tenemos una casa.

—Sí la tenemos —respondió Matt con una sonrisa—. Y también un perro guardián para ella.

Jessica lo miró pasmada.

—Pero actualmente estás trabajando en la ciudad de Jefferson —protestó ella—. Es un largo trecho, ¿no crees?

—No habrá trecho que recorrer —respondió—. Tan pronto como regresemos, tengo planeado hacer exactamente lo que hacía antes. Manejaré todas las investigaciones y la estrategia desde mi casa en el campo. Es ese el mejor de los mundos. —Volvió a sonreír.—Además, nuestro hijo tendrá a su primo como compañero de juegos. ¿No te gustaría vivir cerca de John y de Senta?

Exasperada al máximo, Jessica farfulló:

—Sí, pero…

—¿Pero qué? —Matt luchó para contener la risa y el cuerpo

resistente de su esposa a la vez.

—No me has hablado sobre nada de eso, Matt Bold —gruñó mirándolo fijamente—. No seré la clase de esposa que permite que su marido tome solo todas las decisiones y luego se sienta a su lado y dice: "sí querido... todo lo que tú digas cariño...".

La expresión de Matt se tornó sospechosamente soberbia.

—Lo siento, Jessica —prosiguió, con voz casi convincente—. Tienes razón... —Vaciló por un instante. Parecía un niño a quien su madre acababa de pillarlo en una travesura.— Sucede que es muy fácil seguirle el juego a todos los demás cuando te encuentras en el medio y yo quiero tenerte a ti para mí, dentro de un ambiente al cual amo y al que pienso que nuestros hijos también aprenderán a amar. Pensé que sería maravilloso mantener la intimidad de nuestra pareja durante los primeros años de matrimonio, para que podamos construir una familia sólida para enfrentar lo que pueda venir después.

Jessica se quedó pasmada. Al final, había resultado que todo ese arduo camino que ella había tenido que recorrer hasta llegar a aceptar su vida como la esposa de un político, había sido en vano.

—¿Qué quisiste decir con eso de "lo que pueda venir después"?

Ella aún tenía dudas acerca de sí debía aceptar las disculpas de Matt por no haberle informado a tiempo de sus planes, o sentirse feliz por los planes que Matt tenía o comenzar a sospechar que se había casado con un dictador.

—Bien —respondió Matt con el mismo tono—... existe una gran posibilidad de que dentro de algunos años, me decida a dedicarme a la política de lleno. Siempre pensé que toda persona debe reservarse algo para cuando necesite darle un cambio a su vida.

Jessica se quedó contemplándolo, casi convencida de que él había decidido abandonar su carrera porque eso era lo que ella quería y porque podía soportar la idea de que ella se sacrificara por él.

—Matt, no hagas esto por mí —dijo ella muy seria—. Está bien. He cambiado de idea acerca que no deseaba ser la esposa de un político. Puedo llevar a cabo esa vida. Si quieres comenzar una campaña ahora mismo, puedes hacerlo.

Los labios de Matt se alzaron en señal de sospecha, al decir:

—No puedes iniciar una campaña cuando se te ocurre, Jessica. Pasarán cuatro años antes que se me dé la oportunidad de vencer a quien ocupa hoy el cargo que ambiciono. Eso nos dará el tiempo que ambos necesitamos, ¿no?

Las sospechas de Jessica sobre los ulteriores motivos de Matt

volvieron a surgir y ella lo miró ferozmente.

—¡Matt Bold! ¿Estás tratando de embaucarme? —preguntó abruptamente.

Para su sorpresa, Matt rió deliciosamente, demostrando el amor y el respeto que sentía hacia ella.

—Sí —admitió cándidamente—. Por lo menos, hasta un cierto punto —dijo él.

Matt le soltó entonces los brazos y ella se sintió aliviada porque ya estaban empezando a entumecerse. Los extendió al máximo y luego los apoyó sobre los hombros de Matt. Él reposó su cabeza entre las manos de Jessica, quien aún conservaba una mirada de reproche mientras aguardaba a que continuara.

—Querida, jamás trataría de embaucarte en el sentido negativo de esa palabra —le dijo Matt con un tono tan sincero que ella le habría creído si él le hubiese dicho que el fin del mundo se avecinaría en sólo diez segundos—. Te amo y te respeto demasiado para ello —agregó—. Y jamás haría ningún plan si supiera que para ti resultaría horrendo —dijo seriamente y luego se tornó más tierno —. Pero te conozco tan bien, mi dulce y hermosa Jessica, que me di cuenta cuándo tomaste la decisión de que no te opondrías a mi carrera política. Y también supe que no te molestaría si posponía ese hecho hasta que transcurriera el tiempo suficiente que necesitamos para estar solos. ¿Me he equivocado?

Jessica meneó la cabeza, aunque su expresión se veía aún bastante caprichosa.

—Lo que pasa es que es graciosísimo tratar de embaucarte a ti — continuó Matt, tan divertido que Jessica debió reír—. Puedo garantizarte que si yo hubiese usado esa táctica con cualquier otra persona se habría tragado el anzuelo, la línea y el riel. Tengo grandes talentos que me ha dado la política.

Su expresión se veía radiante, complacida y Jessica se echó a reír, aunque luego se tornó seria al ver lo tranquilo que estaba él consigo mismo.

Matt también dejó de reír y preguntó:

—Pero dime si prefieres que hagamos otra cosa, Jessica. ¿Preferirías que viviésemos en la ciudad de Jefferson para que puedas encontrar trabajo con más facilidad?

Matt le exigía con tanta firmeza que le respondiera con sinceridad lo que ella quería para ser feliz que Jessica sintió que su amor por él la desbordaba.

—Has hecho los planes correctos, Matt —dijo Jessica con simpleza—. Desde el principio hasta el fin. Me gusta la casa en el

campo, los niños y... también Joe —agregó orgullosa—. Y cuando te decidas a seguir con la política, yo estaré a tu lado. Quizás puedes no haberlo notado, pero yo también tengo ciertos talentos innatos para ello.

Matt meneó la cabeza, devolviéndole la amorosa mirada.

—Nada que se relacione contigo puede escapárseme.

Matt se quedó contemplándola durante largos minutos, bebiendo el tesoro de su amor, fe y confianza que había en sus ojos. Luego, de mala gana, se incorporó y la hizo ponerse de pie.

—Creo haber escuchado que mencionaste una siesta antes de ir a cenar —dijo con forzada naturalidad, aunque su respiración era agitada y sus manos se movían con impaciencia.

—Sí, lo mencioné —dijo Jessica con la misma calma, ocultando la enorme emoción de sus ojos. Se extendió para sacudirse la arena que tenía en el trasero y se encaminaron juntos, con un brillo excitante en las miradas—. A propósito, Matt... —dijo ella como si tratara de sacar un trivial tema de conversación—. Vi un libro en la biblioteca del hotel.

—¿Sí? —sonó indulgente la voz de Matt.

Era obvio que él tenía en mente asuntos mucho más importantes.

—En realidad, se trataba de un manual sobre el sexo —continuó ella con tono aburrido—. Bueno, yo no acostumbro leer esa clase de cosas, pero sentí curiosidad y lo hojeé. Parece tener algunas ideas interesantes y me preguntaba si tú... bueno... si a lo mejor podías estar interesado en él.

—¡Oh! —La voz de Matt estaba más alerta.

—Sí —sonrió Jessica. Luego su expresión se tornó vacilante—. Me refiero a... —dudó nuevamente y se mordió los labios—. Bien nunca te lo había preguntado antes, pero... eh... ¿sabes cómo hacer para pararte sobre la cabeza?

Matt detuvo la marcha, atónito.

—¿Quéeee? —Su grito pudo oírse en la playa. Muchas de las personas que estaban por allí se volvieron para mirarlo como si hubiese perdido la razón.

—¡Jessica Bold! —comenzó a reprochar él, ignorando la incomodidad de su esposa ante tal reacción.

—¡Shhh! —gruñó ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantener el ceño fruncido en lugar de soltar la carcajada—. No hay por qué enfadarse tanto por ello. Puedo enseñarte cómo hacerlo. —Sus ojos esmeralda danzaban especulativamente—. ¿Recuerdas lo que dijiste sobre mi nuevo nombre?

Sólo se limitó a asentir.

—Bueno, he decidido que un corazón débil es incapaz de mantener a un hombre interesado en la cama —continuó ella, empujándolo a seguir adelante, con un tono entusiasta.

—Jessica... —comenzó Matt empleando un tono de advertencia más duro.

—No te preocupes, Matt —dijo ella con un pequeño pucherito—. También puedo recostarme cómodamente sobre mi espalda si es que así lo prefieres. —Ahora tenía un tono sumiso, aunque su mirada parecía vengativa.

Matt se detuvo, con una expresión de comprensión dibujada en sus ojos oscuros, de terciopelo.

—Jessica, ¿estás embaucándome? —preguntó abruptamente, con las manos sobre las caderas y el ceño fruncido.

—Nunca en el sentido negativo de esa palabra, cariño —informó ella satisfecha—. Puedes confiar en mí —agregó.

—Estas endemoniadamente en lo cierto —asintió él disipando su ceño fruncido con una sonora carcajada—. ¡Puedo confiar en ti para que me ayudes a mantenerme de pie durante los próximos treinta años!

Cuando su risa se calmó, Matt la tomó por la cintura y casi a los empellones, la hizo llegar hasta el hotel, correr por los pasillos y subir por las escaleras en lugar de aguardar el elevador. Una vez en la habitación, Matt cerró la puerta, mirándola ferozmente. Ella imitó a la perfección el papel de una pura y encantadora virgencita, que temía por el ultraje a su mayor virtud.

—De acuerdo, mujer —gruñó Matt amenazante, mientras la acorralaba sobre un rincón—. ¡Sobre tu cabeza!

Jessica soltó una carcajada y se acercó para rodearle el cuello con sus brazos y besar aquella hermosa boca que tanto amaba.

—Matt Bold, he estado parada sobre mi cabeza desde el preciso momento en que te conocí.

Le sonrió con entera satisfacción y sus ojos irradiaban amor.

—Bien, si es esto lo que va a costarme, haré un sincero esfuerzo para mantenerte allí —murmuró él, capturando los labios de la joven y levantándola del piso en un cálido abrazo.

—Oh, Matt —gimió Jessica cuando Matt la soltó. Ella le hundió la cabeza contra el pecho—. ¿Es esta otra posición en la cual planeas hacer una nueva demostración? —Jessica volvió a gemir cuando los dientes de Matt se acercaron al sostén del bikini que llevaba.

—¿Quién necesita un maldito libro? —gruñó él mientras la tomaba entre sus brazos y se encaminaba a la cama—. Tengo una mujer con una mente muy creativa, un físico formidable y una

naturaleza que es tan audaz como el apellido que le he dado. Creo que sabrás que la traducción de nuestro apellido Bold es audaz, ¿verdad? —Matt la arrojó sobre la cama y le sonrió con expresiva sexualidad—. Veamos si logramos hacer funcionar todas esas aptitudes al mismo tiempo, ¿eh?

—Sí, cariño —murmuró ella con sumisa docilidad, aunque sus ojos iban adquiriendo con perspicacia la virilidad del físico de su esposo para disfrutar con su sola imagen. No había en ella indicios de timidez—. Lo que tú digas, cariño…

Jessica ni siquiera logró salir de la cama, ya que su esposo se tendió a su lado y atrapó la boca con fiereza, ahogando sus palabras con una plena y satisfactoria pasión.

FIN